

# EL SECRETO DE LA ISLA



Enid  
Blyton

de

El secreto de la isla, publicado en 1938 es el primer libro de la colección Secreto, pero también es la primera novela larga de Enid Blyton. La escritora nos presenta a cuatro niños con caracteres interesantes y muy diferentes uno de otro.

Jack es el más mayor, huérfano, criado por su abuelo, un pastor anciano. Jack no ha ido a la escuela, pasaba su vida en el campo cuidando animales. Sus conocimientos y su experiencia vital les serán muy útiles a lo largo de sus aventuras. Gracias a su astucia podrán sobrevivir a distintos peligros.

Mike es el hermano gemelo de Nora. Los dos son muy parecidos, el pelo moreno y unos ojos alegres. Mike cuida de sus hermanas Nora y Peggy en ausencia de sus padres.

Nora es la hermana gemela de Mike, pero muy distinta de él. Al ser la más pequeña, es perezosa, llorona e irresponsable. Seguimos su evolución en el primer libro, donde aprende a ser responsable y cooperar con los demás.

Peggy es la mayor de sus hermanos y, por ello, toma un papel de madre protectora. Prepara la comida, y cuida de su improvisado hogar.

Debido a la ausencia de sus padres, pilotos de experimentos aeronáuticos que han desaparecido hace dos años en Australia, viven con la tía Josefa y el tío Enrique. Ambos se portan muy mal con los niños, aprovechándose de la casa y del dinero de los niños, haciéndoles trabajar duro, dándoles poca comida y vistiéndoles prácticamente con trapos viejos. Los niños ya están hartos de la amargura de sus vidas y deciden escaparse. Planean muy cuidadosamente la huida, llevando todas las cosas necesarias y comida para unas cuantas semanas. La policía les está buscando, pero ellos encuentran una manera muy ingeniosa de esconder sus pertenencias. Todo parece ir bien, llevan una vida de absoluta libertad pero sus provisiones están al punto de acabarse y comienzan a desesperarse.

¿Conseguirán encontrar comida?

¿Cuánto tiempo podrán permanecer en la isla?



Enid Blyton

# **El secreto de la isla**

**Colección Secreto - 01**

ePub r1.3

Prometheus 27.05.14

Título original: *The Secret Island*

Enid Blyton, 1938

Traducción: Antonio de Quadras Martínez

Ilustraciones: José Correas

Diseño de cubierta: José Correas

Editor digital: Prometheus

ePub base r1.1





# ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



  
epublico

## CAPÍTULO PRIMERO

### EL COMIENZO DE LAS AVENTURAS

Mike, Nora y Peggy charlaban sentados en el suelo cubierto de hierba. No eran felices. Nora lloraba, lloraba sin cesar. En esto oyeron un grito:

—¡Eeeoooo!

—Es Jack —dijo Mike—. Sécate las lágrimas, Nora. Verás cómo Jack nos anima.

Llegó un niño corriendo y se sentó al lado del grupo. Tenía la cara muy morena y los ojos azules, brillantes, traviesos...

—¡Hola! —exclamó—. ¿Qué te pasa, Nora? ¿Otra vez llorando?

—Sí —respondió Nora, secándose las lágrimas—. Tía Josefa me ha pegado porque no le he lavado bien las cortinas.

Le enseñó su brazo derecho, lleno de cardenales.

—¡Qué vergüenza! —comentó Jack.

—Si papá y mamá estuviesen aquí, nuestros tíos no se atreverían a tratarnos así —dijo Mike—. Pero no creo que vuelvan nunca.

—¿Cuánto tiempo hace que se fueron? —preguntó Jack.

—Casi dos años —respondió Mike—. Papá construyó un nuevo avión y salió para Australia. Mamá se fue con él, porque le gusta volar. Y ya estaban muy cerca de Australia cuando, de pronto, dejó de saberse de ellos.

—Estoy segura de que tía Josefa y tío Enrique creen que nunca volverán —dijo Nora, echándose a llorar de nuevo—. Si no lo creyeran, no nos tratarían como nos tratan.

—No llores más, Nora —le dijo Peggy—. Se te ponen los ojos horribles, rojos como tomates. La próxima vez me encargaré yo de la colada.

Jack rodeó con su brazo los hombros de Nora. La prefería a todos los demás, y era la más pequeña del grupo, a pesar de ser hermana gemela de Mike. Tenía la cara pequeña y la cabeza cubierta de negros rizos. Mike tenía su misma cara, pero era más alto. Peggy era rubia y llevaba un año a los gemelos. Lo que nadie sabía era la edad de Jack. Incluso él la ignoraba. Vivía en una pequeña y vieja granja con su abuelo y trabajaba como un hombre, aunque no era mucho más fuerte que Mike.

Se había hecho amigo de Mike y las niñas y a los cuatro les encantaba pasear juntos por el campo. Jack conocía palmo a palmo aquellos parajes y sabía cazar conejos con trampa, pescar en el río y dónde estaban las nueces mejores y las moras de mayor tamaño. Todo lo sabía: los nombres de los pájaros que cantaban en los árboles, la diferencia entre una víbora y una culebra y otras muchas cosas sobre los animales de la región.

Sus ropas eran una colección de harapos. Iba descalzo y sus piernas estaban llenas de rasguños. Nunca se quejaba ni lloraba, ni siquiera cuando se hacía daño. Todo lo tomaba a broma y era el compañero inseparable de los tres hermanos.

—Desde que dio por seguro que mamá y papá no volverían, tía Josefa se ha portado muy mal con nosotros —dijo Nora.

—Tan mal como tío Enrique —dijo Mike—. No nos deja ir al colegio y me obliga a ayudarlo en el trabajo del campo de sol a sol. Eso no me importa; lo que me importa y no quiero es que tía Josefa trate tan mal a las niñas. Las obliga a hacer todo el trabajo de la casa y son aún muy pequeñas para eso.

—A mí me hace lavar toda la ropa de la casa —se quejó Nora—. No me importa lavar las cosas pequeñas, pero sí las grandes, como las sábanas, pues pesan demasiado.

—Y yo tengo que hacer la comida —dijo Peggy—. Ayer se me quemó un pastel, porque el horno estaba demasiado fuerte, y tía Josefa me dejó sin comer y sin cenar.

—Yo entré por la ventana para llevarle un poco de comida —explicó Mike—, pero tío Enrique me vio y me dio un bofetón tan fuerte que rodé por el suelo y no sé cómo pude ponerme en pie. Me mandaron a la cama sin cenar y esta mañana sólo me han dado un trozo de pan como desayuno.

—Hace meses que no nos compran ropa ni zapatos —dijo Peggy—. Los que llevo, ya casi no tienen suela. No sé qué haremos cuando llegue el invierno. La ropa del año pasado se nos ha quedado tan estrecha que no nos la podemos poner.

—Estáis mucho peor que yo —dijo Jack—. Yo nunca he tenido nada que estuviera bien; por eso no lo echo de menos. En cambio, a vosotros os han dado siempre todo lo que habéis querido, y ahora no tenéis nada de nada, ni siquiera unos padres que os puedan ayudar.

—¿Y tú no te acuerdas de tus padres, Jack? —preguntó Mike—. ¿O es que siempre has vivido con tu abuelo?

—Sí, siempre. Por eso no me acuerdo de mis padres —respondió Jack—. Ahora dice que se quiere ir a vivir a casa de una tía mía. Si se va, me quedará solo, porque mi tía no me querrá en su casa.

—¡Oh, Jack! ¿Qué harás si te quedas solo? —preguntó Nora.

—Estaré la mar de bien —dijo Jack—. Lo que importa es saber lo que vais a hacer vosotros. No me gusta veros tristes. Si pudiéramos escaparnos todos juntos...

—En seguida nos encontrarían y nos traerían aquí —dijo Mike, seguro de no equivocarse—. He leído muchas veces en los periódicos casos de niños y niñas que se han escapado de sus casas. La policía los encuentra en seguida y los devuelve a sus casas. Si supiese de algún sitio donde nadie pudiera encontrarnos me iría ahora mismo con mis hermanas. No puedo sufrir que tía Josefa las haga trabajar tanto y sea tan dura con ellas.

—¡Escuchadme un momento! —dijo de pronto Jack, con voz tan misteriosa que todos se agruparon en torno de él—. ¿Si os confío un secreto, me prometéis no decírselo a nadie?

—¡Claro que te lo prometemos! —exclamaron Mike y sus hermanas.

—Puedes confiar en nosotros, Jack —añadió Mike.

—Sí, ya sé que puedo confiar en vosotros —dijo Jack—. Bien, escuchadme. Conozco un sitio donde podríamos escondernos con la seguridad de que nadie nos encontraría.

—¿Dónde está, Jack; dónde está? —preguntaron los tres hermanos.

—Esta noche os lo enseñaré —dijo Jack, levantándose—. Esta noche a las ocho, cuando hayáis terminado vuestro trabajo, id a la orilla del lago. Allí nos veremos. Ahora tengo que irme. Si llego

tarde, mi abuelo se enfadará conmigo y, a lo mejor, me encierra con llave en mi cuarto.

—Adiós, Jack —dijo Nora, ya mucho más contenta—. Hasta la noche.

Jack se alejó corriendo y los tres hermanos volvieron lentamente a la granja de su tío Enrique. Se habían llevado la merienda al campo y tenían que volver al trabajo. Nora tenía mucho que planchar, y Peggy, que fregar la cocina. Era una vieja cocina de piedra, y la niña sabía muy bien que no podría terminar su trabajo hasta la hora de cenar.

—Yo tengo que limpiar el granero —dijo Mike—. Pero no os preocupéis: a la hora de cenar ya estaré listo y después iremos a ver el escondite secreto de Jack.

Todos empezaron a trabajar, sin que se apartara de su pensamiento lo que tenían que ver aquella noche. ¿Cuál sería el secreto de Jack? ¿Dónde estaría aquel escondite tan magnífico? ¿Podrían huir?

Tanto pensaban en la aventura de la noche, que estuvieron a punto de echarlo todo a perder. Ninguno de ellos hizo bien su trabajo a juicio de tío Enrique y de tía Josefa. Nora recibió un bofetón y Peggy tuvo que volver a fregar toda la cocina.

Tío Enrique riñó a Mike porque había mezclado un poco de trigo con la paja. El niño no protestó, pero pensó que huiría de aquella casa tan pronto como le fuera posible.

«Nora y Peggy deberían ir al colegio, llevar vestidos bonitos y poder invitar a sus amigas a merendar —se dijo Mike—. Esta vida no se ha hecho para ellas. Trabajan todo el día y encima gratis, pues tía Josefa no les da ni un céntimo».

Los niños cenaron sólo pan y queso sin decir palabra. Temían que, si hablaban, sus tíos les gritasen para hacerles callar. Cuando terminaron, Mike se decidió a hablar.

—Tía Josefa, te vamos a pedir un favor: ¿nos dejas salir a dar un paseo antes de irnos a la cama?

—No —dijo tía Josefa con su desagradable voz—. Mañana tenemos mucho trabajo, y quiero que os levantéis temprano.

Los niños cambiaron miradas de desaliento. Tenían que hacer lo que sus tíos ordenaban. En silencio, subieron a la habitación en que dormían los tres. Mike tenía una cama pequeña en un rincón, separada por una cortina de la cama grande que ocupaban las dos niñas.

—Creo que tía Josefa y tío Enrique quieren salir esta noche. Por eso nos han obligado a acostarnos tan pronto —dijo Mike—. Si se van, nos escaparemos e iremos a reunirnos con Jack.

—No nos quitaremos la ropa —dijo Nora—. Si nos acostamos vestidos, podremos salir más de prisa.

Los niños guardaron silencio y aguzaron el oído. Poco después oyeron que se cerraba la puerta que daba al exterior. Mike saltó de la cama y se asomó a la ventana. Desde allí se veía el jardín que se extendía delante de la casa. En seguida vio salir a sus tíos.

Esperaron en silencio. Poco después bajaron la escalera y salieron al jardín por la puerta trasera. Corriendo como liebres, llegaron al lago, y allí encontraron a Jack, que los estaba esperando.

—¡Hola, Jack! —dijo Mike—. Menos mal que hemos podido venir. Nos han mandado a la cama, pero nos hemos escapado y aquí nos tienes.

—¿Cuál es tu secreto, Jack? —preguntó Nora—. Estamos impacientes por saberlo.

—Bien, escuchadme —dijo Jack—. Ya sabéis que este lago es muy grande y está lleno de rincones desconocidos. Sólo en los dos extremos hay algunas granjas solitarias, pero el resto de sus villas está completamente deshabitado. Pues bien, en el lado sur hay una isla que estoy seguro de que nadie conoce. Me parece que soy el único que ha estado en ella. Es una isla estupenda y debe de ser el mejor escondite del mundo.

Los tres niños escuchaban con los ojos muy abiertos. ¡Una isla en el lago! ¡Si pudiesen llegar a ella y estar allí, escondidos, los cuatro solos, sin tías que diesen bofetones ni los obligaran a trabajar durante todo el día como si fueran animales!...

—Si no estáis cansados, podríamos ir paseando hasta un sitio desde el cual se ve la isla —dijo Jack—. Yo la descubrí por casualidad. El bosque es allí tan espeso, que no creo que nadie la haya visto.

—No estamos cansados, Jack —exclamó Nora—. Llévanos a ver tu isla secreta. Queremos ir ahora. Estamos deseando ver esa isla.

—Pues vamos —dijo Jack, encantado de ver a sus amigos tan contentos—. Seguidme. Hemos de ir de prisa, pues está bastante lejos.

El niño, descalzo, condujo a los otros tres a un bosque. Se deslizaba entre los árboles como un conejo. Después de avanzar un buen trecho vieron que se iba aclarando hasta convertirse en un campo. Lo cruzaron y se encontraron de nuevo en el bosque, esta vez tan espeso, que parecía imposible atravesarlo.

Pero Jack siguió adelante. Conocía el camino de memoria y condujo a sus tres amigos, sin detenerse, a un lugar donde volvieron a ver el agua. Estaban otra vez a la orilla del lago. Ya era completamente de noche y apenas podían distinguir nada.

Jack se abrió camino entre los árboles que crecían al borde del agua, se detuvo y señaló hacia el interior del lago. Los niños se agruparon a su alrededor.

—¡Mi isla secreta! —dijo Jack.

Allí estaba la isla. Era pequeña y parecía flotar sobre las aguas. Había algunos árboles y en su centro se alzaba una pequeña colina. Era una isla solitaria y hermosa. Los niños estuvieron un buen rato contemplándola. Parecía una isla mágica.

—Bueno —dijo al fin Jack, interrumpiendo el silencio—, ¿qué os parece? ¿Huimos y nos vamos a vivir a esa isla misteriosa?

—¡Sí! —respondieron los tres hermanos a coro.

## CAPÍTULO II

### UN DÍA DE EMOCIONES

Al día siguiente, los tres niños sólo pensaron en la isla secreta de Jack. ¿Podrían huir y esconderse en ella? ¿Podrían vivir en aquel lugar? ¿Cómo se procurarían el alimento? ¿Qué pasaría si empezaban a buscarlos? ¿Los encontrarían? No dejaban de pensar en todo esto ni un instante. ¡Qué maravillosa les parecía aquella isla secreta! En ella no habría bofetones ni gritos. Cuando a media mañana pudieron estar un rato juntos, no hablaron de otra cosa.

—Mike, tenemos que ir a la isla —dijo Nora.

—Sí, dile a Jack que iremos —suplicó Peggy.

Mike se rascó la cabeza, preocupado. Tenía muchas ganas de ir, pero se preguntaba si podrían las dos niñas soportar una vida tan dura. Allí no habría camas, y quizás ni comida. ¿Y si Peggy o Nora se ponían enfermas? En fin, podían probarlo. Si las cosas se ponían mal, regresarían y asunto concluido.

—Bien, iremos —dijo al fin—. Lo planearemos todo con la ayuda de Jack. Él sabe de estas cosas más que nosotros.

Así, pues, cuando se hizo de noche fueron a ver a Jack. Sus ojos brillaban de alegría y emoción. ¡Qué aventura!

Una aventura como la de Robinson Crusoe: solos en una isla secreta...

—Tenemos que planearlo todo con gran cuidado —dijo Jack—. No debemos dejarnos nada olvidado, porque no podríamos volver a recogerlo: nos atraparían en seguida.

—¿Y si fuéramos a la isla para ver cómo es, antes de ir a vivir en ella? —preguntó Nora—. Me gustaría verla.

—Bien —dijo Jack—. Iremos el domingo.

—¿Pero cómo? —preguntó Mike—. ¿Nadando?

—No —respondió Jack—. Tengo un bote. Lo abandonaron porque era muy viejo, y yo lo he ido reparando poco a poco. Sigue haciendo un poco de agua, pero se puede sacar con una lata.

Los niños esperaron con impaciencia la llegada del domingo. Siempre los hacían trabajar algo, pero luego les permitían llevarse la comida al campo y hacer excursiones.

Corría el mes de junio y los días eran largos y soleados. En la granja abundaban los melocotones, las cerezas y toda clase de fruta. Los tres niños hicieron una buena provisión de ella y arrancaron dos lechugas. Tía Josefa les daba tan poca comida, que siempre tenían que apoderarse de algo sin que los vieran. Mike decía que aquello no era robar, porque si tía Josefa les hubiese dado todo lo que ganaban trabajando, ellos podrían comprar el doble de lo que les daban. No hacían más que tomar lo que habían ganado con su esfuerzo. Tenían un poco de pan y mantequilla y unas cuantas lonjas de jamón. Mike arrancó también unas zanahorias y dijo que con el jamón estarían estupendas.

A todo correr, fueron a reunirse con Jack. Éste los esperaba a la orilla del lago, con una mochila a la espalda. En ella llevaba su comida. Enseñó a sus amigos unas cerezas y un pastel.

—Me los ha dado la señora Lane por limpiarle el jardín —dijo—. Nos haremos una merienda

colosal.

—¿Dónde está la barca? —preguntó Nora.

—Calma; ya la veréis —respondió Jack—. No voy a dejar mis secretos donde la gente los pueda descubrir. Nadie sabe que tengo una barca.

Jack emprendió la marcha y los tres hermanos lo siguieron. Iban por la orilla. Mike y las niñas buscaban con la mirada la barca de Jack. Pero no la vieron hasta que él la señaló.

—¿Veis aquel sauce de allá abajo, aquél que tiene unas ramas que llegan al agua? —preguntó—. Pues mi bote está debajo del árbol. Es un buen escondite, ¿verdad?

Mike tenía los ojos brillantes de entusiasmo. Le encantaba ir en barca, y pensó que tal vez Jack le permitiera remar. Los niños empujaron la ligera embarcación hasta la orilla. Era bastante grande, pero estaba muy vieja y tenía mucha agua dentro. La achicaron con botes y Jack colocó los remos en su sitio.

—Y ahora, al agua —exclamó Jack—. Hay que remar un buen rato. ¿Quieres encargarte de un remo, Mike?

¡Claro que quería! Los dos niños empezaron a remar con fuerza. El sol les enviaba el calor de sus rayos, y una ligera brisa refrescaba la atmósfera. Pronto divisaron la isla a lo lejos. La reconocieron inmediatamente por su pequeña colina.

Cuando la vieron por primera vez era de noche y les pareció una tierra misteriosa, pero ahora, a la luz del sol, les impresionó por su belleza. Cuando estuvieron cerca vieron claramente los árboles que se inclinaban hacia el agua y pronto oyeron el canto de los mirlos entre el ramaje. Los niños se miraban entusiasmados. Allí sólo había pájaros y otros seres del mundo animal. ¡Qué isla tan maravillosa para vivir y jugar solos los cuatro!

—Allí desembarcaremos —dijo Jack.

Lentamente, condujo el bote hacia una pequeña playa. La quilla rozó el fondo y la barca se detuvo. Los cuatro niños saltaron a tierra. Era un lugar maravilloso para una excursión, pero ningún excursionista había pisado aquella isla, jamás habían ensuciado su hierba las pieles de plátano y las latas oxidadas.

—Dejemos las cosas aquí y echemos un vistazo —dijo Mike, ansioso de saber cómo era la isla.

—De acuerdo —aceptó Jack, dejando su mochila en el suelo.

—Vamos —dijo Mike a las niñas—. Ahora empieza nuestra gran aventura.

Dejaron la playa y se internaron en la isla. Había árboles y matas de todas clases, y zarzas repletas de moras. Los niños se dirigieron a la colina. Era lo bastante alta para que desde ella se viera casi todo el lago.

—Si venimos a vivir aquí, esta colina será una estupenda torre de observación —dijo Mike—. Desde esta altura se domina todo el lago y podremos ver si se acerca algún enemigo.

—Sí —afirmó Jack—. Si vigilamos desde aquí, nadie podrá sorprendernos.

—¡Vengamos a vivir en esta isla! —exclamó Nora—. Mira esos conejos, Peggy. Se acercan a nosotros sin temor. ¡Son unos valientes! ¿Por qué no nos tendrán miedo, Mike?

—Tal vez no hayan visto nunca a una persona —respondió Mike—. ¿Qué hay al otro lado de la

colina, Jack? Vayamos a verlo.

—Aquella parte está llena de cuevas —respondió Jack—. Aún no las he explorado, pero estoy seguro de que serán un escondite estupendo para nosotros si alguien viniese a la isla en busca nuestra.

Los cuatro niños fueron a explorar el otro lado de la colina. El terreno estaba cubierto de hierbajos y arbustos silvestres. Jack señaló una gran cueva, oscura y profunda al parecer.

—Ahora no tenemos tiempo de explorarla —dijo Jack—, pero se ve que sería un sitio estupendo para guardar nuestras provisiones. Aquí se mantendrían frescas y a salvo de la lluvia.

Un poco más abajo oyeron un agradable murmullo.

—¿Qué será eso? —preguntó Peggy, deteniéndose.

—¡Mirad, es un manantial! —exclamó Mike—. De aquí tomaremos el agua, Jack. Es fresca y transparente como el cristal.

—Es un agua muy buena —dijo Jack—. La última vez que estuve aquí, la probé. Más abajo, el riachuelo que forma este manantial se junta con otro.

Al pie de la colina se extendía un espeso bosque que tenía algunos claros repletos de zarzales y de grandes arbustos. Jack señaló uno de ellos.

—Allí debe de haber gran cantidad de moras —dijo—. Y ya veréis qué nueces tan estupendas dan unos nogales que hay cerca de aquí. También encontraremos fresas silvestres. ¡Y qué fresas!

—¡Oh, vamos a verlas! —dijo Mike.

—No, ahora no tenemos tiempo —replicó Jack—. La isla es demasiado grande para explorarla en una tarde. Ya la habéis visto casi toda: la colina, las cuevas, el arroyo, el bosque... Detrás del bosque hay hermosos prados verdes. A continuación aparecen de nuevo las aguas del lago. ¡Es una isla maravillosa!

—Oye, Jack, ¿dónde viviremos? —preguntó Peggy, que siempre iba a lo práctico.

—Nos construiremos una casita de madera —respondió Jack—. Yo sé hacerlas. El verano lo pasaremos la mar de bien en nuestra casita y cuando llegue el frío nos instalaremos en una cueva.

Los niños cambiaban miradas de alegría. ¡Una casa de madera construida con sus propias manos! ¡Una cueva! ¡Qué emocionante! ¡Y qué suerte tener un amigo como Jack, que era dueño de una barca y había descubierto una isla secreta!

Volvieron al lugar donde habían dejado la barca, hambrientos pero felices. Se sentaron en la playa y se comieron el pan, el jamón, el pastel, las zanahorias y la fruta. Se acercó un puerco espín, extrañado de ver tanta gente en sus dominios, y empezó a mordisquear las hojas sobrantes de la lechuga.

—Si pudiera pasar en esta isla el resto de mi vida, sin crecer ni un centímetro más, sería la persona más feliz del mundo —dijo Nora.

—El resto de tu vida no sé —dijo Jack—; pero estaremos bastante tiempo. Bueno, ¿qué día será la fuga?

—¿Y qué nos traemos? —preguntó Mike.

—No necesitaremos demasiadas cosas —respondió Jack—. Las camas las podemos hacer con hierbas. Vosotros traed unas mantas, platos, cubiertos y algunos cacharros de cocina. Yo traeré un

hacha y un cuchillo de caza, para construir la casita. ¡Ah, también necesitaremos muchas cajas de cerillas para encender fuego y poder cocinar nuestra comida! Tampoco debo olvidarme de mi caña de pescar.

Los niños hablaron y hablaron de sus planes y, al fin, se pusieron de acuerdo sobre las cosas que necesitaban. Las irían escondiendo día tras día en el tronco hueco de un árbol que había a la orilla del lago y, cuando llegara el momento de huir, las trasladarían a la barca y las llevarían a la isla.

—Una sartén nos será muy útil —advirtió Nora.

—Y un par de cacerolas —dijo Peggy—. ¡Cómo nos divertiremos! Ya no me importará que me den un bofetón de vez en cuando. Estaré pensando todo el día en nuestro magnífico plan.

—Debemos fijar el día de la fuga —dijo Jack—. Dentro de una semana justa, ¿os parece? El domingo será el mejor día, porque nadie nos buscará hasta que se haga de noche y vean que no acudimos a cenar.

—Sí, el domingo próximo —exclamaron todos—. ¡Qué bien lo vamos a pasar!

—Ahora hay que volver a casa —dijo Jack, empujando el bote hacia el agua—. Rema tú, Mike; yo me encargaré de achicar el agua. Subid, muchachas.

Empezaron a cantar a coro una vieja canción marinera. Mike y sus hermanas se decían entre tanto que era estupendo tener un capitán como Jack. Pronto surcó el bote las aguas del lago, rumbo a la orilla, a sus casas. ¿Qué sucedería el domingo siguiente?

### CAPÍTULO III

#### LA FUGA

Durante toda la semana, los niños continuaron los preparativos de su proyectada huida. Tía Josefa y tío Enrique no comprendían por qué estaban tan contentos. No les importaban los gritos ni los bofetones. Nora llegó al extremo de recibir una bofetada sin llorar. Se sentía tan feliz pensando en la isla secreta, que no le era posible derramar ni una sola lágrima.

Poco a poco fueron llevando sus cosas al árbol de tronco hueco. Mike transportó al escondite vasos y platos de plástico, y Nora una vieja sartén que tía Josefa tenía arrinconada en la despensa. No se atrevió a llevarse otra mejor. Peggy se apoderó de dos cacerolas y las escondió en el tronco vacío, provocando la indignación de tía Josefa, que armó un gran escándalo cuando las necesitó y no las encontró por ninguna parte.

Jack llevó al árbol un bote, un hacha y un enorme cuchillo de monte, además de algunos tenedores y cuchillos. Los niños no se atrevían a apoderarse de los cubiertos, pues en la casa había los justos para ellos y para sus tíos. Por eso se pusieron contentísimos al ver que Jack los había tomado de su casa.

—¿Podéis traer unas cuantas latas vacías para guardar las provisiones? —preguntó Jack—. Yo me encargaré de otras cosas necesarias: sal, azúcar, aceite... Mi abuelo me dio el otro día dinero, aunque poco, y compraré lo que pueda.

—Estoy seguro de que encontraré latas vacías —dijo Mike—. Tío Enrique tiene varias en el granero. Están bastante sucias, pero ya las lavaré. ¿Puedes traer tú las cerillas, Jack? Mi tía sólo tiene una caja y no podemos quitársela sin que lo note.

—Bien. De todos modos, yo tengo una lupa estupenda —dijo Jack, sacándola del bolsillo—. Mirad. Dirijo a ese papel los rayos de sol que pasan por la lupa. Esperad y veréis lo que ocurre. ¿Veis? El papel arde: ya tenemos fuego.

—¡Oh, estupendo! —exclamó Mike—. La usaremos los días de sol, y así ahorraremos cerillas.

—Yo he traído mi bolsa de labores por si hay que coser algo —dijo Peggy.

—Y yo unos cuantos clavos y un martillo —dijo Mike—. Los he encontrado en el granero.

—La cosa no puede ir mejor —dijo Jack, sonriendo—. ¡Lo vamos a pasar la mar de bien!

—¡Me gustaría que ya fuese domingo! —exclamó Nora.

—Yo traeré mi baraja y mi dominó —dijo Peggy—. De vez en cuando nos vendrá bien una partidita. ¿No os parece que debemos llevarnos algún libro?

—¡Buena idea! —aprobó Mike—. Nos llevaremos varios libros y algunas revistas. Leyendo se pasan buenos ratos.

Pronto el tronco hueco estuvo abarrotado de las cosas más diversas. No pasaba día sin que se escondiera algo en el árbol. Un día era medio saco de patatas, otro una manta vieja, otro unas tablas...

Al fin, llegó el domingo. Los niños se levantaron mucho antes que sus tíos, salieron al jardín y llenaron una cesta de melocotones. Luego arrancaron seis lechugas y recogieron guisantes, tomates y un buen montón de zanahorias. Entraron en el gallinero y recogieron seis huevos recién

puestos.



Nora entró en la cocina. ¿Qué podría llevarse sin que su tía se diese cuenta hasta que ya estuviesen en la isla? ¿Quizás un poco de té? Sí, esto no lo notaría. Tomó también jamón, un paquete de galletas, un cartucho de arroz y magdalenas. Puso todo esto en una cesta y corrió a reunirse con Peggy y Mike. Mucho antes de que tía Josefa se levantara, ya estaba todo escondido en el árbol.

A Peggy no le parecía bien apoderarse de cosas que no les pertenecían, pero Mike le dijo que como sus tíos ya no tendrían que cuidarlos, bien podían llevarse algunas cosas.

—Además —añadió—, si nos hubiesen pagado el trabajo que hemos hecho, tendríamos para comprar el doble de lo que nos llevamos.

Volvieron a la casa para tomar el desayuno. Peggy se encargó de hacerlo para que tía Josefa no advirtiese la desaparición de su mejor espumadera. Y pidió al cielo que no se le ocurriese a su tía buscar una vela, pues Mike se las había llevado todas, a la vez que el viejo farol de su tío.

Estaban desayunándose en silencio, cuando apareció tía Josefa.

—Supongo que habréis pensado iros de excursión —dijo—. ¡Pues no iréis! Vosotras, Nora y Peggy, tendréis que limpiar el jardín. Tío Enrique le buscará algún trabajo a Mike. Así aprenderéis a no comer los pastelillos de la despensa. He visto que faltan bastantes. No saldréis en todo el día de casa.

A los niños se les cayó el alma a los pies. ¡Precisamente aquel día!... No tenían más remedio que obedecer. Las niñas empezaron a hacer la limpieza de la cocina, y no llevaban mucho tiempo trabajando, cuando Mike se asomó a la ventana.

—¡Oídmeme! —dijo en voz baja—. En cuanto podáis, huid. Esperadme en el lago. No tardaré mucho.

Nora y Peggy se animaron. ¡Huirían! Fregaron un par de cacharros más y en seguida vieron a tía Josefa pasar y desaparecer escaleras arriba.

—Habrá ido a prepararle a tío Enrique el traje de los domingos —susurró Nora—. ¡Vamos! ¡Ésta es la ocasión! Podemos salir por la puerta trasera.

Peggy corrió hacia la despensa, entró y volvió a salir con un paquete.

—Nos olvidábamos del jabón —exclamó—. Es muy necesario. Menos mal que me he

acordado a tiempo.

Nora miró en todas direcciones, en busca de algo que llevarse. Se apropió de una pastilla de margarina y salió con ella.

—Nos servirá para freír —dijo—. ¡Corre, Peggy! ¡No hay tiempo que perder!

Corrieron por la parte trasera del jardín. Pronto estuvieron en campo abierto, y cinco minutos después habían llegado al árbol. Jack no estaba aún allí. Ignoraban lo que tardaría en aparecer Mike. No le sería fácil escapar.

Pero Mike tenía un plan. Esperó a que su tía descubriese que las niñas habían desaparecido, y se dirigió a la cocina.

—¿Qué ocurre, tía? —preguntó, fingiéndose sorprendido de verla tan indignada.

—¿Adónde han ido esas mocosas? —vociferó tía Josefa.

—Supongo que habrán salido a dar un paseo o algo así —contestó Mike—. ¿Quieres que vaya a buscarlas?

—Sí, y diles que van a recibir una buena paliza por marcharse antes de terminar su trabajo —dijo la enfurecida tía Josefa.

Mike salió al jardín y dijo a su tío que tenía que ir a hacer un recado para tía Josefa. Tío Enrique le dejó salir y pronto estuvo Mike camino del árbol. Allí se reunió con sus hermanas.

—¿Dónde se habrá metido Jack? —preguntó Mike, al ver que su amigo no estaba—. Dijo que vendría tan pronto como pudiese.

—¡Mirad, ahí viene! —exclamó Nora.

Sí, allí estaba Jack. Se dirigía a ellos agitando la mano en el aire a modo de saludo. Llevaba un pesado paquete de cosas que había reunido a última hora, entre ellas un impermeable, un rollo de cuerdas, dos libros, periódicos, Estaba contentísimo.

—¡Me alegro de que estéis ya aquí! —exclamó.

—Sí, pero por poco nos tenemos que quedar en casa —dijo Nora, y contó a Jack lo que les había pasado.

—¡Malo! —exclamó—. A ver si vuestros tíos empiezan a buscaros antes de lo que esperábamos.

—No lo creo —dijo Mike—. Sólo pensarán en darnos una buena zurra cuando volvamos. ¡Si supiesen que no volveremos nunca! Seguramente creerán que nos hemos ido a comer al campo, como todos los domingos.

—Bueno, basta ya de hablar —dijo Jack—. Tenemos mucho trabajo. Esta aventura es muy divertida, pero hay que trabajar. Primero saquemos todo lo que hay en el árbol y llevémoslo a la barca. Mike, dales algo a las chicas; tú y yo llevaremos las cosas más pesadas. En dos o tres viajes lo tendremos todo en el bote.



Rebosantes de alegría, los cuatro pusieron manos a la obra. Hacía calor, y al transportar aquella carga sudaban y resoplaban. ¡Pero qué importaba! Al fin iban a trasladarse a su isla secreta.

El camino hasta la barca era largo y tuvieron que hacer cuatro viajes para transportarlo todo. Pronto no quedó nada en el árbol.

—Menos mal —exclamó Mike—. Cada vez que iba hacia el árbol, temía ver salir a nuestros tíos de un escondite donde estuvieran esperando la ocasión de atraparnos.

—¡Qué tontería! —dijo Nora—. Ni saben ni volverán a saber de nosotros.

Poco a poco fueron colocándolo todo en el bote. Afortunadamente era bastante grande y tenía cabida para la abundante carga. Primero habían tenido que achicarlo. En la quilla había algunas grietas por las que entraba mucha agua, pero si se iba sacando con un bote no había peligro.

—Bueno —dijo finalmente Jack, mirando a la orilla para comprobar que no se dejaban nada—. ¿Estamos preparados?

—Sí, capitán —contestaron sus tres compañeros—. ¡Adelante!

Mike y Jack empujaron la barca y empuñaron los remos. Llevaban tanto peso, que un solo remero no habría sido suficiente.

Pronto estuvo el bote lejos de la orilla.

—Al fin nos vamos —dijo Nora alegremente, pero tan emocionada, que estaba a punto de echarse a llorar.

Nadie dijo nada más. Mike y Jack remaban vigorosamente mientras Peggy achicaba el agua que iba entrando. Al mismo tiempo, la niña se decía que sería maravilloso dormir sobre la hierba y despertarse bajo el azul del cielo, sabiendo que nadie le diría a cada momento «haz esto» y «haz aquello». ¡Qué feliz era!

Tardaron un buen rato en llegar a la isla. El sol estaba cada vez más alto y a los pequeños aventureros les molestaba cada vez más el calor. Al fin, Nora, emocionada, señaló el horizonte.

—¡La isla secreta! —exclamó—. ¡La isla secreta!

Mike y Jack dejaron de remar y la barca se deslizó suave y silenciosamente, mientras los cuatro contemplaban su isla secreta, aquel trozo de tierra que nadie había visto ni divisado. Ni siquiera tenía nombre. Era simplemente la isla secreta.

Mike y Jack siguieron remando hasta llegar a la pequeña playa que ya conocían y que quedaba casi invisible bajo los árboles. Jack saltó a la orilla y tiró de la barca hasta vararla en la arena.

Luego desembarcaron Mike y las niñas.

—¡Hemos llegado! ¡Hemos llegado! ¡Hemos llegado! —exclamó Nora, saltando, loca de alegría—. ¡Hemos conseguido huir! ¡Ya estamos en nuestra maravillosa isla secreta!

—Ven aquí, Nora, y haz algo —le dijo Jack—. Tenemos mucho trabajo y hay que hacerlo antes de que anochezca.

Nora corrió a ayudar a Jack y a sus hermanos. No fue tarea fácil descargar la barca, y menos bajo aquel sol. Cuando terminaron estaban todos ardiendo y jadeantes.

—¡Tengo sed! —exclamó Mike.

—Peggy, ¿te acuerdas del camino del manantial? —preguntó Jack—. ¿Sí? Pues ve a llenar de

agua esta cazuela. Primero beberemos y después comeremos algo.

Peggy corrió hacia el manantial. Llenó la cazuela y volvió al lado de los otros tres niños, que la esperaban con los vasos preparados. Mike buscó entre las provisiones y pronto estuvieron todos sentados en el suelo, comiendo pan y queso y luego unos pasteles.

¡Qué merienda tan magnífica! ¡Y qué modo de gritar, de divertirse! Luego se tendieron al sol con los ojos cerrados. Estaban rendidos por el duro trabajo y pronto se quedaron dormidos.

Jack fue el primero en despertar.

—¡Eh! ¡Arriba todo el mundo! —exclamó—. No podemos perder más tiempo. Aún tenemos que buscar un buen sitio para pasar la noche y que preparar las camas. Hay un montón de cosas que hacer. ¡Hala! ¡Al trabajo!

A nadie le importaba trabajar en un sitio tan maravilloso. Nora y Peggy fregaron inmediatamente los platos y los pusieron al sol para que se secaran. Los niños fueron colocándolo todo debajo de un árbol y echaron encima el viejo impermeable por si llovía.

—Y ahora, a buscar un buen sitio para dormir —dijo Jack—. Vamos a pasar nuestra primera noche en la isla secreta. ¡Qué emocionante!

## CAPÍTULO IV

### LA PRIMERA NOCHE EN LA ISLA

—¿Qué sitio será el mejor para dormir? —preguntó Peggy, mirando en todas direcciones.

—A mí me parece —respondió Jack— que debemos dormir debajo de algún árbol de copa muy espesa. Así, si llueve no nos mojaremos demasiado. De todos modos, no creo que llueva: el cielo está despejado.

—Hay dos robles enormes exactamente al lado de la cueva que vimos —dijo Mike—. No es mal sitio, ¿verdad?

—Por mí, aceptado —dijo Jack—. Seguramente, allí habrá también algún matorral que nos proteja del viento. Vamos a verlo.

Se dirigieron a los dos gigantescos robles. Las ramas de algunas partes de sus copas casi llegaban al suelo. A su sombra crecía una hierba verde y blanda, tan acogedora como el mejor de los colchones. Un tupido matorral resguardaba del viento.

—Es un sitio estupendo para dormir —dijo Jack—. ¿Veis ese pequeño llano cubierto de hierba y rodeado de arbustos? Las niñas podrían dormir ahí, y nosotros al otro lado.

—¡Oh, sí! ¡Buena idea! —exclamó Nora, corriendo hasta allí y echándose en la hierba—. ¡Qué suelo tan blando! ¡Y qué olor tan delicioso! ¿De dónde viene?

—Del tomillo —respondió Jack—. Está entre las hierbas que te rodean. Esta noche lo estarás oliendo hasta que te duermas.

—Pero hay que tener en cuenta —dijo Mike— que la hierba no estará tan blanda cuando llevemos varias horas acostados sobre ella. Debemos ir a buscar musgo. ¿No os parece?

—Es verdad —aprobó Jack—. Por aquí hay mucho. Lo pondremos a secar al sol. Debemos recoger una buena cantidad. Cuanto más musgo pongamos sobre la hierba, más cómodos estaremos.

Los cuatro niños recogieron todo el musgo que encontraron, lo pusieron a secar al sol y después lo extendieron en el sitio elegido para dormir. ¡Qué camas tan mullidas! El matorral los protegía del viento, y sobre él las ramas de los árboles se mecían suavemente.

—Los dormitorios ya están preparados —dijo Jack—. Ahora tenemos que buscar un buen sitio para guardar las provisiones. Tiene que estar cerca del agua, pues así será fácil fregar los platos después de las comidas.

—A propósito: ¿cuándo vamos a cenar? —preguntó Mike, que estaba hambriento.

—Podemos comernos un trozo de mi pastel y unas galletas —dijo Jack—. En esto tenemos que llevar mucho cuidado, pues cuando nos comamos todo lo que hemos traído, sólo podremos alimentarnos de lo que encontremos. Mañana iré a ver si pesco algo.

—¿Empezaremos mañana a construir la casa? —preguntó Mike, que estaba deseando ver cómo se las componía Jack para hacer este trabajo.

—Sí —dijo Jack—. Vosotras dos arreglad un poco esto; Mike y yo vamos a buscar un buen sitio para las provisiones.

Las dos niñas fregaron los platos y los chicos se fueron a pasear por las cercanías de la playa

en busca del lugar apropiado para almacenar los víveres. Pronto lo encontraron. Estaba a dos pasos de la playa, debajo de unos árboles, y consistía en una cueva seca y fresca formada por la acción erosiva de las lluvias.

—¡Mira! —exclamó Jack, entusiasmado—. Eso es lo que necesitamos. ¡Nora, Peggy! ¡Venid a ver esto!

Las niñas llegaron corriendo.

—¡Oh, es estupendo! —exclamó Peggy—. Podremos usar las raíces como estantes para las copas y los platos. ¡Es una despensa fantástica!

—Entonces, niñas, traedlo todo aquí —dijo Jack—. Mike y yo iremos a buscar un poco de agua al arroyo, y de paso veremos si hay otro más cerca. Tener que ir al otro lado de la colina por el agua es muy pesado.

—¿Podemos ir con vosotros? —preguntó Peggy.

—No; tenéis que arreglar esto —respondió Jack—. Debéis hacerlo lo más de prisa posible; pronto habrá más humedad y hay que evitar que se nos echen a perder las provisiones.

Dejando a Nora y Peggy ocupadas en ordenar los útiles de cocina y las provisiones, Mike y Jack se dirigieron a la colina. Ya en ella, se separaron para ir en busca, cada uno por un lado, de otro arroyo. Poco después Mike lo encontraba. Era muy pequeño, nacía entre unas rocas y se deslizaba por la falda de la colina, perdiéndose a trechos entre la hierba.

—Supongo que desembocará en el lago —dijo Mike—. Lleva muy poca agua, pero bastará para llenar nuestros cacharros. Así no tendremos que ir al otro lado de la colina. Y si pasamos el invierno en las cuevas, tendremos al lado el otro riachuelo.

Llenaron de agua la jarra que llevaban consigo. La tarde era espléndida. Se oía el zumbido de las abejas; las mariposas volaban por todas partes; los pájaros cantaban en las ramas de los árboles.

—Subamos a la cumbre de la colina. Desde allí podremos ver si hay alguien en el lago —propuso Jack.

Subieron y no vieron el menor rastro de vida humana. Las azules aguas del lago estaban en calma. Ni una barca a la vista. Los dos niños tuvieron la sensación de estar solos en el mundo.

Dejaron la colina y se dirigieron al lugar donde estaban Nora y Peggy. Éstas les mostraron con un gesto de orgullo la improvisada despensa, donde las provisiones y los útiles de cocina estaban perfectamente ordenados.

—Es un sitio ideal para despensa, por ser tan seco —dijo Peggy—. Jack, ¿dónde construiremos la casa?

Jack condujo a las niñas y a Mike al extremo de la playa, donde había un grupo de arbustos tan espeso que casi impedía el paso. Pero Jack se abrió camino entre ellos y mostró a sus compañeros un pequeño prado rodeado de árboles.

—Aquí construiremos la casa —dijo—. ¿Quién podrá suponer que aquí vive alguien? Los arbustos forman una masa tan espesa, que nadie, aparte nosotros, se atreverá a atravesarla.

Hablaron de la casa hasta que el cansancio los rindió. Entonces volvieron a la playa y Jack dijo que lo mejor sería que comieran un poco de pastel, se bebieran un vaso de limonada y se fuesen a

dormir.

Entre él y Mike encendieron una hoguera. Había troncos secos por todas partes. Era confortador ver danzar las llamas.

Jack no había podido utilizar su lupa para encender el fuego, porque el sol estaba ya muy bajo, a punto de ponerse.

—Me gusta mirar el fuego —dijo Nora—. ¡Pero Jack! ¿Por qué lo apagas?

—Dentro de un rato empezarán a buscarnos por todas partes —repuso Jack—, y si ven una columna de humo que sale de la isla, en seguida sospecharán que estamos aquí. ¡Hala! Todos a la cama. Mañana hay que trabajar de firme.

Peggy sacó las mantas y los cuatro niños se dirigieron a los dos grandes árboles. Empezaba a caer la noche sobre la isla.

—¡Nuestra primera noche en este paraíso! —exclamó Mike, mirando las tranquilas aguas del lago—. ¡Los cuatro solos! Ningún techo nos protege, pero soy feliz...

—¡Y yo! —dijeron Jack y las niñas.

Las niñas se dirigieron a sus lechos de hierba y musgo. Se acostaron vestidas. Para dormir al aire libre no hace falta quitarse ropa. Mike les llevó una manta.

—Tomad —les dijo—. Os debéis tapar porque, a lo mejor, sentís frío. Es la primera vez que dormís al aire libre. No tendréis miedo, ¿verdad?

—¡Claro que no! —respondió Peggy—. Vosotros estáis muy cerca. Además, ¿qué hay aquí que pueda asustarnos?



Se echaron sobre la hierba y se cubrieron con la manta. La hierba era más blanda que la vieja cama que tenían en casa de sus tíos. Peggy y Nora se abrazaron y cerraron los ojos. Muy pronto se quedaron profundamente dormidas.

Mike y Jack tardaron más en dormirse. Después de echarse sobre la hierba, se pusieron a escuchar los sonidos nocturnos. Pronto oyeron el gruñido de un puerco espín. Luego observaron el vacilante aleteo de los murciélagos, y, entre tanto, percibían el delicioso olor del tomillo. Un mochuelo cantó a lo lejos y pronto le respondió otro.

—¿Qué pájaro es ése, Jack? —preguntó Mike.

—El mochuelo —respondió Jack—. Escucha. Su canto es tan bonito como el de los pájaros que trinan y gorjean de día. Debe de estar cazando ratones. Mira las estrellas, Mike.

—¡Qué lejos parecen estar! —dijo Mike, mirando el firmamento salpicado de miles de brillantes puntitos blancos—. Jack, te has portado muy bien con nosotros, al acompañarnos y permitirnos venir a tu isla secreta.

—Tenía muchas ganas de venir —respondió Jack—. Al fin y al cabo, estoy haciendo una cosa que me gusta mucho. Ojalá no nos encuentren y se nos lleven a casa. Ya procuraremos que esto no suceda. Estoy ideando el modo de...

Pero Mike ya no lo oía. Sus ojos se habían cerrado. Ya no veía las estrellas ni oía a los mochuelos: se había dormido. Y soñó que entre Jack y él construían una casa, una casa maravillosa.

También Jack se quedó muy pronto dormido. Inmediatamente, los conejos que habitaban entre los arbustos salieron cautelosos de sus madrigueras y miraron con gran curiosidad a los niños. ¿Qué seres eran aquéllos?

Como los niños no se movían, los conejos fueron saliendo de sus escondites y empezaron a jugar como de costumbre. Uno incluso pasó sobre el cuerpo de Mike. Pero este dormía tan profundamente, que no se dio cuenta.

## CAPÍTULO V LOS NIÑOS CONSTRUYEN LA CASA

¡Qué felices se sintieron al despertar por primera vez en la isla! Jack fue el primero en abrir los ojos. Un mirlo cantaba en un árbol próximo, y lo hacía con tal fuerza, que Jack se levantó de un salto. Después de desperezarse llamó a su amigo.

—¡Hola, Mike! ¡Arriba! ¡El sol está ya muy alto!

Mike se despertó. Al principio no recordó dónde estaba, pero pronto una sonrisa iluminó su semblante. ¡Ah, sí! Estaban en la isla secreta. ¡Qué fantástico!

—¡Nora! ¡Peggy! ¡Es hora de levantarse! —dijo a grandes voces.

Las niñas se despertaron sobresaltadas. ¿Dónde estaban? ¿Qué significaba aquella cama verde? ... ¡Ah, claro! Era el colchón de hierba que se habían hecho en la isla secreta.



Pronto estuvieron en pie los cuatro niños. Lo primero que hicieron fue tomar un baño en el lago. Fue delicioso, aunque al principio encontraron el agua un poco fría. Una vez secos, los cuatro sintieron un apetito voraz. Mientras los tres hermanos se bañaban, Jack había echado al agua el hilo de su caña de pescar, y los bañistas, desde el agua, habían visto cómo se hundía y volvía a la superficie el pequeño corcho flotante. Poco después, Jack ya tenía en su poder cuatro magníficas truchas y todos se dedicaron con afán a hacer una hoguera para freírlas.

Mike fue a buscar agua para hacer té, mientras Peggy ponía al fuego unas patatas. Jack, entre tanto, puso un poco de margarina en la sartén y se dispuso a freír las truchas, después de limpiarlas, cosa que sabía hacer perfectamente.

—¡No sé qué haríamos sin ti! —dijo Mike, que lo observaba—. ¡Menudo almuerzo nos vamos a zampar!

Todos comieron con excelente apetito. Pero el té no les gustó: le faltaba la leche.

—Y no hay medio de conseguirla —dijo Jack—. ¡Cómo la voy a echar de menos! Ahora vosotras, Peggy y Nora, a fregar los platos. Luego empezaremos a construir la casa.

En un abrir y cerrar de ojos, las niñas fregaron los platos. Luego, Jack condujo al grupo a través de la maleza hasta un claro del bosque.

—Bien —dijo una vez estuvieron en el solar de la construcción—. Os voy a explicar cómo vamos a hacer la casa. ¿Veis esos pequeños árboles, uno aquí, dos a la izquierda y otros dos a la derecha? Pues bien, nos subiremos a esos árboles y haremos que las ramas de arriba se inclinen de

modo que se unan en el centro. Entonces la ataremos, y ya estará hecho el tejado. Luego, con mi hacha, talaré otros árboles, y con las ramas más gruesas y los troncos formaremos las paredes. En los huecos pondremos otras ramas más pequeñas y luego taparemos las rendijas con musgo. La casa tendrá un techo que desafiará al viento y a la lluvia.

Sus tres compañeros escuchaban atentamente. Aquello parecía demasiado hermoso para ser verdad. No podían creer que la cosa fuera tan fácil.

—Jack, ¿de veras crees que podremos hacer todo eso? —preguntó Mike—. Desde luego, tu plan es estupendo. Los árboles están separados entre sí por la distancia justa para encontrarse en el centro. Podría ser una casa perfecta, eso seguro.

—¡Empecemos, empecemos en seguida! —gritó la impaciente Nora, bailando de alegría.

—Voy a subir a ese árbol —dijo Jack—. Cuando las ramas se inclinen bajo mi peso, sujetadlas. Yo bajaré del árbol, subiré a otro y cuando sus ramas se inclinen, las ataréis con las del primero. Lo mismo haremos con los demás árboles. Cuando tengamos las ramas de todos bien trabadas y atadas, cortaremos las que sobren y afirmaremos las otras.

Jack se encaramó a uno de los árboles. Era pequeño, pero sus ramas, largas y finas, se doblaban fácilmente. Bajo el peso de Jack, las ramas se inclinaron. Mike y las niñas las sujetaron y Jack bajó del primer árbol y subió al segundo, cuyas ramas se juntaron con las que sostenían Mike y las niñas.

—¡Átalas, Mike! —gritó Jack—. ¡Peggy, ve por la cuerda que traje!

Peggy salió corriendo y volvió en seguida con la cuerda. Con ella, Mike ató firmemente las ramas de los dos árboles.

—Esto ya empieza a parecer un techo —exclamó Nora, alborozada—. ¡Qué ganas tengo de echarme debajo!

Y a continuación hizo lo que decía: se echó sobre la hierba.

—¡Levántate, Nora! —le gritó Jack—. Tienes que ayudar. Sujeta esas ramas. ¡Pronto!

Nora y Peggy sujetaron las ramas del tercer árbol, que ya tocaban las de los otros dos. Mike las ató fuertemente a las que ya estaban atadas.

Los cuatro niños pasaron la mañana entera construyendo la casa. A la hora de comer, todos los árboles estaban ya doblados y sus ramas atadas. Jack explicó a sus amigos cómo debían entrelazar el ramaje para que formara un techo compacto.

—¿Veis? Si colocáis las ramas así, las hojas seguirán creciendo y no dejarán pasar ni una gota de agua. La casa no tiene aún paredes, pero ya nos serviría para resguardarnos de la lluvia.

—¿Por qué no comemos algo? —dijo Nora—. Tengo tanto apetito, que me comería las uñas.

—Bien. Saca cuatro huevos y los haremos con patatas —dijo Jack—. Coceremos los huevos y las patatas y luego lo mezclaremos todo. Trae también zanahorias y cerezas.

—¡Qué comidas tan raras! —dijo Peggy, mientras iba en busca de la olla—. Sin embargo, me gustan. Ven, Nora. Ayúdame a pelar las patatas mientras se cuecen los huevos. Mike, haz el favor de ir por agua. No tenemos bastante.

Pronto ardía el fuego alegremente y los huevos se cocían en la olla. Las niñas pelaron las patatas, Jack lavó las zanahorias y Mike fue por agua, pues todos estaban sedientos después de

trabajar tanto.

—Debes pescar algunas truchas para esta noche —dijo Peggy a Jack—. Hay que alargar nuestras provisiones cuanto sea posible. Comemos demasiado.

—Ya he pensado en eso —dijo Jack, mientras miraba cómo hervían las patatas—. Creo que de vez en cuando tendremos que ir a tierra firme en busca de comida. En la granja de mi abuelo hay muchas patatas. Además podré sacar huevos del gallinero. Algunas gallinas son mías. Y también tengo una vaca. Mi abuelo me la regaló cuando era muy pequeña.

—¡Qué bien si tuviéramos gallinas y una vaca! —dijo Peggy—. Así tendríamos leche y huevos para dar y vender.

—¿Pero cómo podríamos traer una vaca? —preguntó Mike—. Creo que Jack ha tenido una buena idea al decir que debemos ir de vez en cuando a tierra firme. Como conoce bien el camino, podría ir de noche, y cuando se hiciera de día, ya estaría de vuelta.

—Pues yo creo que es peligroso —dijo Peggy—. Pensad que si atraparan a Jack nos quedaríamos solos y no podríamos hacer nada.

Los cuatro comieron con excelente apetito. Nunca les habían parecido tan sabrosos los huevos y las patatas. El sol era espléndido y el tiempo magnífico. Después de la comida, Nora se echó sobre la hierba y cerró los ojos. La dominaba una pereza irresistible.

—No creas que te vamos a dejar dormir, Nora —le dijo Jack, dándole un ligero golpe con el pie—. Tenemos que seguir construyendo la casa. Fregad los platos mientras Mike y yo empezamos a levantar las paredes.

—¡Déjame! Tengo mucho sueño —protestó Nora, que siempre se había distinguido por su holgazanería y que pensaba en lo deliciosa que sería una buena siesta mientras los demás trabajaban.

Pero Jack no podía consentir que nadie permaneciera mano sobre mano y dio a Nora un nuevo puntapié, esta vez un poco más fuerte.

—¡Arriba, perezosa! —dijo—. Soy el capitán y tienes que hacer lo que te mande.

—No me acordaba de que eres el capitán —se excusó Nora.

—Pues no vuelvas a olvidarlo —dijo Jack—. ¿Vosotros, qué decís?

—Que eres nuestro capitán —respondieron Mike y Peggy a la vez—. ¡A sus órdenes, capitán!

Nora y Peggy empezaron inmediatamente a fregar los cacharros. Después echaron unos troncos en el fuego para que no se apagara. Así, como Jack había dicho, no tendrían que gastar cerillas para volverlo a encender. Finalmente, echaron a correr para ir a reunirse con los chicos, que continuaban ocupados con la cabaña.

Jack había trabajado de firme. Con su hacha había cortado grandes ramas, cuyos troncos emplearía para empezar a levantar las paredes.

—¿Dónde está la vieja pala que trajiste, Mike? —preguntó—. Porque la trajiste, ¿verdad?

—Sí, aquí está —respondió Mike—. ¿Quieres que empiece a hacer los hoyos para clavar las estacas?

—Sí —respondió Jack—. Hazlos lo más profundos que puedas.

Mike se puso a cavar, y abrió una serie de hoyos en los que Jack fue colocando las estacas.

Cada una con un cuchillo, las dos niñas fueron quitando las hojas y las ramitas que quedaban.

Todos trabajaron con ardor hasta que el sol se puso. La casa no quedó terminada, ni mucho menos, pues para ello necesitarían varios días, pero ya tenían un sólido techo y parte de una de las paredes. Los niños ya podían ver lo bien que quedaría y estaban orgullosos de su obra.

—Basta por hoy —dijo Jack—. Estamos cansados. Voy a ver si hay algún pez prendido al anzuelo.

Pero no: aquella noche no comerían pescado.

—Queda un poco de pan y un paquete de galletas —dijo Peggy—. Y también tenemos margarina y lechuga. ¿Qué pasará si nos lo comemos todo?

—Lo de la comida va a ser un grave problema —dijo Jack, pensativo—. Tenemos agua abundante y pronto tendremos una casa, pero si nos falta la comida, nos moriremos de hambre. Hay que obtenerla. Tendré que cazar algún conejo.

—¡No, Jack; eso no! —exclamó Nora—. Me encantan esos animalitos.

—A mí también, Nora —dijo Jack—. Pero si nadie los cazara, pronto estaría toda la tierra cubierta de conejos. Habría millones de millones de ellos. Estoy seguro de que has comido muchas veces conejo asado, y también de que te ha gustado, ¿no?

—Sí, es verdad —reconoció Nora—. Bueno, si me aseguras que los cazarás sin hacerles daño, me resignaré a comerlos.

—No te preocupes —dijo Jack—. A mí tampoco me gusta hacer sufrir a esos animalitos indefensos. La caza es un trabajo de hombres; por eso lo haremos Mike y yo. Tú sólo tendrás que cocinarlos... He pensado en lo que dijo Peggy sobre lo estupendo que sería tener aquí varias gallinas y una vaca. Pues bien; me parece que podré traerlas.

Mike, Nora y Peggy miraron a Jack, boquiabiertos. ¿Cómo se las arreglaría para traer las gallinas y la vaca?

—Corred a preparar la cena —dijo Jack a las chicas, sonriendo—. Mañana hablaremos de esto. Ahora, a cenar. Después leeremos un poco, ¡y a dormir se ha dicho! Hay que acostarse temprano, pues mañana tenemos que seguir construyendo la casa.

Poco después ya estaban cenando: pan, margarina y unas hojas de lechuga. Luego se echaron sobre la hierba y estuvieron un rato leyendo libros y revistas. Después se bañaron en el lago y finalmente se dirigieron hacia sus verdes dormitorios.

—Buenas noches a todos —dijo Mike.

Pero nadie le contestó: todos estaban ya durmiendo a pierna suelta.

## CAPÍTULO VI

### LOS NIÑOS TERMINAN LA CASA

Al día siguiente, después de desayunarse con truchas y lechuga, los niños siguieron trabajando en la construcción de su casa. La despensa estaba ya casi vacía. Pero consideraron como una suerte que Jack pescara unas cuantas truchas. Sólo les quedaban patatas. Jack se dijo que no tendría más remedio que tomar su barca aquella noche e ir a tierra en busca de comida. Ciertamente, la cuestión de la comida iba a ser un grave problema.

Durante toda la mañana los niños trabajaron de firme en la construcción de la casa. Jack siguió cortando grandes ramas para formar las paredes y Mike continuó abriendo hoyos para asegurar las estacas. Entre tanto, Peggy y Nora saltaban de alegría al ver lo bonita que iba quedando la casa.

Entre estaca y estaca quedaba demasiado espacio y Jack enseñó a las niñas el modo de colocar pequeñas ramas para tapar las rendijas y formar un conjunto sólido. Una vez lo aprendieron les pareció muy fácil, pero poco después estaban sudorosas y rendidas.

Mike tuvo que ir al riachuelo a buscar agua más de diez veces. Todos estaban sedientos, y el agua fresca del manantial les pareció una maravilla. El sol era fuerte, pero a la sombra del flamante techo de la casa se estaba más que bien.

—Ahora ya empieza a parecer una casa —dijo Jack—. Ahí pondremos la puerta. Más adelante la haremos con ramas entretrejidas y cuatro estacas. La fijaremos a la casa con goznes o algo parecido para que se pueda abrir y cerrar. Pero de momento no la necesitamos.

Cuando se puso el sol, las paredes estaban ya casi terminadas. Las niñas habían hecho un buen trabajo, sujetando las estacas y tapando los huecos con ramas delgadas. Las paredes aparecían firmes y sin resquicios.

—En la antigüedad se tapaban las rendijas con arcilla, que con el tiempo se secaba —dijo Jack—. Pero no creo que en esta isla haya arcilla. Así que lo haremos con musgo. Creo que también así quedarán firmes las paredes. Además, las estacas que hemos plantado en el suelo seguirán echando hojas y esto fortalecerá más aún los muros.

—¿Cómo es posible que las estacas sigan echando hojas? —exclamó Mike—. Eso significaría que seguirían creciendo, y las estacas no crecen.

—Las de este árbol, sí —respondió Jack—. Si cortas una rama de uno de estos árboles, le quitas las hojas y las ramas pequeñas, y la plantas en el suelo, aún no teniendo raíces, crece y se convierte en árbol.

—¿Entonces, nuestra casa no cesará de crecer? —exclamó Nora—. ¡Qué divertido!

—Me encantan las cosas vivas —dijo Peggy—. Será maravilloso vivir en una casa que crezca alrededor de nosotros, echando brotes, hojas... ¿Cómo la llamaremos, Jack?

—¡La casita vegetal! —dijo Jack—. Es el nombre que mejor le va.

—Sí, es un nombre que está bien —dijo Peggy—. A mí me gusta. ¡Me gusta todo lo de esta isla! ¡Solos nosotros cuatro en nuestra isla secreta! ¡Es la aventura más maravillosa de mi vida!

—Si tuviéramos más comida... —se lamentó Mike, que estaba hambriento como un lobo—. Es lo único que no me gusta de esta aventura.

—Sí —dijo Jack—. Habrá que solucionar este problema de algún modo. Bueno, no os preocupéis. Todo se arreglará.

Cenaron patatas, pues era lo único que les quedaba, y Jack dijo que tan pronto como oscureciera se iría en su bote para ver si encontraba comida en la granja de su abuelo.

Poco después aparecieron las primeras estrellas en el cielo, y Jack se dirigió a su barca, provisto de una vela y de su linterna, que no encendió por temor a que viesan la luz desde tierra firme.

—Esperadme —dijo a sus amigos—. Mantened encendido el fuego, pero procurando que no haga mucho humo, pues podría verse desde la orilla.

Mike, Peggy y Nora permanecieron despiertos, en espera de que Jack regresara. Pronto les pareció que llevaban siglos esperando. Nora, tras un formidable bostezo, se echó sobre su manta y se quedó dormida. Mike y Peggy continuaron despiertos. La isla secreta tenía un algo de misterio bajo la oscuridad de la noche. Negras sombras rodeaban los árboles, y el agua, negra como la noche, lamía la arena de la playa, sólo iluminada por la luz de la luna. Los niños no tenían frío; la noche era calurosa.

Al cabo de un tiempo que les pareció muy largo, oyeron, al fin, el chapotear de unos remos. Mike y sus hermanas corrieron a la playa y allí esperaron. Pronto vieron la barca que se acercaba lentamente a la luz de la luna.

—¡Hola, Jack! ¿Estás bien? —preguntó Mike.

—¡Sí! —respondió la voz de Jack—. ¡Y traigo muchas noticias!

La barca llegó a la orilla y Mike la empujó hasta que quedó varada en la arena. Jack salió del bote de un salto.

—Traigo algo que os gustará —dijo Jack, sonriendo—. Mete las manos en la barca, Nora.

Nora lo hizo y lanzó un grito.

—¡Es algo blando y caliente! —explicó—. ¿Qué es, Jack?

—Seis de mis gallinas —respondió el muchacho—. Estaban picoteando por el jardín y me las he traído. Veréis cómo pesan. Ahora tendremos huevos en abundancia, pues no se podrán escapar de la isla.

—¡Bravo! —exclamó Peggy—. ¡Ahora comeremos huevos para desayunarnos, almorzar, cenar y merendar!

—¿Qué más has traído? —preguntó Mike.

—Maíz para las gallinas, semillas de todas clases para plantarlas, unas botellas de leche, verduras y pan.

—¡Aquí hay cerezas! —gritó Nora, sacando un buen puñado del fondo de la barca—. ¿Estaban ya recogidas o las has arrancado tú, Jack?

—Las he arrancado yo de un cerezo que hay en el jardín —respondió el chico—. Ahora está lleno de fruto.

—¿Has visto a tu abuelo? —preguntó Mike.

—Sí, pero él a mí no. Como os dije, ha decidido irse a vivir a casa de mi tía. Ha puesto en venta la granja. Contratará a alguien para que vaya a cuidar a los animales hasta que tenga

comprador. Así que procuraré traerme mi vaca. La haré venir nadando.

—No digas tonterías, Jack —dijo Peggy—. Eso es imposible.

—¡Tú qué sabes! —exclamó Jack—. Escuchad. He oído una conversación de mi abuelo con dos amigos suyos. Todo el mundo se pregunta dónde nos habremos metido. Nos han buscado por todas partes, por todos los pueblos y fincas de los alrededores. Incluso por el campo.

Sus tres amigos, muy asustados, le preguntaron si creía que irían a buscarlos a la isla secreta.

—Quizá sí —respondió Jack—. Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Yo siempre he temido que el humo del fuego nos delate. Pero no nos preocupemos por cosas que no sabemos si van a suceder.

—¿Nos busca también la policía? —preguntó Peggy.

—Sí —respondió Jack—. He oído decir a mi abuelo que lo han registrado todo en treinta kilómetros a la redonda. No saben lo cerca que nos tienen.

—¿Está muy preocupada tía Josefa? —preguntó Peggy.

—Muchísimo —dijo Jack con una sonrisa irónica—. ¿No ves que no tiene a nadie que le lave, le friegue y le cocine? Esto es lo único que la preocupa. Y ahora quiero deciros que me he alegrado mucho al saber que mi abuelo se va a vivir a casa de mi tía. Así podré ir a su granja cuantas veces sea necesario, sin que me vea. Ojalá hubiera estado Mike conmigo cuando he tenido que atrapar a las gallinas. Huían, volaban y gritaban de tal modo, que he pasado un miedo espantoso. Temía que oyeran el alboroto y me descubriesen.

—¿Dónde las encerraremos? —preguntó Mike, mientras ayudaba a Jack a sacarlas de la barca.

—Yo las encerraría en nuestra casa, aunque sólo por esta noche —dijo Jack—. Taparemos el hueco de la puerta de algún modo para evitar que se escapen.

Así lo hicieron: llevaron las gallinas a la casa y taparon con ramas el hueco de la puerta. Las gallinas se apiñaron en un rincón muertas de miedo y ni siquiera se atrevieron a cacarear.

—Estoy muy cansado —dijo Jack—. Nos comeremos unas cuantas cerezas y nos iremos a la cama.

Una vez hubieron saboreado las cerezas, los cuatro se dirigieron a su verde dormitorio. El musgo que las niñas habían puesto a secar el día anterior ya estaba seco y colocado en las camas. Por eso les parecieron deliciosamente blandas y cómodas. Estaban rendidos de cansancio. Mike y Jack estuvieron hablando un rato todavía, pero Nora y Peggy se durmieron en el acto.

A la mañana siguiente se levantaron tarde. Peggy fue la primera en despertar. Y en seguida se preguntó qué ruido sería aquél tan raro que estaba oyendo.

«¡Ah, claro! Las gallinas», pensó.



Se levantó, saltó sobre los cuerpos de los dos niños, que aún estaban durmiendo, y se dirigió a la casita vegetal. Apartó las ramas del hueco de la puerta y las gallinas se amontonaron asustadas, dejando a la vista cuatro hermosos huevos. ¡Magnífico! ¡Qué a gusto iban a desayunarse! La niña recogió los huevos, salió y volvió a colocar las ramas a modo de puerta. Cuando los demás se levantaron, frotándose los ojos y con cara de sueño, ya tenía Peggy encendido el fuego.

—¡Venid! —les dijo—. ¡El desayuno estará preparado en seguida! Las gallinas nos han dejado un huevo para cada uno.

Todos acudieron presurosos.

—Luego nos bañaremos —dijo Mike—. ¡Tengo un hambre!...

—Hoy hemos de terminar nuestra casa —dijo Jack—, y decidir qué hacemos con las gallinas. No podemos dejarlas sueltas hasta que conozcan este sitio y nos conozcan a nosotros. Tendremos que construirles un cercado. Después del desayuno, los cuatro colaboraron en la construcción del cercado. Lo hicieron lo bastante alto para que las gallinas no lo pudiesen saltar. Jack les hizo ponederos de musgo y ramas, con la esperanza de que pusieran muchos huevos. Luego les dio maíz, mientras Peggy les traía agua.

—Pronto sabrán que ésta es su vivienda y pondrán aquí sus huevos —dijo Jack—. Ahora, a ver si terminamos nuestra casa. Vosotras seguid tapando rendijas. Mike y yo nos dedicaremos a hacer la puerta.

Todos trabajaron con afán. Para las niñas era una diversión rellenar de musgo las rendijas. Tan absortas estaban en su trabajo, que no se dieron cuenta de que Mike y Jack habían construido una estupenda puerta hasta que ellos las llamaron para enseñársela.

Estaba ya sujeta con dos cuerdas y se abría y se cerraba sin dificultad. No encajaba bien en el marco, pero nadie se fijó en ello. Lo importante era que podían abrirla y cerrarla tantas veces como fuera necesario. Cuando terminaron de trabajar, todos tenían un apetito atroz.

—Tengo tanta hambre —exclamó Mike—, que me comería todo lo que hay en la despensa.

—Sí, vamos a comer algo —dijo Jack—. Tenemos patatas y verduras en abundancia y un poco de pan. Podríamos hacer judías; son de lo mejor que hay. Ve a mirar mi caña de pescar, Mike. A lo mejor hay algún pez en el anzuelo.

Sí, había una hermosa trucha. Mike se la entregó a las niñas para que la frieran. Pronto se percibió un delicioso olor a comida, que todos olfatearon con avidez. Trucha, patatas, judías, pan, cerezas para postre y leche. ¡Un verdadero festín!

—Traeré a Margarita, que así se llama mi vaca, lo antes posible —dijo Jack—. La leche nos hace mucha falta.

—Oye, Jack, podríamos traer parte de las provisiones a la casa —dijo Peggy—. Hoy estaba llena de hormigas la despensa. Allí se pueden guardar anzuelos, cuchillos y otras cosas, pero la comida estaría mejor en la casa. ¿Viviremos en ella, Jack?

—Verás. Pasaremos la mayor parte del tiempo al aire libre. La casa será un buen cobijo para dormir las noches en que llueva o haga frío. En cierto modo es nuestro hogar.

—¡Un hogar maravilloso! —exclamó Nora—. ¡El mejor del mundo! ¡Qué divertido es vivir así!

## CAPÍTULO VII

### LA VACA LLEGA A LA ISLA

Pasaron dos días. Los niños no descansaban un momento, pues siempre había cosas que hacer. La puerta de la casa se desprendió de las bisagras de cuerda y tuvieron que colocarla de nuevo. Una de las gallinas se escapó y los cuatro perdieron una mañana entera buscándola. Al fin, Jack la encontró debajo de un arbusto, donde había puesto un huevo.

Hicieron la cerca un poco más alta, creyendo que la gallina la había saltado, pero Mike descubrió un boquete en las rústicas paredes del gallinero, comprendieron que por él se había escapado la fugitiva y tuvieron que taparlo con ramas. Las gallinas cacareaban continuamente. Ya se habían acostumbrado a su gallinero y corrían hacia Nora cuando la niña se acercaba para darles la comida.

Mike se dijo que sería mejor tener dos habitaciones que tener una sola, en el interior de la casa. Delante podría estar la sala, con la despensa en un rincón, y detrás el dormitorio, con el suelo bien cubierto de hierba, paja y musgo para que las camas fueran blandas y cómodas. Así, pues, todos empezaron a trabajar para construir la pared de separación. Dejaron una abertura para pasar, pero no le pusieron puerta. ¡Era estupendo tener una casa con dos habitaciones!

Una noche, Jack se presentó con un manjar exquisito. Mike miró asombrado lo que tenía en las manos su amigo.

—¡Conejos! —exclamó—. ¡Y hasta les has quitado la piel! ¡Están listos para ponerlos al fuego!

—¡Oh, Jack! —exclamó Nora—. ¿Por qué has cazado a esos animalitos tan simpáticos? Me encanta verlos jugar por las noches alrededor de nosotros.

—Ya lo sé —dijo Jack—. Pero necesitamos comer carne de vez en cuando. Tranquilízate, Nora: no han sufrido nada. Además, estoy seguro de que más de una vez has comido conejo.

Los niños cenaron con cierto pesar, aunque no pudieron evitar sentirse complacidos ante el cambio de comida. Ya estaban hartos de pescado. Nora afirmó que aquella noche no se atrevería a mirar a los pobres conejos.

—En Australia —dijo Jack, que parecía saberlo todo—, los conejos son una plaga, más aún que aquí las ratas. Si estuviésemos en Australia, nos alegraríamos de habernos librado de unos cuantos de estos animales.

—Pero no estamos en Australia —replicó Peggy.

Nadie dijo ni una palabra más: la cena terminó en silencio. Las niñas fregaron los platos como siempre, y Mike y Jack fueron por agua. Luego se bañaron todos en el lago.

—Esta noche iré a la granja para traer mi vaca —dijo Jack.

—No vayas, Jack —le aconsejó Nora—. No podrás traerla.

—Yo iré contigo, Jack —dijo Mike—. Necesitarás ayuda.

—De acuerdo —aceptó Jack—. Saldremos al oscurecer.

—¡Oh, Jack! —exclamaron las niñas, entusiasmadas, a pesar de todo, ante la idea de tener una vaca—. ¿Dónde la meteremos?

—Al otro lado de la isla —respondió Jack—. Allí hay pasto abundante y estará mejor que aquí.

—¿Cómo te las arreglarás para traerla? —preguntó Mike—. Será difícil transportarla en la barca, ¿no crees?

—¿Llevar una vaca en un bote? ¡Nunca se me ha ocurrido esa tontería! —exclamó Jack, echándose a reír—. La vaca vendrá nadando detrás de nosotros.

Todos se quedaron mirando a Jack sorprendidos. Luego se echaron a reír. ¡Sería divertido ver a la vaca de Jack nadando detrás de la barca rumbo a la isla secreta!

Cuando oscureció, los dos niños emprendieron la marcha. Las niñas les dijeron adiós desde la playa y volvieron a la casita, pues la noche era un poco más fría que las anteriores. Ya en la casa, encendieron una vela y se pusieron a charlar. Era emocionante estar solas en la isla.

Los niños remaron a través del lago hasta llegar al sitio en que Jack dejaba siempre su barca, escondida entre las ramas de los árboles. Luego cruzaron el bosque y llegaron a los campos que rodeaban la granja del abuelo de Jack. No vieron ninguna luz. No había nadie. El abuelo de Jack se había marchado, y los caballos y las vacas iban sueltos por el campo.

—¿Ves aquel granero, Mike? —preguntó Jack—. Pues dentro hay cuerda. Ve a traerla mientras yo busco a mi vaca. La cuerda está en el rincón que hay al lado de la puerta.

Mike se dirigió al granero y Jack empezó a ir y venir entre las vacas, emitiendo extraños sonidos con la garganta. Una gran vaca de color castaño con manchas blancas se separó de las demás y se acercó al niño.

Jack encendió una cerilla y la miró. Sí, era Margarita, la vaca que él había cuidado desde que apenas podía andar, la acarició y gritó a Mike:

—¡Trae en seguida la cuerda! ¡Ya tengo la vaca!

Mike había encontrado, aunque a ciegas, la larga cuerda y volvió corriendo al lado de su amigo.

—¡Estupendo! —exclamó Jack, acariciando al animal—. Antes de irnos me gustaría entrar en la casa para ver si encontramos algo que nos pueda ser útil.

—¿Habrás alguna toalla? —preguntó Mike—. No me gusta secarme con sacos viejos.

—Lo miraré. No sé si mi abuelo se habrá dejado alguna —respondió Jack.

Los dos niños se dirigieron en silencio a la casa. La puerta estaba cerrada, pero Jack entró por una ventana. Encendió una cerilla y miró en todas direcciones. La casa sólo tenía dos piezas: una sala y un dormitorio. Se habían llevado todos los muebles. Jack miró detrás de la puerta de la cocina y allí vio, colgada, lo que esperaba ver: una gran toalla. Estaba muy sucia, pero ya la lavarían. Luego se dirigió a la puerta del dormitorio y allí encontró otra toalla. ¡Estupendo! A su abuelo no se le había ocurrido mirar detrás de las puertas antes de marcharse. Por eso estaban las toallas allí. Durante unos momentos estuvo mirando la vieja alfombra del dormitorio. No sabía si llevársela o no. Al fin se dijo que la verde hierba de la isla era la mejor alfombra, y despreció aquélla.

Jack se dirigió después al granero, que estaba en la parte de atrás, y allí hizo un gran descubrimiento. En un viejo arcón estaba toda su ropa. Su abuelo debió de decirse que no valía la

pena llevársela. Aunque muy arrugadas, había tres camisas, dos chaquetas, un par de zapatos, un abrigo, unos pantalones viejos y una sábana.

Jack sonrió. Se lo llevaría todo. Le vendría muy bien cuando empezara a hacer frío. Luego pensó que el modo más cómodo de llevarse aquella ropa a la isla sería ponérsela sobre la que llevaba puesta, y así lo hizo, añadiendo a su indumentaria las tres camisas, el abrigo, los pantalones y todo lo demás. Con tanta ropa, su aspecto no podía ser más gracioso.

Luego salió al jardín y se llenó los bolsillos de judías, guisantes y patatas. Al fin, pensó que ya era hora de volver al lado de Mike. ¡Pobre chico! Debía de estar cansado de esperarle, sujetando a la vaca.

Con las dos toallas y la sábana colgadas del brazo, volvió Jack al sitio donde le esperaba Mike con la vaca.

—Creía que no pensabas volver —dijo Mike a Jack al verle—. ¿Qué te ha pasado? La vaca se ha cansado ya de estar parada.

—Es que he encontrado toda mi ropa, dos toallas y una sábana —explicó Jack—. En cuanto a la vaca, si está cansada de estar quieta, pronto va a hartarse de hacer ejercicio. Toma las toallas y la sábana; yo llevaré a Margarita.

Se fueron por donde habían venido camino del lugar en que estaba la barca. A Margarita no le hizo ninguna gracia internarse en el bosque; no le gustaba ir a oscuras entre aquellos frondosos árboles. Por eso empezó a mugir.

—¡Silencio, Margarita! —dijo Jack, asustado—. ¡Nos vas a adelantar!

—Muuuuuuú —respondió Margarita, a la vez que se oponía con todas sus fuerzas a seguir adelante.

Jack y Mike tiraban de ella desesperadamente. Les costó Dios y ayuda —dos horas tardaron en conseguirlo— llevarla a la orilla del lago. Margarita mugió unas doce veces y cada vez más fuerte, por lo que Jack empezó a pensar que su idea de llevarla a la isla no era tan buena como le había parecido al principio. ¿Qué ocurriría si alguien la oía y se acercaba para ver qué pasaba? ¿Y si cuando estuviera en la isla empezaba a lanzar aquellos tremendos mugidos? Quizás la oyeran desde la orilla del lago, y entonces estarían perdidos sin remedio.

Al fin llegaron al bote. Jack consiguió que la atemorizada vaca entrase en el agua, aunque el animal profirió un mugido tan ensordecedor que les dio un gran susto. Ya en la barca, y una vez atada la vaca a ella, Jack y Mike empezaron a remar vigorosamente y la pobre Margarita se vio arrastrada a aguas más profundas, donde sus patas no alcanzaban el fondo.

Fue una espantosa aventura para una vaca que no había salido del prado más que para ir de vez en cuando al granero, a fin de que la ordeñasen. Movié las patas desesperadamente y empezó a nadar de un modo nunca visto, manteniendo la cabeza a la mayor altura posible para no tragar agua y tan asustada que ni siquiera se atrevía a mugir.

Jack encendió el farol y lo ató a la proa de la barca. La oscuridad era completa y Jack quería saber por dónde iba. Los niños remaron sin descanso hacia la isla secreta, llevando a Margarita detrás, atada con una cuerda.

—Bueno, me parece que la cosa va bien —dijo Jack al cabo de un rato.

—Sí —convino Mike—. Menos mal que llevamos sólo una vaca, y no un rebaño entero.

Ya no dijeron palabra hasta llegar a la isla, que aparecía envuelta en una profunda oscuridad. Las niñas habían oído el chapotear de los remos y los esperaban en la playa.

—¿Traéis la vaca? —preguntaron.

—Sí —gritó Jack—. Viene detrás, nadando, aunque la verdad es que no le hace ninguna gracia al pobre bicho.

Vararon la barca en la arena y luego sacaron del agua a la desventurada, empapada y aterrada vaca. Jack le habló con dulzura y el pobre animal se acercó a él, muerta de miedo: era el único al que conocía y en él buscaba amparo. Jack dijo a Mike que trajese un saco y lo ayudase a secarla.



—¿Dónde pasará la noche? —preguntó Mike.

—En el gallinero —respondió Jack—. Está acostumbrada a convivir con las gallinas y también las gallinas a estar con ella. Pondremos un poco más de hierba en el suelo para que se eche a gusto. Pronto entrará en calor y le gustará oír el cloqueo de las gallinas.

Así que llevaron a Margarita al gallinero, donde se echó sobre la hierba tibia y se sintió confortada por el cacareo, para ella familiar, de las bulliciosas gallinas.

Las niñas, entusiasmadas por la llegada de la vaca en su isla, no cesaban de pedir a Jack y a Mike detalles sobre su aventura, y los niños se lo contaron todo tantas veces, que al fin se cansaron de hablar de ello.

—¡Oh, Jack! —exclamó de pronto Nora, enfocándolo con su linterna—. ¡Cómo has engordado esta noche!

Peggy y Mike lo miraron sorprendidos. En efecto, había engordado mucho.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Nora, preocupada.

—No estoy más grueso —repuso Jack, echándose a reír—. Es que he encontrado en un arcón toda mi ropa y me la he puesto. Por eso parezco un gordinflón.

Tardó un buen rato en despojarse de todo lo que llevaba encima, operación que los tres hermanos presenciaron muertos de risa. Peggy vio la gran cantidad de agujeros que tenía la ropa de Jack y se alegró de haber traído la bolsa de labores. ¡Ya se encargaría ella de zurcirlo y remendarlo todo! La sábana les vendría muy bien cuando las noches fuesen más frías.

—¿Qué será aquel resplandor que se ve allá lejos, en el cielo? —preguntó de pronto Nora, señalando al este.

—¡Qué tonta eres! —exclamó Jack—. Es la luz del amanecer. Se está haciendo de día. ¡Hala! ¡Todo el mundo a dormir! ¡Vaya noche que hemos pasado!

—Muuuuuuú —dijo Margarita desde el gallinero.

—También quiere dormir Margarita —dijo Peggy entre risas.

## CAPÍTULO VIII

### UN DÍA QUE ACABA MUY MAL

Los cuatro niños estuvieron durmiendo hasta muy tarde. Aún no se había levantado ninguno de ellos, y ya estaba el sol muy alto en el cielo. Y todavía habrían tardado más en despertarse si Margarita no hubiera empezado a mugir, por considerar que era ya hora de que la ordeñasen.

Jack se incorporó sobresaltado. ¿Quién hacía aquel ruido ensordecedor? ¡Ah, sí: Margarita! Quería que la ordeñasen.

—¡Todos arriba! —ordenó Jack—. ¡Deben de ser casi las nueve! ¡Mirad el sol! ¡Está ya muy alto! ¡Y Margarita quiere que la ordeñen!

Mike gruñó y abrió los ojos. Aún le duraba el cansancio de la agitada noche anterior. Las niñas se incorporaron frotándose los ojos perezosamente. Margarita no cesaba de mugir y las gallinas cacareaban, atemorizadas.

—Nuestros animales reclaman su desayuno —dijo Jack—. ¡Arriba, holgazanes! ¡Me tenéis que ayudar! Estaremos en ayunas hasta que hayamos dado de comer a la vaca y a las gallinas.

Todos se dirigieron al gallinero. Allí estaba Margarita, luciendo su hermoso abrigo de color castaño con manchas blancas. ¡Qué ojos tan grandes tenía! ¡Y aquella vaca era suya! ¡Qué suerte!

—¡Qué vozarrón tiene! —exclamó Jack, al oír un nuevo mugido de Margarita—. Voy a ordeñarla.

—¡Pero si no tenemos ningún cubo! —dijo Mike.

Los niños se miraron desalentados. Era verdad; no habían pensado en poner un cubo en el equipaje.

—Tendremos que recurrir a los cacharros de cocina —dijo Jack—. Hoy nos desayunaremos con un par de vasos de leche cada uno. Primero llenaré la olla grande; después, las cacerolas pequeñas y los vasos. Es una pena que anoche no se me ocurriese traer un cubo de la granja. Nos lo tendremos que procurar sea como sea.

Margarita dio leche más que suficiente para llenar todos los cacharros que tenían, y cada uno tomó tantos vasos como quiso. Era una delicia beber aquella leche cremosa después de tantos días sin tomar más bebida que té y agua.

—¡Qué lástima! —exclamó Nora con la vista en el suelo—. Margarita ha pisado un huevo. Miradlo. Lo ha hecho papilla.

—No te preocupes —dijo Jack—. Eso no volverá a ocurrir, pues tenemos que sacar a Margarita del gallinero y llevarla al otro lado de la isla. Allí tendrá todo el pasto que quiera. Nora, dales la comida a las gallinas. Deben de estar hambrientas, pues no paran de cacarear.

Nora hizo lo que Jack le decía y luego se sentaron todos a desayunarse con huevos duros y leche. Margarita los miraba. De pronto, emitió un suave mugido. También ella estaba hambrienta.

Después del desayuno, Jack y Mike la llevaron al otro lado de la isla. Margarita se puso la mar de contenta al ver aquella hierba tan verde, y empezó a pacer sin pérdida de tiempo.

—Como no puede salir de la isla, no hace falta que la encerremos —dijo Jack—. Hay que ordeñarla dos veces al día, Mike, así que tendremos que sacar un cubo de donde sea.

—En el granero de tía Josefa hay uno —dijo Peggy—. Lo he visto muchas veces colgado detrás de la puerta.

—¿No estará agujereado? —preguntó Jack—. Si tiene algún agujero no nos servirá. La leche ha de estar en él todo el día, y se iría escapando, lo que sería una lástima.

—No tiene ningún agujero —dijo Peggy—. Lo sé porque una vez lo llené de agua para llevársela a las gallinas. Lo que ocurre es que está muy viejo y por eso lo tienen arrinconado.

—Yo iré por él esta noche —anunció Mike.

—No, iré yo —dijo Jack—. A ti te podrían atrapar.

—Y a ti también. Lo mejor será que vayamos los dos.

—¿Podemos acompañaros nosotras? —preguntaron las niñas.

—No, no; de ningún modo —respondió Jack en seguida—. No debemos exponernos todos.

—¿Qué haremos para conservar fría la leche? —preguntó Peggy—. En esta isla hace mucho calor.

—Haré un hoyo en la orilla del riachuelo, del ancho justo para que quepa el cubo —respondió Jack—. Al estar cerca de la corriente de agua, la leche se mantendrá fresca todo el día.

—¡Qué listo eres, Jack! —exclamó Nora.

—¡Bah! —replicó Jack—. Eso se le ocurre a cualquiera que tenga un poco de sentido común.

—Estoy rendido —dijo Mike tendiéndose en el suelo—. Estar toda la noche tirando de Margarita fue muy duro.

—Lo mejor será que nos tomemos un día de descanso —dijo Jack, que también estaba fatigado—. Hoy no haremos nada: sólo estar echados, leer y charlar.

Los cuatro niños pasaron un día incomparable. Se bañaron tres veces, pues hacía mucho calor, y Nora tuvo tiempo para lavar las toallas, que el fuerte sol secó rápidamente. Los niños se quedaron con una y las niñas con otra.

¡Qué delicia secarse con una toalla en vez de hacerlo con un saco viejo!

—Hay pescado para comer anunció Jack, mirando su caña.

—Y ensaladilla —dijo Nora, que ya la había preparado.

—Tengo más apetito que si hubiese estado toda la mañana trabajando en la construcción de la casa —dijo Mike.

Durante la tarde continuó la buena vida. Jack y Mike se echaron a dormir, Nora empezó a leer un libro y Peggy sacó su bolsa de labores y se dedicó a remendar la ropa que Jack se había traído la noche anterior. Pensó que aquellas prendas serían muy útiles a Jack cuando empezara a hacer frío, y lamentó que ni a ella ni a sus hermanos se les hubiese ocurrido traerse las suyas.

Las gallinas empezaron a cacarear en el gallinero. Margarita mugió un par de veces, pero daba la impresión de estar pasándolo muy bien.

—Quiera Dios que no repita esos mugidos —dijo Peggy, sin dejar de coser—. Su potente vozarrón nos podría delatar. Desde una barca que navegue por el lago se la debe de oír perfectamente. Menos mal que todavía no le ha dado a nadie por acercarse.

Todos se sentían rebosantes de energías y optimismo tras la jornada de descanso, y decidieron dar un paseo por la isla. Nora les dio de comer a las gallinas y luego empezaron la excursión.

Era una isla maravillosa. Los árboles crecían por todas partes, llegando hasta la misma orilla, y en la colina, llena de madrigueras de conejos, se disfrutaba de un fresco agradable. La hierba estaba salpicada de flores y los pájaros cantaban en el frondoso ramaje. Los niños se asomaron a las cuevas que se abrían en la base del cerro, pero no tenían velas y no se atrevían a explorarlas.

—Os llevaré a ese sitio donde hay tantas moras —dijo Jack.

Paseando lentamente llegaron al lado oeste de la isla, donde había espesos zarzales repletos de moras.

—¡Mirad ésas! —exclamó Nora.

Los niños se dirigieron al lugar que Nora señalaba y empezaron a arrancar grandes moras. ¡Qué jugosas eran y qué bien sabían!

—¡Con nata son un postre superior! —exclamó Peggy—. Haré nata con la leche de Margarita, añadiré las moras, y ya tenemos postre para después de la cena.

—¡Ooooh! —exclamaron todos encantados, pero sin dejar de comer moras.

—Esta isla es un paraíso —dijo Peggy, entusiasmada—. Tenemos una bonita casa, gallinas, una vaca, frutas silvestres, agua fresca...

—No siempre —dijo Jack—. Ahora que hace buen tiempo se está la mar de bien; pero cuando empiecen a soplar vientos fríos, no estaremos tan a gusto. Menos mal que el invierno está muy lejos todavía.

Subieron a la colina por el lado oeste, que era el más escarpado, llegaron a la gran roca que la coronaba y se sentaron en ella. De tal modo la había calentado el sol, que casi quemaba. Vieron allá abajo el humo que salía de su hoguera.

—Podríamos jugar... —empezó a decir Jack.

Pero los niños nunca supieron a qué quería jugar Jack, pues enmudeció de pronto y se levantó con la vista fija en un punto del lago. Sus tres compañeros miraron hacia donde él miraba y recibieron una fuerte impresión.

—¡Se acerca una barca! —exclamó Jack—. ¿La veis? ¡Allí!

—Sí —afirmó Mike—. ¿Será que nos buscan?

—No —repuso Jack—. Oigo música, y comprenderéis que si hubieran salido a buscarnos no llevarían un tocadiscos. Debe de ser gente de alguna aldea del otro extremo del lago, que va de excursión.

—¿Crees que vendrán a la isla? —preguntó Peggy.

—¡Cualquiera sabe! —respondió Jack—. Pero, si vienen, sólo estarán aquí un rato. Escondamos todas nuestras cosas y no se enterarán de que estamos aquí.

—¡Eso es! —exclamó Mike, echando a correr colina abajo—. Debemos darnos prisa. No tardarán en llegar.

Los cuatro corrieron hacia la playa. Jack y Mike apagaron el fuego y escondieron en un matorral la leña chamuscada. Luego removieron la arena para tapar las huellas del fuego y ocultaron todas sus cosas.

—No creo que descubran nuestra casita —dijo Jack—. La barrera de arbustos es demasiado espesa para que se les ocurra atravesarla.

—¿Y qué hacemos con las gallinas?

—Las meteremos en un saco y no las sacaremos hasta que pase el peligro —dijo Jack—. No hace falta destruir el gallinero: también está escondido entre la maleza, y no creo que lo encuentren.

—¿Y Margarita? —preguntó Peggy en un tono de preocupación.

—Esperemos hasta ver en qué lado de la isla desembarcan —dijo Jack—. Yo creo que el único sitio en que pueden desembarcar es la pequeña playa en que nos bañamos. Como Margarita está en la parte opuesta, no la verán, a menos que decidan explorar toda la isla. Confiemos que no lo harán.

—¿Y dónde nos esconderemos nosotros? —preguntó Nora.

—Subiremos a la colina —repuso Jack— y acecharemos agazapados entre las matas. Si vemos que esa gente empieza a explorar la isla, nos esconderemos lo mejor que podamos para que no nos vean. Si son verdaderamente excursionistas, no tienen por qué buscarnos, y ni siquiera se habrán detenido a pensar si hay o no hay gente en la isla.

—A lo mejor descubren nuestra despensa —dijo Nora, mientras corría detrás de una gallina para atraparla.

—Peggy —le dijo Jack—, recoge toda la hierba que puedas y tapa bien la entrada de la despensa.

Peggy corrió a hacer lo que el capitán le había ordenado. Éste, entre tanto, metió las gallinas en el saco, una por una, y se dirigió a la colina. Cuando llegó a las cuevas, dijo a Nora, que le iba pisando los talones:

—Tú siéntate aquí y no dejes salir a las gallinas. Las voy a soltar dentro de esta cueva.

Las gallinas salieron cacareando y armando una algarabía considerable. Todas se internaron en la cueva, y Nora se sentó junto a la entrada, tan bien escondida detrás de unas hierbas, que nadie podía sospechar que estaba allí.

«El bote está dando la vuelta a la isla —se dijo Jack, que observaba desde lo alto de la colina—. Van buscando un sitio para desembarcar. Ahora se acercan a nuestra playa. No es fácil que descubran a Margarita. ¡Claro que si deciden explorar toda la isla...! Otro peligro es que a Margarita se le ocurra empezar a mugir. ¡Ojalá no lo haga!».

## CAPÍTULO IX LOS EXCURSIONISTAS DESEMBARCAN

Nora, agazapada detrás de las matas que impedían verla, oía el débil cacareo de las gallinas, mientras Jack, un poco más arriba, observaba, a través de las hierbas que lo rodeaban, los movimientos del bote.

—Mike ha escondido la barca debajo de aquellos árboles de largas ramas que llegan hasta la superficie del lago —dijo Jack—. Pero a Mike no lo veo.

—¿Dónde está Peggy? —preguntó Nora.

—Aquí —respondió una voz, y la cabeza de Peggy apareció por detrás de unos hierbajos próximos a Nora—. ¡Qué gente tan inoportuna! Lo menos que podían hacer es marcharse en seguida.

Pronto llegó a ellos un rumor de voces.

—¡Aquí hay un buen sitio para desembarcar! —exclamó uno de los visitantes.

—Han encontrado nuestra playa —anunció Jack, procurando no levantar la voz demasiado.

—Dejad el bote en la playa —dijo una mujer—. Comeremos aquí. Es un sitio estupendo.

En seguida se oyó el roce de una quilla con la arena, y luego las voces de los que desembarcaban.

—Yo llevaré el tocadiscos —dijo una voz—. Tú, Juana, encárgate de la comida.

—¿Crees que habrá venido alguien alguna vez a esta isla? —preguntó una voz de hombre.

—No —respondió otra voz—. Esto es poco menos que un desierto. No creo que esta isla haya tenido ni tenga nunca visitantes.

Los tres niños se encogieron entre la maleza. Los excursionistas estaban ya instalados para cenar. Una de las gallinas encerradas en la cueva empezó a cacarear y Nora se dijo que debía de haber puesto un huevo.

—¿Has oído? —preguntó uno de los excursionistas—. Me ha parecido una gallina.

—No seas tonto, Juan —dijo una voz de mujer en son de burla—. ¿Cómo va a haber una gallina en una isla como ésta? Debe de haber sido un pájaro.

Jack apenas pudo contener la risa. Le hacía gracia la sola idea de que hubiese alguien lo bastante tonto para confundir el cacareo de una gallina con el canto de un pájaro.

—Dame la sal, por favor —dijo uno de los comensales—. Gracias. ¿No os parece interesante esta isla? Es como una tierra desconocida y misteriosa. ¿Queréis que la exploremos después de cenar?

—Buena idea —dijo la voz de Juan—. La exploraremos.

Los niños se miraron alarmados. Aquello era lo que menos deseaban que hiciesen los excursionistas.

—¿Dónde estará Mike? —preguntó Peggy a Jack—. ¿Se habrá escondido en la barca?

—Eso creo —contestó Jack—. Pero no te preocupes. Mike sabe componérselas solo.

—¡Dios mío! Ya está mugiendo Margarita —exclamó Peggy al oír un débil mugido—. Es hora de que la ordeñen y ella lo sabe.

—¿Cómo me gustaría beberme un vaso de leche! —dijo Jack, que estaba sediento.

—¿No habéis oído el mugido de una vaca cerca de aquí? —preguntó en un tono de sorpresa uno de los excursionistas.

—Ese mugido debe de haber llegado de la orilla del lago —dijo otro—. No pretenderás que ande una vaca suelta por esta isla.

—Pues a mí no me parece tan imposible —dijo Juan—. Mira eso. Es la huella de un pie, ¿no?

Los niños contuvieron la respiración. Sin duda, habían dejado la marca de sus zapatos en la arena.

—Y mira esto —dijo otra voz—. Es un trozo de cuerda, y las cuerdas no crecen como las patatas.

—Queréis ver un gran misterio en una cosa vulgar y corriente —dijo una de las mujeres, malhumorada—. Todo eso lo habrán dejado otros excursionistas como nosotros.

—Quizá tengas razón —dijo Juan—. Sin embargo, después de cenar iremos a explorar la isla.

—Pon el tocadiscos, Juan —dijo otra voz—. Ya estoy harto de oíros discutir.

Pronto sonó la música. Los niños respiraron. Sabían muy bien que mientras funcionara el tocadiscos, la música ahogarían los mugidos de la vaca y el cacareo de las gallinas. Luego se sentaron en la hierba, contrariados. No les gustaba que hubiera gente extraña en su isla secreta. ¿Qué pasaría si los excursionistas realizaban su anunciada exploración y los encontraban?

Nora empezó a llorar en silencio. Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas y cayeron sobre su mano. Jack la miró y le rodeó los hombros con el brazo.

—No llores, Nora —le dijo—. Quizá no tengan tiempo para explorar la isla. Ya está oscureciendo. ¿Ves aquellos negros nubarrones? Se hará de noche antes de la hora. A lo mejor los excursionistas creen que va a haber tormenta y se van.

Nora se secó las lágrimas y miró hacia arriba. Sí, negras nubes iban invadiendo el cielo.

—Me parece que vamos a tener tormenta —dijo Peggy, acercándose a su hermana y a Jack.

—¡Oooh! —exclamó de pronto Nora—. ¡Mirad! ¡Alguien sube hacia aquí! Aquellas hierbas se mueven. ¿Vendrán en nuestra busca?

Los tres estaban pálidos. Peggy y Jack miraron hacia donde señalaba Nora y vieron cómo se iban moviendo los arbustos, uno tras otro. Sí, alguien subía por la ladera de la colina. Nora se asió fuertemente a Jack.

—No hagas ruido —susurró el muchacho—. Nadie sabe que estamos aquí. No te muevas, Nora. Si se sigue acercando el peligro nos esconderemos en la cueva.

Los tres niños permanecieron sentados en silencio, sin apartar la vista de aquellos arbustos que no cesaban de moverse. Fueron unos momentos angustiosos. ¿Iría por agua al manantial el misterioso excursionista?

—Vosotras —dijo Jack—, entrad en la cueva. Ahí estaréis seguras. Yo voy a dar un rodeo para sorprender por la espalda al que está subiendo.

Las niñas se quedaron en la boca de la cueva, siguiendo a Jack con la mirada a través de las grandes matas. Ya iba Jack a desaparecer tras una roca, cuando la persona que subía por la ladera se detuvo, cosa que dedujeron las niñas al observar que los arbustos dejaban de moverse.

De pronto, una cabeza apareció sobre las hierbas, y Nora gritó:

—¡Mike! ¡Mike!

—¡Silencio! —le dijo Jack—. ¡Te van a oír los excursionistas!

Afortunadamente el tocadiscos seguía funcionando con toda su potencia y nadie oyó el grito de Nora. Jack y las niñas respiraron al ver a Mike y le sonrieron. Mike sonrió también y su cabeza volvió a desaparecer entre los arbustos, que de nuevo empezaron a moverse, indicando el avance del niño hacia la cueva.

—¡Oh, Mike! —dijo Nora—. ¡Qué susto nos has dado! Creíamos que eras uno de esos desconocidos.

—Los he visto desde muy cerca —explicó Mike—. Son tres hombres y dos mujeres. Se están dando un verdadero banquete.

—¿Crees que explorarán la isla, como han dicho? —preguntó Nora, inquieta.

—Quizá los aleje la tormenta —respondió Mike, mientras los cuatro niños se sentaban en el suelo—. ¡Mirad! Como el cielo se ha oscurecido, empiezan a salir los murciélagos.

Así era. Pronto cientos de murciélagos poblaron el aire, dándose un festín de moscas, mariquitas y otros insectos que volaban enloquecidos por la amenaza de tormenta.

Precisamente a los murciélagos se debió que los excursionistas se marchasen. Una de las mujeres vio a tres de ellos volar entre los árboles y lanzó un alarido.

—¡Murciélagos! ¡Qué horror! ¡Vámonos en seguida!

—¡A mí tampoco me gustan! —dijo la otra mujer—. ¡Son unos bichos horribles!

—¡No seáis tontas! —dijo uno de los hombres—. ¿Creéis que os van a comer?

—No me importa que os riáis de mí —repuso la mujer—. Me dan miedo y me voy.

—Yo quiero explorar la isla —dijo Juan.

—Ya la explorarás otro día. Además, mira el cielo: va a haber tormenta.

—Bien, de acuerdo —dijo Juan, malhumorado—. Nos iremos. Pero es ridículo temer a un animal tan inofensivo como el murciélago.

Los niños se miraron alborozados. Los excursionistas se iban a marchar y no los habían descubierto.

—¡Benditos sean los murciélagos! —susurró Jack—. No sé cómo puede haber personas que teman a esos simpáticos ratones voladores, ¿verdad, Nora?

—A tía Josefa también le dan miedo —dijo la niña—, aunque no sé por qué. A mí me parecen muy simpáticos esos animalitos de alas negras. Y desde ahora aún los miraré con más simpatía, ya que gracias a ellos no nos han descubierto.

Margarita lanzó un potente mugido. Jack se sobresaltó.

—¿Por qué no se nos ocurriría ordeñarla antes de que viniesen esos excursionistas? —exclamó.

—¿Habéis oído? —preguntó uno de los enojosos visitantes—. Ha sido como un trueno lejano.

A los niños les dio un ataque de risa. Nora tuvo que taparse la boca para que no la oyesen.

—¡Esta Margarita es un genio! —dijo Mike—. Imita a los truenos para alejar a esa gente.

Nora volvió a reír de tan buena gana, que Jack tuvo que darle un fuerte codazo.

—¡Silencio! —le dijo—. ¿Quieres que nos descubran después de habernos salido todo tan bien?

Los excursionistas estaban ya subiendo a su barca. Los niños oyeron muy pronto el ruido de los remos al golpear el agua. Asomaron la cabeza por encima de las matas y vieron cómo se alejaba el bote por el lago, cuyas aguas empezaban a encrespase.

—¡De prisa! —dijo una de las mujeres—. ¡La tormenta se nos viene encima! ¡Oh, otro murciélago! No volveré a este horrible lugar en mi vida.

—Es lo mejor que puedes hacer —dijo Jack en voz baja y con un cómico ademán de despedida.

La barca siguió alejándose. Las voces de sus ocupantes eran cada vez más débiles. De pronto se oyó el tocadiscos, y minutos después ya no se veía ni se oía nada. De los excursionistas no quedaba ni rastro.

—Bueno, ya nos podemos levantar —dijo Jack, poniéndose en pie y estirando las piernas—. Nos hemos salvado de milagro. Menos mal que no nos han visto, ni a nosotros ni a nuestros animales.

—Sólo han visto la huella y la cuerda —dijo Mike—. Pidamos a Dios que ese Juan no lea en algún periódico que nos hemos escapado. Entonces podría relacionar nuestra desaparición con lo que aquí ha visto y oído. Debemos idear algo para evitar que nos encuentren si vienen a buscarnos.

Un trueno lejano le cortó la palabra. Tras una pausa, Jack dijo a sus amigos, sonriendo:

—Eso no ha sido un mugido de Margarita. Vámonos. La tormenta estará sobre nosotros dentro de unos instantes, y tenemos muchas cosas que hacer. Yo ordeñaré a Margarita. Tú, Nora, y tú, Mike, llevad las gallinas al gallinero. Hacedles una covacha o algo parecido con hierbas y sacos, para que puedan refugiarse si se asustan. Y tú, Peggy, a ver si enciendes un buen fuego antes de que empiece a llover.

—¡A sus órdenes, capitán! —dijeron Mike y sus hermanas, felices al pensar que de nuevo estaban solos en la isla.

## CAPÍTULO X NOCHE DE TORMENTA

La tormenta se acercaba. Anochecía y el cielo estaba muy oscuro. Nora y Mike metieron en el saco las seis gallinas que estaban en la cueva, y corrieron hacia el gallinero. Mike clavó tres estacas en un rincón del cercado y colocó una tela de saco sobre ellas.

—Ahora ya tenéis techo, amiguitas —dijo Nora.

¡Plop! ¡Plop! Empezaron a caer grandes gotas y las gallinas cacarearon, atemorizadas. Les daba miedo la lluvia. Se cobijaron bajo el techo de saco, se apiñaron y permanecieron silenciosas.

—Bueno, lo de las gallinas ya está solucionado —dijo Mike—. Ahora vamos a ver si Peggy ha conseguido encender el fuego.



Pero no, Peggy no había logrado encenderlo. La lluvia arreciaba, y cada vez el esfuerzo de Peggy era más difícil. En esto llegó Jack con la vaca y le gritó:

—No te preocupes ya por el fuego. Llueve demasiado para que lo puedas encender. Vete a la casa. Ya estás hecha una sopa. ¡Hala! ¡Todos a casa!

—Que vayan las niñas —dijo Mike—. Yo te ayudaré a ordeñar la vaca. ¡Fijaos! ¡Aún tenemos leche de la que hemos ordeñado esta mañana!

—Ponla en un plato y llévala al gallinero —dijo Jack—. Quizás les guste a las gallinas.

Jack ordeñó a Margarita bajo la lluvia. Pronto las cacerolas, la sartén y todos los recipientes que tenían estuvieron llenos hasta los bordes. Jack se dijo que tendría que procurarse, fuera como fuese, el cubo de que le habían hablado las niñas. Era muy incómodo tener que recoger la leche en tantos cacharros.

Cuando terminó de ordeñar a la vaca, la llevó al otro lado de la isla y Mike se encaminó a la casa, donde le esperaban Nora y Peggy. En el interior, la oscuridad era impenetrable, y se oía el golpeteo de la lluvia en el techo de ramas.

Mike y las dos niñas se sentaron junto a la puerta para esperar a Jack. Mike, que estaba empapado, empezó a temblar.

—¡Pobre Jack! —exclamó—. Llegará chorreando. Bueno, guardad esta leche. Aún está caliente. Bebamos un poco; así entraremos en calor. Lástima que no podamos hervirla por falta de fuego.

Al fin llegó Jack. Estaba calado hasta los huesos, pero sonreía como de costumbre. Daba la

impresión de que nada podía con él.

—¡Hola, amigos! —dijo—. Estoy tan mojado como un pez. Peggy, ¿dónde has puesto la ropa que traje? Podría cambiarme.

—¡Es verdad! —exclamó Peggy—. No había pensado en que tú y Mike os podéis poner ropas secas.

—No será cosa fácil —dijo Mike—. Jack sólo trajo tres chaquetas viejas, un par de camisas, un abrigo y una sábana.

—Pues podemos ponernos una chaqueta y una camisa cada uno —propuso Jack—. Y, encima, yo el abrigo y tú la sábana como una túnica.

Dicho y hecho: los niños se quitaron las ropas mojadas y se pusieron las secas.

—Cuando pare la lluvia colgaré la ropa mojada para que se seque —dijo Peggy mientras la escurría.

—No veo nada —dijo Mike, que no conseguía abrocharse bien la chaqueta.

—¡Pues enciende el farol! —dijo Jack—. Para eso lo tenemos. Nora, busca el farol y enciéndelo. Tendrás que ponerle una vela nueva. Tú las guardaste, ¿no?

Nora encontró el farol, le puso vela nueva y lo encendió. Mike lo colgó de una rama del techo. Desde allí, su luz llegaba a todos.

—¡Ahora sí que parece una casa de verdad! —exclamó Nora alegremente—. Aquí se está la mar de bien: no ha entrado ni una gota de agua.

—Tampoco entra el viento —dijo Jack—. Eso demuestra que hicimos un buen trabajo. ¿Oís? Fuera sopla un verdadero vendaval. Por suerte, tenemos una casa sólida. Imposible estar fuera. Hoy no habríamos podido dormir al aire libre.

La tormenta estaba ya sobre sus cabezas. Los truenos retumbaban una y otra vez en el aire. Era como si arrastrasen muebles por el cielo.

—¿Habéis oído? A ése que se está mudando de casa se le ha caído un armario —dijo Jack, al sonar un trueno más fuerte que los anteriores.

—Pues eso es un piano que cae por la escalera —dijo Mike, al oír un trueno mucho más fuerte aún.

Todos se echaron a reír. Desde luego parecía que se estaban trasladando todos los muebles del cielo. Los relámpagos se sucedían iluminando el firmamento. A Nora no le hacían gracia las tormentas y, encogiéndose, se apoyó en el cuerpo de Mike.

—Tengo miedo —confesó.

—¡No seas tonta! —le dijo Mike—. Pareces una de esas excursionistas que se acaban de marchar. No hay por qué asustarse. A mí me gustan las tormentas. Y aquí estamos bien guarecidos.

—Al fin y al cabo, una tormenta no es más que mucho ruido y pocas nueces —bromeó Jack—. ¡Animo, Nora! Aquí estamos bien protegidos. Imagínate lo mal que lo estará pasando la pobre Margarita. Al fin y al cabo, nosotros sabemos lo que es una tormenta, pero ella no.

¡Craaaacccc! ¡Bouuummmmm! El trueno sonó esta vez más lejos, y los niños bromearon del mueble que en esta ocasión se habría caído en el cielo, como hacían cada vez que oían un trueno.

Pronto vieron la luz de un relámpago, y Jack exclamó:

—¿Veis? El cielo enciende cerillas y el viento las apaga.

Esta vez hasta Nora se echó a reír, y pronto se le pasó el miedo. La lluvia seguía cayendo con fuerza. Jack temía que el agua atravesara el techo y mojase el suelo en que estaba sentado con sus amigos. Pero el techo resistió y no entró una sola gota de agua.

Poco a poco la tormenta se fue alejando. La lluvia cesó y no se oía más ruido de agua que el de las gotas que caían de los árboles. Los truenos eran sólo un rumor apagado. El último relámpago encendió el cielo. La tormenta había pasado.

—Ahora comeremos algo, nos beberemos un vaso de leche, y a la cama —dijo Jack—. Por hoy ya hemos hecho bastante. Mike y yo nos acostamos tan tarde anoche, que estoy seguro de que él está tan muerto de sueño como yo.

Peggy preparó una cena ligera para todos y se bebieron unos vasos de la excelente leche de Margarita. Luego las niñas se acostaron sobre la blanda hierba de la habitación de atrás y los niños se acostaron en la de delante. Medio minuto después, todos estaban dormidos.

De nuevo fue Margarita quien los despertó a la mañana siguiente. A todos les sorprendió abrir los ojos bajo un verde techo y no bajo el cielo azul. Dentro de la casa había poca luz, pues la puerta estaba cerrada y no había ventanas.

A Jack le había parecido que habría sido difícil hacerlas y además, que por ellas habrían entrado fácilmente el viento y la lluvia. Pero a nadie le importaba que la casa fuera oscura. Ello le daba cierta emoción.

Los niños salieron corriendo de la casa. Mejor dicho, salieron todos excepto Nora, que se quedó acostada perezosamente, mirando al techo, pensando en lo blanda que era la hierba y en lo bien que olía la casa. Siempre era la última en levantarse.

—¡Nora, si no vienes en seguida, no tendrás tiempo de darte un baño antes del desayuno! —le gritó Peggy.

Al oírla, Nora salió corriendo. ¡Qué mañana tan hermosa! La tormenta lo había limpiado todo y la isla estaba mucho más bonita, como las cosas recién lavadas. Incluso el cielo parecía mucho más azul.

El lago estaba tan azul como el cielo, los árboles conservaban la humedad de la fuerte lluvia de la noche anterior y la hierba era de un verde más intenso.

—El mundo parece nuevo —dijo Mike—, como si lo hubiesen creado esta mañana. ¡Hala! ¡Todo el mundo al agua!

Todos se echaron de cabeza al lago. Mike y Jack nadaban muy bien, Peggy lo hacía bastante mal, y Nora apenas lograba mantenerse a flote. Jack trataba de enseñarla, pero Nora, como si fuera una niña pequeña, no se atrevía a despegar los pies del fondo.

Peggy fue la primera en salir del agua, recorrió con la vista la playa y recibió un gran disgusto. —¡Mirad, chicos! —gritó—. ¡Fíjate, Nora; mira cómo han dejado la playa esos excursionistas!

Todos salieron del agua y, después de envolverse en sus toallas, miraron aquella playa, que siempre había estado tan limpia.

Qué distinta estaba entonces. Había pieles de plátano y de naranja por todas partes. Se veían

también latas oxidadas llenas de agua de la lluvia y dos tarros de cartón que debían de haber contenido nata, mientras el viento llevaba de aquí para allá un periódico roto en mil pedazos y un paquete de cigarrillos vacío.

Los niños estaban indignados. Aquella playa era de ellos y la querían mucho. Siempre habían tenido gran cuidado en mantenerla limpia, recogiendo los restos de comida y llevándolos adonde no se vieran, y ahora llegaban unos excursionistas y en diez minutos lo dejaban todo como un cubo de basura.

—¡Y eso que eran personas mayores! —dijo Jack, furioso—. Necesitan unas cuantas lecciones de educación. ¿Por qué no se habrán llevado sus desperdicios con ellos?

—Los que ensucian los sitios donde comen no tienen perdón —dijo Peggy, casi llorando de rabia—. Las personas bien educadas no hacen esas cosas. ¡Me gustaría encerrarlos a todos en un cubo de basura!

Sus hermanos y Jack se echaron a reír, aunque seguían indignados.

—Recogeremos toda esa basura y la quemaremos —dijo Mike.

—Esperad un momento —dijo Jack—. Quizás esas basuras puedan sernos útiles.

—¿Útiles? ¿Útiles esas pieles de plátano y de naranja? —exclamó Mike—. Supongo que no querrás hacer un puré con ellas.

—No, desde luego que no —dijo Jack, sonriendo— pero si recogemos las pieles, las latas, los vasos de cartón y la funda del paquete de cigarrillos y los guardamos, los podremos poner de nuevo en la playa si alguien viene. Y entonces, si encuentran restos de fuego, una cuerda o cualquier otra cosa, no se les ocurrirá buscarnos, pues creerán que lo han dejado aquí otros excursionistas.

—¡Es una idea formidable! —exclamaron sus tres amigos.

—¡Qué listo eres! —dijo Peggy, mientras preparaba el fuego—. ¡Se te ocurren unas cosas!

Mike recogió el paquete de cigarrillos vacío, una lata y un vaso de cartón. Lavó la lata y el vaso en el lago y lo guardó todo en la despensa. ¡Quizá los utilizaran algún día!

Nora trajo cinco huevos para el desayuno, y los frió con dos truchas que Jack había pescado. Se percibía un olorcillo delicioso.

—¡Ah! ¡Hay que ordeñar a Margarita! —dijo repentinamente Jack sin dejar de comer.

De pronto, Nora lanzó un grito, mientras señalaba algo que había detrás de Jack. Éste se volvió y, con gran sorpresa, vio que la vaca se dirigía a él.

—Esta vez no tendrás que ir en su busca para ordeñarla; ella misma viene a ti —dijo Peggy riendo—. ¡Qué inteligente es! Ya conoce el camino.

## CAPÍTULO XI

### NORA PASA UN MAL RATO

El trabajo diario en la isla era mucho. Había que ordeñar a Margarita dos veces, que vigilar a las gallinas, que ir a echar un vistazo a los anzuelos. Uno tenía que encargarse de mantener el fuego continuamente encendido; otro, de preparar la comida, y otro, de fregar los platos y limpiar la casa. Por eso los cuatro niños decidieron organizar la distribución de las tareas.

—Yo ordeñaré a Margarita todas las mañanas y Mike lo puede hacer por las tardes —dijo Jack mientras tomaban el desayuno—. Tú, Nora, encárgate de las gallinas. Tu trabajo consistirá en darles comida y agua, recoger los huevos que pongan y vigilarlas para que no quiten la hierba con que tapamos el agujero por donde se escapaban.

—¿Y qué hará Peggy? —preguntó Nora.

—El trabajo más desagradable. Habrá de mantener el fuego siempre encendido, hará la comida y se encargará de la limpieza. Yo me cuidaré de la pesca. De vez en cuando, cualquiera de nosotros subirá a la colina para ver si se acerca alguien. La vez pasada todo fue muy bien porque tuvimos la suerte de ver que se acercaba una barca. De lo contrario, nos habrían descubierto.

—Voy a sacar la barca del sitio donde la escondimos —dijo Mike—. Así la tendremos preparada.

—No —replicó Jack—. Tengámosla escondida hasta que la hayamos de usar. Bueno, voy a ordeñar a Margarita.

Jack se fue y poco después los niños oyeron el ruido de la cremosa leche al caer en una cacerola, pues aún no tenían el cubo. Mike y Jack habían decidido ir a buscarlo aquella misma noche. Era un engorro ordeñar a Margarita no disponiendo más que de pequeños recipientes.

Peggy empezó a fregar los platos. Después haría una limpieza general. Nora le propuso ayudarla, pero Peggy le dijo que su misión era cuidarse de las gallinas. Nora se dirigió al gallinero, emitiendo el sonido especial que las gallinas conocían ya muy bien, y éstas se acercaron a la niña.

Nora les puso la comida y les llenó un plato de agua. Luego echó un vistazo a la cerca del gallinero. Todo parecía estar bien. Pero la inspección no fue demasiado atenta, pues quería ir a buscar moras. Si se hubiese fijado, habría visto que las gallinas, picoteando las hierbas de una de las paredes del gallinero, habían abierto en ella un boquete bastante grande. Pero Nora no se dio cuenta. Tomó una cesta que Peggy había hecho con juncos arrancados de la orilla del lago, y se fue en busca de moras.

—¿Vas a buscar moras? —le preguntó Peggy.

—¡Sí!

—¡Trae todas las que puedas y nos las comeremos esta noche con nata! ¡No te las comas por el camino!

—¡Ven a ayudarme! —dijo Nora, a la que no le hacía gracia la idea de recoger moras para todos.

—Yo tengo que ir a buscar agua —repuso Peggy—, y después he de coser unas cosas.

Y Nora tuvo que ir sola en busca de un zarzal. En seguida encontró uno repleto del morado fruto. Empezó a comer moras y estuvo comiendo hasta que se hartó. Luego se dedicó a llenar la cesta. Poco después oyó pasar a Jack, que llevaba a Margarita al otro lado de la isla, y también oyó a Mike, que silbaba mientras cortaba juncos. Todos estaban ocupados y contentos.

Cuando hubo terminado, Nora se sentó al sol y se apoyó en una ardiente roca que sobresalía entre la hierba. Se sentía profundamente feliz. El lago estaba intensamente azul y la tarde era deliciosa.

Nora estuvo descansando así hasta que oyó la voz de Mike que la llamaba.

—¡Nora! ¡Nora! ¿Dónde estás? ¡Hace un siglo que no te vemos!

Se levantó, tomó la cesta y bajó por la suave pendiente de la colina. Así llegó primero a la arboleda, luego al prado y finalmente a la playa, donde estaban sus hermanos y Jack. Peggy había mantenido el fuego encendido y estaba asando un conejo que Jack había cazado.

—¿Dónde están las moras? —preguntó Jack—. ¡Oh, una cesta llena! ¡Qué bien! Ya puedes ir preparando la nata, Nora. Nos vamos a chupar los dedos.

Pronto se sentaron a cenar. Peggy era una buena cocinera, y el conejo estaba estupendo. Pero aún les gustó más la nata con moras. Era el postre favorito de los cuatro.

—¡Qué tranquilidad hay en el gallinero! —dijo Jack, apenas se llevó a la boca la última cucharada de nata—. No he oído a las gallinas ni una sola vez desde que hemos empezado a cenar.

—Eso prueba que están bien —dijo Peggy.

—Voy a echarles un vistazo —dijo Mike.

Dejó su plato en el suelo y se dirigió al gallinero. Miró a derecha e izquierda, levantó el saco y no vio a las gallinas por ninguna parte.

—¿Están bien? —le preguntó la voz lejana de Jack.

—Pues... no sé —contestó Mike, desconcertado—. ¡No están aquí! ¡Se han escapado!

—¿Escapado? —exclamó Jack, sorprendido—. ¡No puede ser! ¡Tienen que estar ahí!

—¡Pues no están! —repuso Mike—. ¡Han desaparecido sin dejar rastro! ¡Ni siquiera han dejado un mal huevo!

Jack y las niñas corrieron hacia el gallinero y vieron con sus propios ojos que no había ni rastro de las gallinas.

—¿Se las habrá llevado alguien? —preguntó Peggy.

—No lo creo —repuso Jack, malhumorado—. ¡Mirad! Eso explica su desaparición.

Jack señalaba el boquete abierto en la cerca.

—Por ahí se han escapado. ¡Y ahora cualquiera sabe dónde estarán!

—Pues yo no las he oído —dijo Peggy—: Y eso que no me he movido de aquí en casi toda la tarde. Deben de haberse escapado cuando he ido por agua al arroyo.

—Eso significa que el boquete ya estaba cuando Nora les ha dado la comida —dijo Jack—. ¿Así es como haces tu trabajo, Nora? ¿No te he dicho esta mañana que cada vez que pusieras la comida a las gallinas repasaras bien toda la cerca por si había algún agujero? ¡Pero tú, como si hubieras oído llover! ¡No tienes perdón!

—¡Con la falta que nos hacen las gallinas! —se lamentó Peggy.

—¡Qué falta de cuidado! —dijo Mike—. ¡No sirves para nada!

Nora se echó a llorar, pero nadie le hizo caso. Perder las gallinas era para el grupo una verdadera tragedia. Todos empezaron a buscar a las fugitivas por las cercanías del gallinero, con la esperanza de que no se hubieran alejado de su casa.

Nora lloraba cada vez más. Al fin, Jack se enfadó con ella.

—¡Basta ya de lloriqueos! —le gritó—. ¡Más vale que busques a las gallinas como hacemos todos!

—¡A mí no me hables así! —protestó Nora.

—¡Te hablaré como me dé la gana! —dijo Jack—. ¡Soy yo el que manda y tú tienes que obedecerme! ¡Si uno de nosotros no hace las cosas bien, los demás sufren las consecuencias, y no quiero que esto vuelva a suceder! ¡Así que deja de llorar de una vez y ayúdanos a buscar a las gallinas!

Nora empezó a buscar a las gallinas, pero sin cesar de llorar. Se sentía profundamente desgraciada y avergonzada. No podía soportar que todos estuviesen enojados con ella, sin dirigirle la palabra. Apenas podía ver por dónde iba: las lágrimas la cegaban.

—Por aquí no están —dijo Jack al cabo de un rato—. Lo mejor será que nos separemos y que cada cual busque por un lado. A lo mejor, así las encontramos. Quizá se hayan alejado más de lo que suponíamos. Tú, Peggy, ve por ahí. Yo iré hacia donde está Margarita.

Los cuatro niños se separaron y cada uno tomó una dirección distinta. Iban llamando a las gallinas en voz alta. Nora fue hacia donde Jack le había ordenado. Las llamaba también, pero las gallinas no le respondieron. ¿Dónde estarían?

Estuvieron toda la tarde buscándolas inútilmente. Era extraño que no apareciera ni siquiera una. Jack no se lo explicaba. No estaban ni en la colina, ni en la cueva en que las habían encerrado cuando llegaron los excursionistas, ni entre los zarzales. Tampoco estaban con Margarita, ni en la arboleda. O sea que, al parecer, no estaban en ninguna parte.

A medida que iba transcurriendo el día, Nora se iba sintiendo más desgraciada. Si no aparecían las gallinas, no se atrevería a volver a mirar a la cara a Jack ni a sus hermanos. Así, cuando éstos regresaron al campamento para cenar, decidió esconderse. No habían merendado y tenían mucho apetito. Nora estaba también hambrienta, pero por nada del mundo se habría reunido con los demás. Prefirió estar sola, pasando miedo, que sentarse junto a Mike, Jack y Peggy, sabiendo que estaban enojados con ella.

—Total, que nos hemos quedado sin gallinas —dijo Mike, al encontrarse con Jack camino de la playa.

—Es incomprensible —dijo Jack—. Sería un disparate creer que se han marchado de la isla volando.

—¡Qué desgracia! —exclamó Peggy—. Con lo bien que nos venían los huevos.

Nora seguía sentada en su escondite. Se dijo que lo mejor sería pasar allí la noche. Nunca volvería a ser feliz. Jack y Mike estaban sentados junto al fuego, mientras Peggy hacía un estupendo pastel de arroz. Uno de los chicos preguntó por Nora.

—Supongo que no tardará en volver —respondió Peggy.

Empezaron a cenar en silencio. Y de pronto, un sonido maravilloso llegó hasta ellos. «¡Clo, clo, clooc!».

Paseando tranquilamente por la playa, aparecieron las seis gallinas. Peggy, Jack y Mike saltaban de alegría.

—¿Dónde habéis estado, granujas? —les preguntó Jack—. ¡Os hemos buscado por todas partes!

—¡Clo, clo, clooc! —contestaron las gallinas.

—No tenéis nada de tontas. Como sabéis que es la hora de que os den la cena, habéis venido a buscarla —dijo Jack—. Yo creo que podríamos soltarlas todos los días... Pero no; ahora caigo en que no las podemos soltar: pondrían los huevos en cualquier rincón y no los encontraríamos.

—Les daré la cena —dijo Peggy.

La niña les echó un puñado de maíz que las gallinas picotearon alegremente. Luego Jack y Mike las llevaron al gallinero, donde las encerraron después de tapar el boquete para que no volvieran a escapar.

—Debemos decírselo a Nora —opinó Jack.

Y los dos niños empezaron a subir la pendiente de la colina, llamando a Nora.

—¡Nora! ¡Nora! ¿Dónde estás?

Pero Nora no contestó. Se escondió más aún entre las matas y permaneció en silencio, con el deseo de que no la encontrasen. Pero Jack dio de pronto con ella.

—¡Menos mal que te hemos encontrado! —le dijo—. Las gallinas ya han vuelto, Nora. Han notado que era la hora de la cena y se han presentado tranquilamente a pedirla. Anda, ven a cenar. Te hemos guardado tu parte.

Nora volvió con ellos a la playa. Peggy corrió hacia ella y le dio un beso.

—Ya no tienes por qué preocuparte —le dijo—. Todo se ha arreglado. Las gallinas han vuelto.

—¿No te parece, Jack, que será preferible que me encargue yo de cuidar a las gallinas, en vez de hacerlo Nora? —preguntó Mike.

Jack movió negativamente la cabeza.

—No —dijo—. Ese trabajo corresponde a tu hermana, y verás cómo a partir de hoy lo hace estupendamente. ¿Verdad, Nora?

—Sí, Jack —respondió Nora, mientras se comía su ración de pastel de arroz—. Te prometo que lo haré la mar de bien. Siento haberlo hecho hoy tan mal.

Mike y Peggy estuvieron de acuerdo con Jack. Sabían que Nora, escarmentada, cumpliría su misión con el mayor cuidado. Además, tenían muchas ganas de perdonarla.

—Me gustaría saber —dijo Peggy— dónde se habrán escondido esas dichosas gallinas para que no hayamos podido encontrarlas.

Pronto lo supieron. Poco después, Mike tuvo que ir a la casa, y encontró en ella tres magníficos huevos. Los recogió y corrió hacia el campamento.

—¡Las gallinas estaban escondidas en la casa! —gritó, mostrando los tres huevos.

—¡Hay que ver! —exclamó Jack—. ¡Y pensar que hemos estado buscando por toda la isla a esas bribonas, teniéndolas tan cerca!...

## CAPÍTULO XII LAS CUEVAS DE LA COLINA

Los días pasaron rápidamente, y los cuatro niños se acostumbraron a su vida salvaje y feliz en la isla. Jack y Mike fueron una noche a la granja de tía Josefa y volvieron con el cubo que necesitaban para ordeñar a Margarita. De paso se trajeron una buena cantidad de verduras y ciruelas, que estaban ya maduras, por lo que llenaron de ellas el cubo. La alegría de Nora y Peggy al ver todo esto fue indescriptible.

Ahora, gracias al cubo, era mucho más fácil ordeñar a Margarita. Peggy hubo de lavarlo varias veces, pues estaba muy oxidado, y Jack y Mike, todos los días, una vez ordeñada la vaca, dejaban el cubo en el riachuelo que manaba de la colina y desembocaba en el lago. Esta corriente helada mantenía la leche fresca por mucho calor que hiciese.

Una mañana, Jack sacó los paquetes de semillas que había traído de la granja de su abuelo y lo mostró a sus amigos.

—Mirad. Tengo semillas de lechuga, de rábanos, de guisantes y de nabos. Es un poco tarde para sembrar los guisantes, pero estoy seguro de que en esta tierra tan buena crecerán rápidamente y a fines de año las plantas estarán bien desarrolladas.

—Los rábanos y los nabos brotarán en seguida —dijo Peggy—. Y con este tiempo tan caluroso, las lechugas, si las regamos lo suficiente, tampoco tardarán mucho en salir.

—¿Dónde sembraremos todas estas semillas? —preguntó Mike.

—Creo que lo mejor será sembrarlas en pequeñas cantidades y en varios sitios de la isla —dijo Jack—. Si las sembráramos todas juntas, al crecer formarían una huerta, y el primero que llegara aquí y la viese comprendería inmediatamente que la isla está habitada. En cambio, si tenemos unas pocas plantas aquí y otras allá, podremos taparlas con hierbas en caso necesario y nadie las verá.

—Jack siempre tiene grandes ideas —dijo Nora—. Te ayudaré en la siembra, Jack.

—Ese trabajo lo haremos todos —dijo Jack.

Acto seguido, el grupo se dedicó a buscar los sitios adecuados, a preparar la tierra y a distribuir las semillas. Peggy se encargaría del riego diario y de arrancar las malas hierbas.

—Lo tenemos todo la mar de bien organizado —dijo Nora, alegremente—. Tenemos leche, nata y huevos todos los días; moras con sólo ir a buscarlas, y pronto tendremos guisantes, lechugas, rábanos y nabos.

Jack plantó los guisantes entre juncos. Así, según dijo, las plantas, cuando salieran, tendrían dónde enroscarse y no habría necesidad de ponerles cañas. Además, los juncos las ocultarían a la vista de cualquier visitante inoportuno.

A veces les era difícil acordarse del día en que estaban. Jack era el único que llevaba la cuenta de los días que iban pasando. Además, los domingos, cuando el viento era favorable, los niños oían la campana de una iglesia próxima al lago.

—Yo creo —dijo Mike— que el domingo debe ser para nosotros un día de paz y descanso. Ya que, por desgracia, no podemos ir a la iglesia, debemos celebrarlo de algún modo, hacer que el

domingo sea un día distinto de los demás.

Los cuatro decidieron celebrar la fiesta dominical descansando, no haciendo ninguna clase de trabajo. Los demás días de la semana casi nunca sabían si era martes, jueves, viernes o cualquier otro día laborable; pero sí que sabían cuándo era domingo, pues Jack los avisaba. Nora decía que el domingo se notaba en el aire, y que la isla parecía distinta, más tranquila y silenciosa.

Un día Jack propuso que explorasen las cuevas de la colina.

—Si algún día viene alguien a buscarnos, cosa muy probable —dijo—, conviene que tengamos ya decidido lo que debemos hacer y que sepamos exactamente dónde tenemos que escondernos. Porque si vienen a buscarnos, no se quedarán en la playa sentados, como los excursionistas, sino que recorrerán toda la isla.

—Entonces, vayamos a explorar las cuevas hoy mismo —dijo Mike—. Voy por el farol.

Con el farol en la mano y una caja de cerillas en el bolsillo, Jack condujo a sus tres amigos a las cuevas. Habían descubierto tres cuevas: aquella en que habían escondido las gallinas, otra mayor y otra tan estrecha que sólo podían entrar arrastrándose.

—Entraremos primero en la mayor —dijo Jack.

Dicho esto, encendió el farol y entró por la negra boca. Experimentó una sensación extraña al pasar de la luz del soleado día de junio a la oscuridad húmeda de la cueva. Nora empezó a temblar. No dijo nada, pero se mantuvo pegada a Mike.

Jack alzaba el farol para alumbrar todos los rincones. La cueva era muy grande, pero no servía para esconderse, pues desde la entrada se veía todo el interior. Por todas partes había telarañas, y olía a murciélago.

Mike avanzaba junto a una de las paredes, mirando todos los rincones, y de pronto, cuando ya estaban en el fondo de la cueva, descubrió algo extraordinario. El techo estaba a unos dos metros de altura, y en la pared, casi tocando el suelo, había una grieta. Al parecer, tras ella, no había más que las rocas que la cerraban; pero no era así. La grieta era el principio de un estrecho pasadizo, oculto tras un saliente rocoso.

—¡Mirad! —dijo Mike, con voz alterada—. Esta grieta es el principio de un pasadizo. Acerca el farol, Jack, y veremos hasta dónde llega.

Jack levantó el farol y todos pudieron ver aquel pasadizo medio oculto detrás de la grieta. Jack se introdujo por la estrecha abertura y avanzó unos pasos.

—Venid —dijo—. Aquí el aire es fresco y este pasadizo, al parecer, va a alguna parte.

Los niños se apiñaron, ansiosos de entrar en la grieta. ¡Qué aventura tan emocionante!

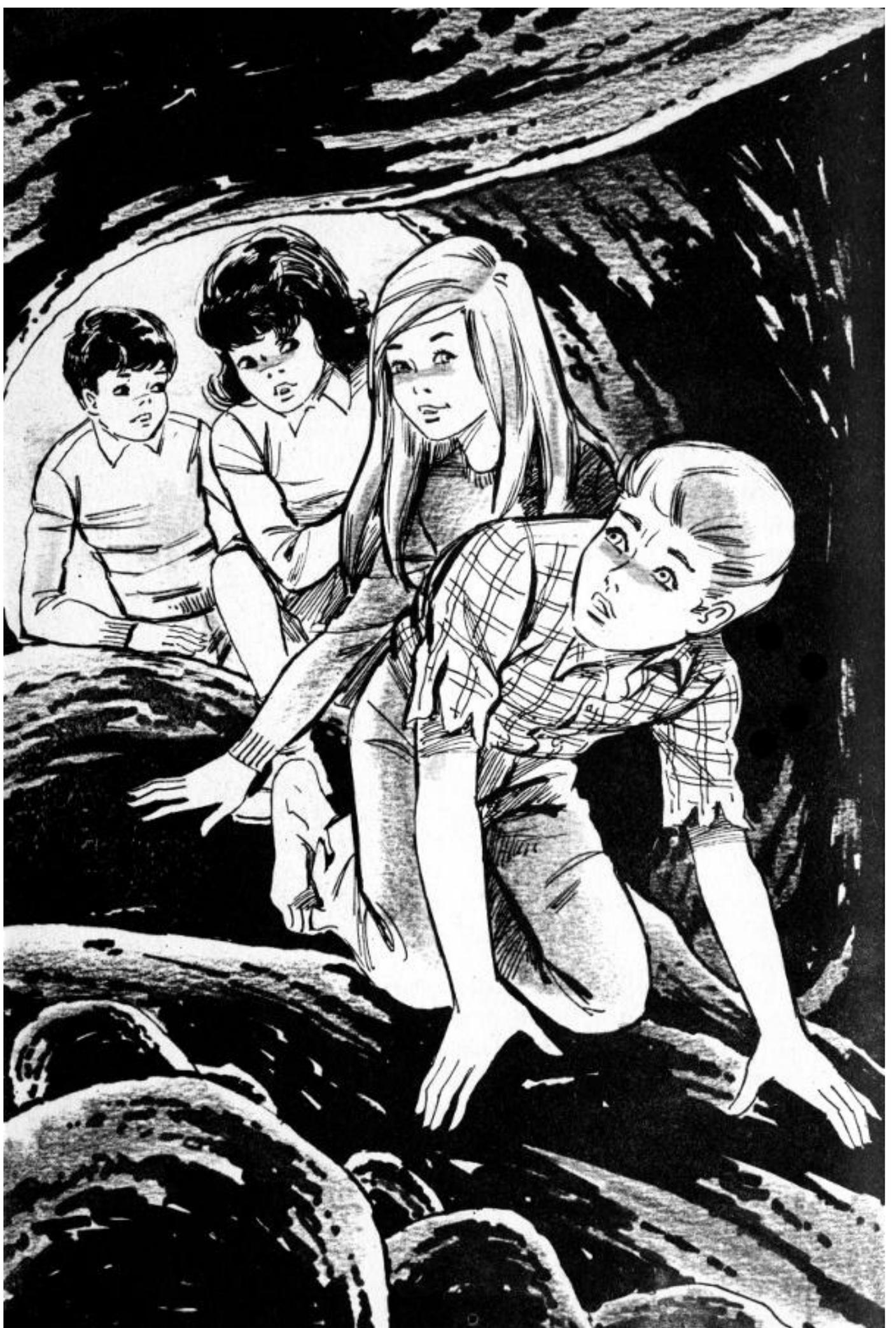
El pasadizo daba vueltas y más vueltas. En algunos puntos, los niños tuvieron que pasar sobre montones de rocas y tierra desprendidas. En los sitios en que el pasadizo se estrechaba, sus cabezas tropezaban de vez en cuando con alguna raíz. Al fin, el estrecho túnel terminó y Jack se encontró en una segunda cueva mayor aún que la primera. Levantó el farol y miró a su alrededor. El aire era puro y fresco. ¿Cómo era posible?

—¡Mirad! —dijo de pronto Nora, señalando hacia el techo—. Allí se ve la luz del día.

Así era. En el techo, a unos metros de distancia, se veía la brillante luz del sol. Jack estaba visiblemente extrañado.

—Sin duda —dijo—, algún conejo ha excavado en la colina y, de pronto, se ha encontrado con la cueva. Nosotros vemos la luz del sol por su madriguera. Es una ventaja. Así entra aire fresco.

Desde la segunda cueva, otro pasadizo conducía a una tercera. Este pasadizo era tan estrecho, que los niños tuvieron que echarse en el suelo para poder pasar por él. Con gran sorpresa advirtieron que esta tercera cueva desembocaba en el exterior y que era aquélla de entrada tan estrecha, que incluso a gatas era difícil pasar por ella.



—Vamos progresando —dijo Jack—. Hemos descubierto que la gran cueva que ya conocíamos se comunica por medio de un pasadizo con otra todavía mayor y que de ésta se pasa a la más estrecha de las tres, que desemboca en el exterior. Lo más interesante para nosotros es que esta última, o sea la cueva en que estamos, es tan estrecha, que no permite el paso a las personas mayores.

—¿Y qué me dices de la cueva donde escondimos las gallinas? —preguntó Nora.

—Debe de ser independiente de las otras —dijo Jack—. Lo mejor será que vayamos a verlo.

Los cuatro niños salieron, arrastrándose, de la estrecha cueva, y se dirigieron a la que habían utilizado para esconder las gallinas. Pero ésta no tenía nada de particular: era una simple caverna de escasa profundidad en la que se percibía un fuerte olor a murciélagos.

Salieron de nuevo a la colina. El día era espléndido. Resultaba agradable estar al sol después de haber permanecido en la fría oscuridad de las cuevas.

—Ahora escuchadme —dijo Jack—. Estas cuevas nos serán muy útiles este verano si alguien viene en nuestra busca. Una de las cosas que podríamos hacer en este caso es encerrar a Margarita en la cueva mayor.

—Eso no es posible, Jack —dijo Peggy—. No cabrá en ese pasadizo tan estrecho.

—Verás cómo sí que cabe —replicó Jack—. Pasará detrás de mí. Te lo demostraré, porque vamos a entrenarla. Todos los días la haremos entrar y salir. Así se acostumbrará, y cuando tengamos que hacerla entrar para que esté encerrada unas horas, no le extrañará. No sería nada agradable que, al verse de pronto en la cueva, empezara a mugir como una desesperada.

Todos se echaron a reír. Mike asintió con la cabeza y dijo:

—De acuerdo. Margarita ha de entrenarse. Supongo que con las gallinas no habrá problemas, ¿verdad?

—También debemos entrenarlas —dijo Jack—. ¡Hasta nosotros vamos a hacer prácticas!

—Pero la barca y la casa no las podremos esconder en las cuevas.

—La barca no la encontrarán: está bien escondida —afirmó Jack—. En cuanto a la casa, dudo de que nadie dé con ella. Los árboles la ocultan, y para llegar a ella hay que atravesar una verdadera muralla de arbustos. Nosotros podemos cruzar esta barrera, pero no una persona mayor.

—Casi me gustaría que viniesen a buscarnos —dijo Peggy—. ¡Sería tan emocionante tener que esconderse!

—Demasiado emocionante —replicó Jack—. ¿Tú sabes las cosas que habrá que hacer cuando veamos que viene alguien?

—Yo soy partidario de planearlo todo ahora mismo —dijo Mike—. Así cada cual sabrá lo que tiene que hacer cuando llegue el momento.

—Sí —aprobó Jack—. Yo me encargaré de Margarita: iré inmediatamente por ella. Mike, tú pondrás las gallinas en un saco y las llevarás lo más rápidamente posible a la cueva. Peggy, tú te encargarás de apagar el fuego, de enterrar las cenizas y de poner en la playa el paquete de cigarrillos vacío, el vaso de cartón y las latas, de modo que parezca que ha estado aquí un grupo de excursionistas. Así, nadie se extrañará si ve restos de un fuego o algo parecido.

—¿Y yo qué haré? —preguntó Nora.

—Tú irás al riachuelo, recogerás el cubo de la leche y lo llevarás a la cueva. Pero antes habrás de esconder lo mejor posible las verduras. Y tú, Peggy, además de lo que ya te he dicho, tendrás que cuidarte de que la boca de la cueva pequeña quede bien tapada con hierbas, musgo o lo que encuentres.

—¡A sus órdenes, capitán! —exclamó Peggy—. Ya sabemos todos lo que tenemos que hacer cuando veamos que alguien se acerca. Pero oye: tú te has quedado con el trabajo más duro. A mí no me haría ninguna gracia tener que llevar a Margarita por ese pasadizo tan estrecho. ¿Qué harás si se queda encallada?

—No se encallará —dijo Jack, convencido—. No está tan gorda como todo eso. A propósito: sería conveniente que tuviéramos en la cueva un par de montones de hierbas y dos o tres vasos, por si hubiéramos de estar varias horas escondidos. Así podríamos tomar leche y formar un buen colchón.

—Tampoco estarían de más un par de velas —dijo Peggy—. No me gustaría estar a oscuras en una cueva.

—Os voy a explicar lo que haremos —dijo Jack, pensativo—. En vez de entrar por la cueva grande, entraremos por la pequeña, que, como hemos visto, se comunica con la otra. Si entrásemos por la grande, podríamos dejar algún rastro que nos delatara. Yo, como he de llevar a Margarita, no tendré más remedio que entrar por la grande, pero ¿qué le vamos a hacer?

—Esas cuevas serán una casa excelente para el invierno —dijo Peggy—. Podríamos vivir cerca de la entrada y tener nuestras cosas en la gran cueva donde termina el pasadizo. Así no tendríamos que temer al mal tiempo.

—¡Qué suerte la nuestra! —exclamó Nora—. Tenemos una preciosa casa de árboles para el verano y otra de roca para el invierno.

—Aún falta mucho para que llegue el invierno —dijo Jack—. Oye, Peggy, tengo un apetito atroz. ¿Y si frieses unos cuantos huevos mientras Mike va a buscar moras?

—¡Buena idea! —gritó Peggy, y, seguida por Jack y sus hermanos, corrió colina abajo, dejando a sus espaldas las húmedas cuevas.

## CAPÍTULO XIII PASA EL VERANO

Nadie fue a molestar a los niños. Éstos vivían en la isla, jugando, trabajando, comiendo, bebiendo, bañándose y haciendo todo lo que les apetecía, aunque también cumpliendo la misión que cada cual tenía encomendada, con objeto de que todo fuese bien.

Varias veces, Jack y Mike fueron en la barca a la orilla del lago para tomar cosas que necesitaban en las granjas de tía Josefa o del abuelo de Jack. Un día Mike se las ingenió para entrar en casa de su tía y apoderarse de dos o tres vestidos para las niñas y de un abrigo y unos pantalones para él. La ropa era uno de los mayores problemas que tenían, pues se ensuciaba fácilmente y se hacía vieja con gran rapidez, y como no tenían más que lo puesto, era muy difícil llevarla limpia y sin desgarrones.

Jack sacó una buena cantidad de fruta y patatas de la granja de su abuelo, que aún no se había vendido. Así, entre los conejos y los peces que capturaban, los huevos de las gallinas y la leche de Margarita, nunca les faltaba comida.

Las semillas germinaron rápidamente. Todos se sintieron orgullosos el día en que Peggy les dio para comer una ensalada hecha con sus propias lechugas, rábanos, patatas y huevos. El suelo de la isla era excelente para toda clase de plantas.

Los guisantes eran ya tan altos como los juncos y Jack los recortó para que la flor saliese más abajo.

—Si no los hubiera podado, pronto habríamos necesitado una escalera para arrancar los guisantes —dijo Jack—. Vamos a tener muchos. Mirad cuántas flores rojas.

—¡Y qué bien huelen! —dijo Nora, olfateándolas.

—Pues aún sabrán mucho mejor —dijo Jack.

Hacía buen tiempo y la temperatura era agradable. Los niños dormían aún en su dormitorio verde, como ellos lo llamaban, al aire libre. Todas las semanas renovaban sus lechos de musgo y hierba, que se aplastaban y resultaban incómodos. Pero este trabajo no era pesado y los niños lo hacían a gusto.

—¡Qué morenos estamos! —dijo un día Mike, mientras, sentados junto al fuego, saboreaban una suculenta cena.

—Estamos morenos como fresas —añadió Nora.

—¿Cómo fresas? —exclamó Mike—. Es la primera vez que oigo decir que hay fresas morenas. Las que yo conozco son encarnadas.

Todos se echaron a reír, imaginándose lo que parecerían si tuvieran el color de las fresas.

—Bueno, pues morenos como bellotas —dijo Nora.

Desde luego, estaban muy morenos. Piernas, brazos, caras, cuellos, rodillas, todos ellos tenían un fuerte color tostado. Parecían gitanos. También habían engordado bastante, pues aunque sus comidas no eran variadas, bebían mucha leche.

La vida en la isla se deslizaba apaciblemente, pero también tenía sus momentos de emoción. Todas las semanas, Jack llevaba a la pobre Margarita a la cueva y la hacía pasar por el estrecho

pasadizo hasta que llegaba a la caverna interior. La primera vez la vaca armó un alboroto tremendo. Mugió, se quedó clavada en el suelo, negándose a dar un paso más, e incluso soltó alguna coz. Pero Jack tiraba de ella con fuerza y consiguió su propósito. Luego, ya en el interior de la gran caverna, Jack la obsequió con una sabrosa col traída el día anterior de la granja de su abuelo. Margarita, encantada, se comió hasta la última hoja. A partir de entonces, ya no le causó tanto horror entrar en la cueva.

La segunda vez que Jack la llevó, aún escandalizó bastante, pero ni se resistió ni dio coces. La tercera vez mostró cierta alegría, pues sabía que en la cueva le esperaba una estupenda col, y a la cuarta entró sola, sin necesidad de que Jack tirase de la cuerda.

—Pasa rozando las paredes —dijo Mike—. Si engorda un poco más, ya no podrá pasar.

—No creo que engorde tanto —respondió Jack, sonriendo—. Lo importante es que ahora ya estamos seguros de que la próxima vez que la traigamos no protestará.

Pasó julio y llegó agosto. El calor aumentó y hubo tormentas. Aunque sólo se desencadenaron dos o tres, los niños tuvieron que dormir algunas noches en su casita vegetal. Jack propuso que durmiesen en las cuevas, pero todos votaron en contra diciendo que allí haría mucho calor. No se arrepintieron; la casita estaba más acogedora que nunca y los niños durmieron cómodamente en sus blandas camas de hierba.

En los rincones de la isla donde había más sombra empezaron a crecer fresas silvestres. Los niños ya habían visto fresas como éstas en los alrededores de las granjas, pero las de la isla eran mayores y mucho más jugosas. Con nata estaban riquísimas. Las moras llenaban los zarzales, pero iban desapareciendo en las bocas de los niños, que las saboreaban con deleite.

Jack las arrancaba cuando iba a ordeñar a Margarita; Peggy, cada vez que se dirigía al riachuelo en busca de agua, y Nora, cuando les llevaba la comida a las gallinas. O sea, que todos hacían gran consumo de moras.

Había también algunas nueces, pero estaban muy verdes aún. Jack fue a echar una mirada a los guisantes y vio que ya se podían comer.

—Hoy cenaremos guisantes —dijo Jack.

Y provisto de una de las cestas que Peggy había hecho con los juncos que crecían en la orilla, se fue a cosechar guisantes.

Un día Jack se acordó de los champiñones que crecían en uno de los campos de la propiedad de su abuelo, y una mañana, muy temprano, tomó su barca en compañía de Mike, y los dos partieron en busca de champiñones.

La mañana era espléndida. A Jack le habría gustado que los acompañaran las niñas, pero no se las llevó, al pensar que si iban juntos tantos sería más, fácil que los vieran.

El sol estaba saliendo y un mirlo empezó a cantar alegremente en un árbol próximo. Los gorriones lanzaban también sus primeros cantos matinales y el rocío humedecía la hierba, que así era como una caricia para los pies de los chicos. El sol vertía sus cálidos rayos y todo era azul, dorado y verde.

—¡Champiñones! —exclamó Jack con la boca hecha agua y señalando un pequeño grupo de ellos—. Mira, éstos acaban de salir. Ven. Empezaremos a llenar la bolsa.

El campo estaba lleno de champiñones. Jack arrancaba los más pequeños, pues sabía que los grandes, además de no ser tan gustosos, era más fácil que tuviesen gusanos. En media hora los niños llenaron la bolsa, y, acto seguido, echaron a correr alegremente por el prado, hacia el lugar donde habían dejado la barca.

—¡Qué desayuno tan estupendo vamos a tener hoy! —exclamó Jack.

Desde luego, no pudo ser mejor: un revuelto de huevos con champiñones y fresas con nata. Las fresas las habían cosechado las niñas mientras Jack y Mike recogían los champiñones.

Nora aprendió al fin a nadar. Peggy y ella se ejercitaban todos los días, y con tal provecho, que Jack acabó por decirles que lo hacían tan bien como Mike y él mismo. Los cuatro eran como peces cuando estaban en el agua. Nadaban, jugaban, se rociaban unos a otros. Jack era un gran buceador. De pronto desaparecía de la superficie y poco después alguno de sus compañeros sentía un pellizco en una pierna y veía reaparecer al buceador a su lado. ¡Qué bien lo pasaban!

Luego hubo unos días de mal tiempo, muy pocos. La isla, sin sol parecía otra. Una lluvia fina lo empapaba todo y el agua del lago estaba fría como el hielo.

A Nora no le hizo ninguna gracia este tiempo. No le gustaba ir a dar de comer a las gallinas bajo la lluvia, y le pidió a Peggy que lo hiciese en su lugar. Jack la oyó y le dijo, indignado:

—¡No seas cobarde! Estar de buen humor y hacer a gusto el trabajo cuando el sol brilla y hace buen tiempo no tiene ningún mérito. Hay que poner también buena cara cuando el tiempo es malo.

—A sus órdenes, capitán —contestó Nora, que ya empezaba a sentirse niña mayor y a querer portarse como todos los demás.

Sin decir palabra, fue a llenar los comederos de las gallinas, pese a que la lluvia seguía cayendo con fuerza.

El mal tiempo los fastidiaba a todos, al obligarlos a estar encerrados en su casita. Ya se sabían de memoria los libros y las revistas que tenían y, aunque de vez en cuando les parecía una diversión jugar a las cartas, tras varias horas de juego el aburrimiento volvía a apoderarse de ellos. Peggy era la que menos se aburría, pues siempre tenía algo que remendar.

Durante aquellos días de lluvia, Peggy enseñó a Nora y a los chicos a hacer cestas con los juncos. Las cestas les eran muy útiles, pues siempre había moras y fresas que recoger. A Mike, a Jack y a Nora les pareció muy divertido este trabajo, y cuando volvió el buen tiempo, el grupo tenía una buena colección de cestas.

Cuando de nuevo brilló el sol, los cuatro niños reanudaron alegremente sus tareas al aire libre. Las gallinas, no menos alborozadas, paseaban bajo el sol para que se les secaran las plumas y Margarita se apartó del árbol que le servía de refugio, lanzando gozosos mugidos. El mundo estaba de nuevo lleno de color y los niños saltaban de alegría.

Los guisantes, los rábanos, las lechugas y todas las plantas habían dado un gran estirón por obra de la lluvia. Jack y Mike recogieron unas cuantas lechugas y Peggy preparó una estupenda ensalada. Nunca habían comido lechugas tan tiernas y jugosas.

Ocurrieron muchas cosas, pero que no tenían importancia. El boquete de la barca se ensanchó de tal modo, que un día Mike fue a buscarla y no la encontró: se había hundido. Jack y Mike tuvieron que hacer grandes esfuerzos para ponerla a flote y repararla.

El maíz de las gallinas se acabó y Jack tuvo que ir por más. En la granja de su abuelo no había; así que tuvo que ir a la de los tíos de Mike. En esta granja encontró un poco, pero estuvo a punto de que le mordiera el nuevo perro que habían comprado los dueños de la finca. El perro le desgarró los pantalones de tal modo, que Peggy tuvo que estar trabajando toda una mañana para zurcirlos.

En otra ocasión cundió la alarma al decir Nora que había oído ruido de remos. Jack corrió en busca de Margarita y Mike puso las gallinas en un saco. Afortunadamente a Peggy se le ocurrió ir a echar un vistazo desde la cima de la colina.

En el lago no había ninguna barca. Sólo se veían cuatro magníficos cisnes enzarzados en una riña y que batían la superficie con sus alas y sus patas.

—¡No hay peligro! —gritó Peggy—. ¡Sólo se ven cisnes! ¡No hay ninguna barca a la vista!

Y hubo que volver a llevar a Margarita a su prado y a las gallinas a su gallinero. Nora, avergonzada, se aseguraría bien antes de dar la voz de alarma.

Otro día Jack resbaló cuando estaba recogiendo moras y se torció un tobillo. Mike le ayudó a bajar a la playa. Jack estaba pálido de dolor.

Peggy corrió a buscar trapos limpios, los humedeció en el agua fresca del arroyo y vendó fuertemente el maltrecho tobillo de Jack.

—Tendrás que hacer reposo un par de días —dijo Peggy—. Pero no te preocupes: nos repartiremos tu trabajo.

Jack tuvo que estar descansando dos días, lo que fue para él bastante aburrido. Pero se conformó, pues era un muchacho inteligente y sabía que el único modo de curarse era estar unos días sin hacer uso del pie. Mike le construyó un buen bastón y, después de andar apoyándose en él durante una semana, Jack se curó por completo de la torcedura.

Días después, Peggy tuvo la desgracia de caer sobre un zarzal, con lo que se puso perdida de arañazos. Pero no derramó ni una lágrima. Se lavó las heridas y preparó la cena como todas las tardes. Jack estaba orgulloso de ella.

—Otra habría empezado a gritar y llorar desesperadamente —dijo, examinando sus heridas.

—No ha sido nada —respondió Peggy, mientras ponía a hervir la leche—. Peor habría sido que me hubiera roto una pierna.

Así, entre pequeñas aventuras, alegrías y tristezas, pasó el verano. Nadie se acercó a la isla. Poco a poco los niños fueron perdiendo el miedo a que los encontrasen, y llegó un momento en que dejaron de pensar en ello.

## CAPÍTULO XIV

### JACK VA DE COMPRAS

Pasó el verano. Los días se iban acortando. Los niños advirtieron que hacía ya demasiado frío para cenar al aire libre y por las noches se reunían en su casita y jugaban a las cartas a la luz del farol.

Tuvieron que tapar de nuevo los resquicios, pues el viento se había llevado el musgo. Las estacas con que habían construido las paredes habían echado hojas y éstas se agitaban suavemente en el interior de la casa. A los niños les encantaba ver que su casa crecía.

Un día Mike recibió una desagradable sorpresa. Fue a buscar una bujía para el farol y vio que sólo quedaba una. También las cerillas se estaban terminando, a pesar de que los niños sólo gastaban las indispensables.

—Sólo nos queda una vela, Jack —dijo Mike.

—Pues hemos de procurarnos más —decidió Jack.

—¿Cómo? —preguntó Mike—. Las velas no crecen en los árboles.

—Jack discurrirá el modo de obtenerlas —dijo Peggy, que estaba remendando una camisa de Jack.

Se felicitaba de haberse acordado de traer la bolsa de labor. Si no hubiera repasado de vez en cuando las ropas de los cuatro, todos irían ya andrajosos como mendigos.

—¿De dónde sacaremos las velas? —preguntó Mike—. ¡Porque no vamos a ir a una tienda!

—Ya he pensado en eso —respondió Jack—. He pensado mucho. Estamos ya casi en otoño y por las noches necesitamos tener más luz que ahora. También nos hace falta una sábana nueva y otras muchas cosas.

—Yo necesito hilos —dijo Peggy—. Ayer tuve que remendar tus pantalones grises con hilo azul.

—Pues yo pronto me quedaré sin maíz para las gallinas —anunció Nora.

—¡Qué bien si pudierais traer harina! —exclamó Peggy—. Si tuviese harina podría hacer pan. ¡Tengo unas ganas tremendas de comer pan!

—Desde luego —dijo Jack—. Comer pan sería estupendo... Bien, escuchad. ¿Creéis que debo tomar la barca, ir a ese pueblo que está a orillas del lago y allí comprar todo lo que nos hace falta?

Mike y las niñas se quedaron boquiabiertos. Luego fueron exclamando:

—¡Te atraparían!

—¡No tienes dinero para comprar todo eso!

—¡No vayas, Jack!

—No me pasará nada —dijo Jack—. Llevaré mucho cuidado. En ese pueblo nadie me conoce... En fin, si tenéis miedo, iré al pueblo siguiente, ése que está siete kilómetros más allá. Pero pensad en lo fatigoso que será para mí recorrer esta distancia cargado con todo lo que necesitamos.

—¿Y qué me dices del dinero, Jack?

—Ya he pensado en eso —respondió Jack—. Si Mike me ayuda a llenar un saco de champiñones mañana a primera hora, los traeremos aquí, los pondremos en cestas y me los llevaré

al pueblo para venderlos. Y con el dinero que me den compraré todo lo que nos hace falta.

—¡Qué idea tan magnífica! —exclamó Peggy—. ¡Con tal que no te atrapen!

—Por esa parte puedes estar tranquila —dijo Jack—. Bueno, vamos a hacer una lista de las cosas que necesitamos.

—Me gustaría que me trajeses algún libro —dijo Peggy.

—Y a mí un lápiz —le pidió Nora—. Me muero de ganas de dibujar.

—También necesitamos una sartén nueva —dijo Peggy.

—Y clavos —añadió Mike.

—Sobre todo, la harina y el hilo —le recordó Peggy.

Los niños siguieron nombrando las mil cosas que necesitaban. Jack las repitió una y otra vez y las contó para no olvidarse de nada.

—Mañana por la mañana, Mike y yo iremos a recoger los champiñones —dijo Jack.

—Oye, Jack, ¿podrías vender también fresas? —preguntó Nora—. Sé de un sitio donde hay muchas. Lo descubrí ayer. Son unas fresas enormes y muy dulces.

—Es una gran idea —dijo Jack—. Escuchad: hoy nos dedicaremos a hacer pequeñas cestas. Mañana pondremos en ellas bien colocados los champiñones y las fresas. Luego las llevaremos a la barca y, ¡hala!, a venderlas. Ya veréis qué montón de dinero sacamos.

Los niños se sentían felices. Mike se fue y volvió con una buena provisión de juncos. Pronto los cuatro niños estuvieron sentados en la hierba, al sol, tejiendo cestas. Jack y Mike lo hacían tan bien como las niñas. Cuando el sol se puso, ya tenían una buena cantidad de cestas. Peggy las contó. Eran veintisiete.

—Si conseguimos venderlas todas, tendremos dinero más que suficiente para comprar todo lo que necesitamos —dijo Mike.

Se fueron a la cama muy pronto: así al día siguiente podrían madrugar. No tenían despertador, ni reloj de ninguna clase. Por eso el único modo de levantarse temprano era acostarse temprano. Como la noche era calurosa, durmieron al aire libre, bajo los árboles. Los ruidos de la noche ya no les molestaban. Se habían acostumbrado de tal modo, que ni un puerco espín que se paseara sobre ellos ni un murciélago que batiera las alas en sus mismas narices los despertarían.

Una noche, una diminuta araña tejió una tela desde la nariz hasta el hombro de Peggy, y cuando Nora se despertó y la vio se lo dijo a los chicos. A éstos les hizo mucha gracia y cuando despertaron a Peggy para explicárselo todo, ella no dio la menor importancia a la cosa.

—Las arañas dan suerte —dijo—. Veréis cómo hoy me pasa algo bueno.

Y así fue: minutos después encontró las tijeras que había perdido la semana anterior.

Todos se levantaron temprano, exactamente cuando salía el sol. Un pájaro que cantaba cerca de ellos no se asustó al verlos levantarse. A los cuatro les encantaban los pájaros. Después de cada comida, dejaban restos para ellos. Había uno tan atrevido, que se posaba en el hombro de Peggy, mientras la niña hacía la comida, cosa que consentía con gusto la cocinera.

Cuando los cuatro niños se estaban bañando en el lago, Peggy se acordó de otra cosa que necesitaban: una pastilla de jabón. La primera ya se había terminado, y era difícil lavar las cosas con arena. Jack se lo apuntó en la memoria. Con el jabón, eran ya veintiuna las cosas que tenía que

comprar.

—Mike y yo recogeremos rápidamente los champiñones —dijo Jack, mientras empujaba la barca—. Vosotras, Nora y Peggy, id por las fresas. A ver si tenéis preparado el desayuno cuando volvamos.

Poco después, los cuatro estaban atareadísimos. Mike y Jack iban recogiendo champiñones y echándolos en un saco. Entre tanto, en la isla, Nora y Peggy hacían lo mismo con las fresas. El fresal descubierto por Nora estaba rebosante de fresas rojas, jugosas y tan grandes como las de huerta.

—Puestas en las cestitas da gusto verlas —comentó Peggy.

Las niñas se habían llevado la mitad de las cestas, después de tapizar su interior con hojas de morera, sobre las que iban colocando las fresas cuidadosa y ordenadamente.

—Jack las podrá vender a diez pesetas la cesta —dijo Peggy—. A todo el que las vea se le hará la boca agua, y los compradores se las disputarán.

Las niñas llenaron doce cestas y luego fueron a encender el fuego. Después, Nora llevó la comida a las gallinas.

—Iré a ordeñar a Margarita —dijo Peggy—. Es ya la hora, y Jack y Mike no han regresado. Vigila lo que está en el fuego, Nora, y cuando hierva retira la cazuela.

Los chicos no tardaron en llegar, y mostraron orgullosos a las niñas los champiñones que habían recogido. Peggy había ordeñado ya a Margarita y les tenía preparado un delicioso té con leche. El bote del té estaba ya casi vacío, por lo que se decidió añadirlo a las cosas que Jack tenía que comprar.

Mientras Jack y Mike tomaban su desayuno de huevos revueltos con champiñones y fresas con nata, las niñas fueron colocando decorativamente los champiñones en las cestas vacías. Hubo champiñones para llenarlas todas, y aún sobraron.

Nora y Peggy llevaron las cestas a la barca; las colocaron y afirmaron en la popa y las cubrieron con hojas para que las moscas no se posaran en la mercancía.

Jack y Mike subieron a la barca. Habían acordado ir los dos juntos a la orilla del lago y separarse allí para que Jack fuera solo a vender las fresas y los champiñones y luego a comprar todo lo que les hacía falta. Un niño solo no llamaría la atención. Mike esperaría en la barca —bien escondida en alguna parte— a que Jack volviese. Nora y Peggy les prepararon para el viaje un almuerzo de pescado frito y leche pensando que Jack podía tardar varias horas en hacer todo su trabajo.



—Allí hay un buen sitio para dejar la barca —dijo Jack, mientras se iban acercando a la orilla, tanto, que ya veían el pueblo.

Un sauce cuya copa colgante llegaba hasta la misma superficie del lago formaba una especie de cueva vegetal. Mike condujo la barca hacia allí y atravesó la cortina de ramas. Jack saltó a la tierra.

—Desde aquí encontraré fácilmente el camino del pueblo —dijo a Mike—. Iré lo más aprisa que pueda.

Jack llevaba dos largos palos, en los que ensartó las cestas de fresas y champiñones. Así podía llevarlas fácilmente, sin peligro de que se le cayese ninguna. Pronto desapareció entre los árboles, y Mike se quedó en la barca, esperando impacientemente su vuelta.

En seguida encontró Jack el camino que conducía al pueblo. Recibió una gran alegría al ver que era día de mercado. En aquel pueblo había mercado todos los viernes, y éste era el día en que estaban.

«¡Estupendo! —pensó Jack—. Entre tanta gente, nadie se fijará en mí, y podré vender tranquilamente».

El niño entró en el mercado y se puso a pregonar a todo pulmón:

—¡Champiñones! ¡Fresas silvestres, dulces y jugosas!

Los que veían aquellos champiñones y aquellas fresas tan apetitosos y bien presentados, no podían menos de acercarse a comprar alguna cesta. Jack iba despachando la mercancía mientras entraban en sus bolsillos duros y pesetas. Estaba loco de contento: podría comprar infinidad de cosas.

Un rato después ya no le quedaba una sola cesta. La gente le felicitaba por la excelente calidad de su mercancía y muchos le pidieron que volviese. Jack se dijo que volvería. Era un buen modo de ganar dinero, que era lo que necesitaban para comprar todo lo que les hiciera falta.

Luego se fue de compras. Su primera adquisición fue un gran paquete de harina; la segunda, hilos de todos los colores para Peggy. Después compró velas, una buena cantidad de cajas de cerillas, una sartén y dos platos de plástico, al acordarse de que Peggy siempre se estaba quejando de que le faltaban platos. Compró también dos libros, dos lápices, una goma de borrar y un cuaderno de dibujo; y jabón, mantequilla, chocolate, té, arroz y un montón de cosas más, tantas que se preguntó si necesitaría un carro para poder llevarlo todo.

Cuando ya no pudo comprar nada más porque se le acabó el dinero, volvió al sitio donde le esperaba Mike, pensando en lo bien que lo iban a pasar la tarde deshaciendo los paquetes.

Mike le esperaba impaciente. Se alegró mucho al verlo llegar y lo ayudó a colocar las cosas en la barca. Acto seguido los dos empezaron a remar, rumbo a la isla.

## CAPÍTULO XV

### JACK ESCAPA DE MILAGRO

Los niños se divertieron lo indecible deshaciendo los paquetes. Mike ayudó a Jack a llevarlos a la playa, y Nora y Peggy los acompañaron, dando saltos de alegría.

—¡Harina! —exclamó Peggy—. ¡Huy, cuánta! Os podré hacer un sinfín de platos nuevos. ¡Y aquí están los hilos! ¡Qué bien!

—Y dos lápices para mí —gritó Nora—. ¡Y una goma de borrar! ¡Y un cuaderno de dibujo!

—¡Mantequilla y chocolate! —exclamó Peggy—. ¿Vendiste todas las fresas y todos los champiñones?

—Hasta la última cesta —respondió Jack—. Es más: me pidieron que volviera el viernes que viene. Así que ganaremos más dinero y podremos almacenar provisiones para el invierno. ¿Qué os parece?

—¡Magnífico, capitán! —exclamaron todos—. ¡Vamos a estar estupendamente! Tenemos velas para que no nos falte luz en toda la noche, comida abundante, libros para leer y chocolate para merendar.

—¿Has traído maíz para las gallinas? —preguntó Nora.

—Sí, aquí está —respondió Jack—. ¿Y qué te parecen esta sartén y estos dos platos, Peggy? He pensado que tal vez te hicieran falta.

—¡Oh, Jack! ¡Estás en todo! —exclamó Peggy—. Pero lo mejor será que ahora cenemos. Después seguiremos abriendo paquetes. Tú y Mike tendréis que construir unas cuantas estanterías en la casita para poner todo lo que has traído.

Hablando los cuatro a la vez, los niños se sentaron a cenar. Tenían conejo asado con guisantes, patatas y moras con nata. Jack, para celebrar sus compras, les dio a cada uno un buen trozo de chocolate. Todos se sentían felices, especialmente las niñas, que habían pasado el día solas y volvían a tener a su lado a Jack y a Mike.

Después de la cena y una vez fregados los cacharros, lo llevaron todo a la casita vegetal y encendieron el farol que colgaba del techo. Jack encendió otra vela para que se pudieran ver bien los tesoros que había comprado.

—¡Cuántas cerillas! —exclamó Mike—. Hay que guardarlas en algún sitio seco.

—¡Mira cuántos libros! —dijo Peggy—. Jack, nos los podrías leer en voz alta por las noches... *Robinsón Crusoe*, *Historias de la Biblia*, *El mundo de los animales* y *El libro de los aviones*. ¡Son fantásticos! Será divertido leer las aventuras de Robinsón Crusoe. El pobre estaba solo en una isla, igual que nosotros... A mí me parece que le podríamos enseñar unas cuantas cosas sobre la vida en una isla desierta.

Todos se echaron a reír. Y Jack dijo:

—Él también podría enseñarnos mucho.

Jack había hecho una buena compra. Incluso miel había traído. Y algo más importante: azúcar. El que tomaron de las granjas se había acabado, y les hacía mucha falta.

—Lo mejor es que ya no nos tendremos que preocupar de ahorrar provisiones —dijo Jack—,

pues iré todas las semanas a vender fresas y champiñones, y luego, a comprar lo que nos haga falta.

—¿Pero qué haremos cuando pase el tiempo de las fresas y de los champiñones? —preguntó Peggy.

—Entonces venderé moras y nueces —respondió Jack—. Valen menos, pero, aun así, cuando llegue el invierno tendremos bien llena la despensa. Teniendo harina, patatas, arroz, azúcar y las cosas más necesarias, nunca nos faltará comida. Margarita seguirá dándonos leche, y las gallinas continuarán poniendo huevos. El lago nos dará todo el pescado que nos haga falta y, de vez en cuando, cazaremos algún conejo. No nos podemos quejar.

—Jack, léenos algo —le rogó Nora—. Hace mucho tiempo que no me han leído ni contado cuentos ni novelas.

—Empezaré por *Robinson Crusoe*, ¿no? —dijo Jack—. Me parece el libro más adecuado en estos momentos... Oye, Nora, ¿sabes leer?

—Sí, pero... la verdad: no lo hago muy bien.

—Escuchad: lo mejor será que cada noche lea uno de nosotros en voz alta —dijo Jack—. Así no olvidaremos lo que ya hemos aprendido. Esta noche leeré yo. Mañana te tocará a ti, Nora.

Y Jack, a la luz de las dos velas, empezó a leer la historia de Robinson Crusoe. Sus tres amigos estaban echados en la hierba, escuchándole, cautivados por la interesante historia. Cuando Jack cerró el libro, todos suspiraron, como para librarse de su tensión.

—¡Qué bonito! —dijo Peggy—. ¡Oh! Cómo me gustaría escribir un libro sobre nuestras aventuras en esta isla. ¡Sería emocionante!

—Nadie te creería —comentó Nora, echándose a reír—. Sin embargo, todo sería cierto. Pues aquí estamos los cuatro, viviendo la vida de bien, comiendo cuanto queremos y pasándolo como nunca, en esta isla que nadie conoce.

Al día siguiente, Jack y Mike construyeron una estantería de madera para colocar lo que habían comprado el día anterior. Lo pasaron tan bien como de costumbre. Cuando la estantería estuvo instalada y todo colocado en ella, se dedicaron a ver las cosas que todavía necesitaban.

—De ahora en adelante tendremos que llevar la cuenta exacta de los días que van pasando —dijo Jack—. No quiero que se me escape ningún viernes, que es el día de mercado en el pueblo. En el mercado se pagan mejor las cosas.

Así, pues, al viernes siguiente se dieron un nuevo madrugón y se dedicaron a recoger fresas y champiñones para colocarlos en las cestas que habían tejido el día anterior. Dos o tres horas después, Jack y Mike cargaban las cestas en la barca y partían.

Durante tres o cuatro semanas, Jack siguió yendo todos los viernes al mercado y comprando provisiones para el invierno. De acuerdo con Mike, habían decidido guardarlas en la cueva de la colina, donde las tendrían más a mano, ya que pensaban vivir allí durante el invierno.

Las semanas fueron pasando. Desaparecieron los champiñones y las fresas empezaron a escasear. Los niños tuvieron que pensar en otros productos. Se dedicaron a hacer caer las nueces de un enorme nogal que había en la isla, y que por cierto eran de excelente calidad, y a recoger moras en los zarzales de la colina. Así que, en vez de fresas y champiñones, Jack llevaba al

mercado nueces y moras.

Pronto lo conoció todo el mundo en el mercado. La gente tenía curiosidad por saber de dónde llegaba aquel niño, pero Jack no daba detalles sobre este particular.

—Vivo junto al lago —respondía cuando le preguntaban de qué pueblo era.

Todos creían que se refería a la orilla del lago. No podían suponer que aquel niño viviese en una isla, y, naturalmente, Jack no los sacaba de su error.

Pero un día Jack vio en el mercado a un policía. Le extrañó, pues nunca había visto policías en aquel lugar. El pueblo era demasiado pequeño para tener comisaría, y la más próxima estaba a siete kilómetros de distancia. Le dio un vuelco el corazón. ¿Le habría dicho alguien a aquel agente que en el mercado había un niño sospechoso? A lo mejor, la misión del policía era averiguar si se trataba de uno de los niños que habían desaparecido. Jack empezó a recoger sus cosas para marcharse, aunque sólo había vendido la mitad de las cestas.



—¡Oye, muchacho! —le gritó el policía—. ¿De dónde eres?

—Vivo junto al lago y vengo al mercado a vender nueces y moras —respondió Jack, sin acercarse al agente.

—¿Te llamas Mike? —le preguntó el policía.

Ya no había duda: alguien le había dicho que Jack podía ser uno de los niños desaparecidos, y él estaba allí para averiguarlo.

—No, no me llamo Mike —respondió Jack, con toda la candidez que supo fingir—. ¿Quiere nueces, señor policía?

—No —respondió el agente, sacando del bolsillo un sobre y de este una fotografía que observó atentamente—. Ven, muchacho. Me parece que tú eres uno de los cuatro niños desaparecidos. Acércate.

Jack se puso pálido. Si el policía tenía una foto suya, no había salvación para él. De pronto, tiró al suelo los palos de los que colgaban las cestas y echó a correr entre la multitud. Algunos trataron de detenerle, pero Jack consiguió escabullirse.

Al doblar una esquina vio un jardín, entró en él, dio la vuelta a la casa que había en el centro y llegó a la parte de atrás, donde había un gallinero. Sin pensarlo, abrió la puerta y se escondió en un montón de paja, donde permaneció sin apenas atreverse a respirar. No había gallinas en aquella parte del gallinero, lo que fue una suerte para él, pues las gallinas se habrían asustado al verle y lo

habrían delatado con su cacareo.

Jack oyó inmediatamente ruido de pasos y gritos. Sus perseguidores se acercaban. Se hundió más aún en la paja y pidió al cielo que nadie le hubiese visto entrar en el jardín.

El grupo que lo perseguía pasó de largo y sus voces y el ruido de sus pasos se fueron apagando y al fin dejaron de oírse. ¡No lo habían visto! Jack respiró. Aún le duraba el sobresalto. Su corazón latía velozmente.

Permaneció todo el día en el gallinero, sin atreverse a salir. Tenía hambre y sed y le dolía todo el cuerpo, pero sabía muy bien que si dejaba su escondrijo podían verle. Tendría que estar allí hasta que oscureciera. Se preguntó qué pensaría Mike. También Nora y Peggy estarían impacientes.

Al cabo de un rato apareció una gallina, se introdujo en su ponedero y puso un huevo. Otra hizo lo mismo inmediatamente. Jack tembló al pensar en lo que sucedería si alguien iba a recoger los huevos antes del anochecer.

Habría transcurrido una hora, cuando se abrió la puerta del gallinero. Alguien venía a recoger los huevos. Afortunadamente, era ya tarde y en el interior del gallinero apenas había luz. Por el hueco de la puerta apareció una cabeza y luego una mano que fue recorriendo los ponederos y sacando los huevos. Luego la puerta se volvió a cerrar. ¡No lo habían visto! Menos mal que se le había ocurrido esconderse en aquel rincón alejado de los ponederos.

Dentro del gallinero el olor era insoportable. Jack estaba ya cansado de permanecer encogido y se sentó en la paja. Sabía muy bien que con su huida había demostrado al agente que era uno de los cuatro niños desaparecidos y que todos los habitantes de los alrededores se dedicarían a buscarlo. Y también podría ocurrir —y esto sería lo peor— que se les antojase registrar la isla.

«Pero —se dijo Jack— si no hubiese huido, me habría detenido y obligado a decirle dónde estaban los demás. Si puedo llegar al sitio donde me espera Mike, volveremos a la isla sin pérdida de tiempo y empezaremos a esconderlo todo en seguida y a prepararnos para que no nos encuentren».

Cuando oscureció y las gallinas fueron llegando en busca de los sitios donde pasaban las noches, Jack abrió la puerta y salió. Estuvo escuchando unos momentos, pero sólo oyó el ruido que hacía una mujer de la casa al fregar los cacharros de cocina.

Se deslizó silenciosamente hasta la puerta de la casa, salió a la calle, miró en todas direcciones para cerciorarse de que nadie acechaba y echó a correr hacia el lugar en el que le esperaba Mike con la barca.

Pero ¿seguiría esperándole Mike? ¿No podía haber ocurrido que, buscándole a él, a Jack, hubieran encontrado la barca y a Mike en ella? ¿Cómo se las arreglaría en este caso para volver a la isla?

Jack se sobrepuso a sus temores y siguió corriendo hacia el lago. Nadie pudo verlo. Era ya de noche, y la luna aún no había salido. A través de la arboleda, Jack llegó a la orilla del lago.

Su corazón saltó de alegría cuando dijo la voz de Mike:

—¿Eres tú, Jack? ¡Cuánto has tardado! ¿Qué ha ocurrido?

## CAPÍTULO XVI EMPIEZA LA BUSCA

Jack subió rápidamente a la barca.

—¡Rema, Mike, rema! —le apremió—. Por poco me detienen. Si alguien nos ve, pronto darán con nuestra isla y con todos nosotros.

Mike se alarmó y empezó a remar con todas sus fuerzas. Le horrorizaba la idea de que los capturasen y los devolvieran a la granja de sus tíos. Esperó a que Jack recobrase el aliento y empezó a hacerle preguntas sobre lo sucedido. Jack se lo contó y Mike no pudo contener una sonrisa al pensar en Jack escondido en un gallinero. Pero se estremeció al imaginarse lo que habría sucedido si llegan a detenerlo.

—Se acabó nuestro próspero comercio —dijo Jack, tristemente—. Nunca volveré a ese pueblo donde todos me buscan y me buscarán. ¿Por qué no podrá irse uno donde se le antoje? No hacemos daño a nadie viviendo felices en nuestra isla.

Al cabo de un rato, Jack ayudó a Mike a remar, y al fin llegaron a la isla. En este preciso momento, empezaba a salir la luna. Las niñas estaban en la playa, sentadas junto al fuego, esperándoles con impaciencia.

—¡Jack! ¡Mike! —gritó Nora. Y corrió a abrazarlos, casi llorando de alegría—. Creíamos que no volveríais nunca. Hemos pensado las cosas más horribles. Estábamos convencidas de que os habían atrapado.

—Ha faltado muy poco —dijo Jack.

—¿Dónde está lo que has comprado? —preguntó Peggy.

—No he comprado nada —respondió Jack—. Sólo había vendido unas cuantas cestas cuando me sorprendió un policía. Tengo el dinero de las cestas vendidas, pero ¿para qué sirve el dinero en esta isla donde no podemos comprar nada?

Jack refirió a las niñas su aventura con todo detalle sentado junto al fuego y tomando un vaso de leche caliente. Estaba hambriento, pues no había comido en todo el día, y las niñas le hicieron un plato de arroz, dos truchas y un huevo duro.

Todos estaban preocupados. Pensaban en el peligro que los amenazaba. Nora era la que más miedo tenía. Consiguió no echarse a llorar, pero no pudo impedir que se le humedecieran los ojos. Jack lo notó y le puso la mano en el hombro.

—No seas tonta —le dijo—. La cosa no es tan grave. Ya tenemos un plan y, si llevamos cuidado, será muy difícil que nos encuentren... Pero ahora estamos fatigados y lo vemos todo negro. Vámonos a la cama. Mañana hablaremos de la situación.

Todos obedecieron y se fueron a dormir. Jack se desnudó y se envolvió en su manta, diciendo que estaba impregnado de olor a gallina. Peggy le prometió lavarle la ropa a la mañana siguiente. Tardaron en dormirse, pues cada vez que uno u otro preguntaba o decía algo, todos empezaban a hablar de nuevo.

—Oíd: desde este momento queda terminantemente prohibido decir una sola palabra —ordenó enérgicamente Jack.

—A sus órdenes, capitán —dijeron los tres hermanos.

Y nadie volvió a abrir la boca.

A la mañana siguiente, madrugaron. Todos recordaban lo sucedido el día anterior. No tenían ganas de cantar, de gritar ni de gastarse bromas unos a otros. Peggy preparó el desayuno, Jack se puso el abrigo y fue a ordeñar a Margarita, Mike se encaminó al riachuelo para hacer provisiones de agua y Nora les llevó la comida a las gallinas. Luego se desayunaron todos en silencio.

Cuando las niñas terminaron de fregar los platos y Peggy de lavar y tender la ropa de Jack, los niños se reunieron en conferencia.

—Lo primero que debemos hacer es establecer turnos de vigilancia para que siempre haya alguien en la colina inspeccionando el lago —dijo Jack—. Desde allí, el que vigile podrá ver a cualquiera que se acerque a la isla con tiempo suficiente para dar la voz de alarma y arreglarlo todo.

—¿Haremos también guardia durante la noche? —preguntó Nora.

—No —respondió Jack—. No creo que venga nadie de noche. Podemos dormir tranquilos. Además, si vienen, no lo harán hasta que hayan registrado bien toda la orilla del lago, en lo que tardarán varios días.

—Como no vamos a ir a tierra durante algún tiempo —dijo Mike—, yo creo que debemos hacer un buen boquete a la barca para que se hunda. Aunque está bien escondida, podrían encontrarla. Si la hundimos, no la encontrarán por mucho que busquen.

—Buena idea, Mike —dijo Jack—. De ahora en adelante todas las precauciones serán pocas. La hundiremos esta misma mañana. Cuando la necesitemos podremos ponerla a flote y repararla fácilmente. Peggy, tú te cuidarás de hacer desaparecer todo aquello que pueda revelar que hay habitantes en esta isla. Mira, ahí hay una hebra de hilo. Eso sería una pista para los que puedan venir aquí en nuestra busca.

—Ahora mismo me ocuparé en eso, Jack —dijo Peggy.

—Tenemos que llevarlo todo a la cueva —dijo Jack—. Dejaremos fuera sólo lo que necesitemos para cocinar: una cazuela, una sartén y los platos. Eso se puede esconder en el último momento. Tendremos un par de velas en la casa y dormiremos en ella hasta que nos traslademos a la cueva.

—¿Qué hacemos del gallinero? —dijo Nora—. Las gallinas llevan ya muchos días en él y está tan sucio como suelen estar todos los gallineros.

—Es verdad —dijo Jack—. Bueno, tan pronto como tengamos que escondernos, Mike arrancará la cerca y la guardará en la casita. Luego esparcirá tierra y hierbas por el suelo para cubrir todos los residuos que hayan dejado las gallinas. Menos mal que has pensado en esto, Nora.

—Por suerte —dijo Peggy—, aunque hayamos de estar escondidos varios días, tenemos comida de sobra.

—¿Pero qué haremos con Margarita? —preguntó Mike—. En la cueva no hay comida para ella y las vacas comen mucho.

—Tendremos que llevarla a pacer cuando se haga de noche —dijo Jack—. Otra cosa, Peggy: no enciendas el fuego hasta el momento de hacer la comida, y apágalo tan pronto como termines

de hacerla. Al ver el humo sabrían que hay gente aquí.

—¿No os parece que debemos llegarnos a la colina? —propuso Mike—. El sol está ya bastante alto y conviene que empecemos en seguida a vigilar.

—Tienes razón —dijo Jack—. Tú harás la primera guardia, Mike. Te avisaré cuando tengas que bajar. Nos turnaremos durante todo el día. Mira en todas direcciones, pues no sabemos por dónde pueden llegar, aunque lo más probable es que vengan del pueblo en que me vieron ayer.

Mike subió a la colina y se sentó en la cumbre. El lago estaba en calma y sus aguas eran de un azul purísimo. Ni un cisne, ni siquiera un somormujo, turbaban esta quietud infinita. A pesar de que no se distinguía ninguna embarcación, Mike siguió vigilando atentamente.

Jack y las niñas trabajaban sin descanso. Lo iban trasladando todo a la cueva de la colina y lo almacenaban cuidadosamente. Nora puso junto al gallinero el saco en que habría de transportar las gallinas cuando llegase el momento, y formó un buen montón de arena. Así Mike la tendría a mano para esparcirla cuando quitase la cerca. Nora trabajó de lo lindo. Ya no era la niña perezosa que fastidiaba a los demás. El incidente de las gallinas había sido para ella una buena lección y hacía ya las cosas tan bien como cualquier otro.

Al cabo de un rato, Jack fue a relevar a Mike, el cual se encargó de hundir la barca. Le hizo un buen boquete y el viejo bote desapareció rápidamente: el agua se lo había tragado. Así nadie lo podría encontrar.

Peggy seguía buscando todo aquello que pudiera delatarles. No encontró muchas cosas, pues los niños se habían acostumbrado a limpiarlo todo después de las comidas y cada vez que terminaban de jugar. Enterraban las cáscaras de huevo, y la comida que sobraba se la daban a las gallinas. Lo único que podía quedar en el suelo era alguna hebra de hilo que el viento se había llevado.

La guardia siguiente correspondió a Peggy, y a ésta la relevó Nora. Empezaba a oscurecer, y como no había nada que vigilar, ya que la soledad era absoluta en el lago, Nora tomó el lápiz, abrió el cuaderno y se dedicó a dibujar el paisaje. Así, el tiempo pasó para ella más de prisa. Peggy se había entretenido cosiendo. Nunca le faltaba trabajo de aguja, pues era frecuente que se les enganchara la ropa entre los zarzales. De vez en cuando dirigía una mirada al lago, pero no vio nada de particular.

La última guardia le tocó a Mike, y cuando ya iba a bajar de la colina, pues era la hora de la cena, vio a lo lejos algo que avanzaba hacia la isla. Forzó la vista cuanto pudo. ¿Sería una barca? Empezó a dar voces.

—¡Jack! ¡Ven en seguida! Veo algo. ¡A lo mejor es una barca!

Todos subieron corriendo a la colina. Jack observó atentamente aquel punto que se movía sobre la superficie del lago.

—No creo que sea una barca. Es una cosa más pequeña.

—Y negra —dijo Nora—. ¿Qué será? Lo que importa es que no vengan por nosotros.

Los niños siguieron observando hasta sentir cansancio en los ojos. Y al fin vieron que no se trataba de una barca.

—¡Es aquel cisne negro que vimos el otro día! —exclamó Jack, lanzando una estrepitosa

carcajada—. ¡Vaya susto nos ha dado! Miradlo. ¿Verdad que es precioso?

Los niños contemplaron el maravilloso cisne que se deslizaba majestuosamente por el lago, produciendo un ruido singular con sus grandes alas. Nora se puso colorada al recordar el susto que se había llevado al oír la reciente pelea de varios cisnes, pero nadie le gastó broma alguna sobre ello. Estaban tan contentos al ver que no era una barca lo que se acercaba, que nadie pensó en divertirse burlándose de Nora.

—Se acabaron las guardias hasta mañana —dijo Jack.

Bajaron a la playa, donde se sentaron a cenar junto al fuego, mucho más contentos que la noche anterior. A lo mejor, nadie iría a la isla a buscarlos, y en caso de que alguien fuera, ya estaban preparados para que no los encontrasen.

Al día siguiente y al otro continuó la vigilancia por turno. El tercer día, Nora, durante su guardia, vio gente a la orilla del lago, entre los árboles, y avisó a Jack, que llegó en seguida.

—Tienes razón, Nora —dijo Jack después de observar la lejana orilla—. Allí hay gente, y, al parecer, buscan algo o a alguien.

Después de estar un rato observando, llamaron a los demás. Peggy ya había apagado el fuego, de modo que no era posible que desde la orilla del lago viesan humo en la isla. Los cuatro se escondieron en un espeso matorral, y desde allí observaron la orilla atentamente.

—Como veis —dijo Jack—, ya han empezado a buscarnos. Antes de dos días los tendremos aquí. Así que mucho cuidado.

—Ya estamos preparados —dijo Peggy—. ¡Ojalá viniesen ahora mismo, si tienen que venir! No me gusta nada esta angustiada espera. Hasta me duele el estómago.

—También a mí —dijo Mike—. Quisiera tener una botella de agua caliente para aplicármela al estómago.

Todos se echaron a reír. Siguieron vigilando durante un buen rato, y luego los tres hermanos bajaron de la colina, dejando a Jack en el puesto de guardia.

Pasaron dos días sin que sucediera nada de particular, aunque los niños vieron más de una vez que grupos de personas recorrían la orilla del lago batiendo los matorrales con largas varas. Era evidente que los estaban buscando.

Al día siguiente, Mike hizo la primera guardia mientras Nora daba de comer a las gallinas y Jack ordeñaba a Margarita.

¡De pronto, Mike vio algo! Sí, algo se movía en el agua cerca de la orilla del lago, exactamente donde Jack y él habían dejado la barca para que Jack fuera a vender las fresas y los champiñones. ¡Era una barca! Sí, esta vez no había duda: era una barca, y no pequeña.

Mike llamó a Jack y a sus hermanas. Todos acudieron a gran velocidad.

—Sí —dijo Jack inmediatamente—. Esta vez es seguro: se trata de una barca y en ella van cuatro personas. ¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! Esa barca sólo puede dirigirse a un sitio, y ese sitio es esta isla. ¡Valor, y cada cual a su trabajo!

Los cuatro empezaron a trabajar con ardor. Jack fue en busca de Margarita y Mike a recoger las gallinas. Peggy enterró las cenizas del fuego y se llevó la cazuela, la sartén y los platos. Nora se apresuró a tapar las lechugas y los guisantes con manojos de hierbas. ¿Se habrían acordado de

todo? ¿Estaría todo bien escondido cuando los tripulantes de la barca llegaran a la isla secreta?

## CAPÍTULO XVII

### REGISTRO EN LA ISLA SECRETA

Cuando se convencieron de que aquella gente se acercaba a la isla dispuesta a registrarla, los niños se alegraron de tener que llevar a la práctica sus proyectos, pues durante los largos días de espera se habían aburrido mucho. Lo tenían todo tan bien estudiado, que el plan funcionó como un mecanismo de relojería. A Margarita, la vaca, no le sorprendió lo más mínimo que Jack la condujese en dirección a la cueva y se dejó llevar como un cordero, sin mugir ni una sola vez.

Jack consiguió hacerla pasar una vez más por el estrecho pasadizo y la dejó comiéndose tranquilamente una sabrosa col. Luego decidió ir a ver si podía ayudar a sus compañeros. Antes de salir de la cueva borró cuidadosamente las huellas de Margarita, y, ya fuera, colocó unas hierbas ante la entrada, para que pareciese que por allí no había pasado nadie.

En este momento llegó Mike con las gallinas. Jack se quedó con el saco. Mike entró arrastrándose por la boca de la cueva estrecha, pues ya se había convenido que los únicos que entrarían por la cueva grande fueran Jack y la vaca.

Jack le dio el saco de las gallinas y Mike se internó, andando a gatas. Así llegó a la cueva interior, en la que le esperaba Margarita. A las gallinas no les hizo ninguna gracia que las llevaran a la cueva, pues no les gustaba la oscuridad, y armaron un gran escándalo. Pero Mike las sacó del saco, les dio un poco de maíz, y esto fue suficiente para que se tranquilizaran y callasen. Jack iluminaba ya la cueva con el farol. Mike pensó que debía quedarse allí para que las gallinas no se escaparan; así que se sentó en el suelo, mientras el corazón latía sin freno, para esperar a que llegaran los demás. Éstos fueron apareciendo uno tras otro, cargados con todo lo que tenían que esconder. Todos habían hecho su trabajo a la perfección y estaban cansados. Tenían las mejillas coloradas y sus corazones latían con violencia.

—Aún no han llegado a la isla —dijo Jack—. Acabo de echar un vistazo y están a unos cien metros de nuestra playa. ¿Os habéis olvidado de algo?

Los niños repasaron mentalmente y en silencio cuanto habían hecho. La barca estaba hundida; la vaca y las gallinas, en la cueva; el fuego, apagado y cubierto de tierra. Habían llevado la cerca del gallinero a la casita y tapado con hierbas las lechugas y los guisantes. El cubo para ordeñar a Margarita estaba ya en la cueva.

—Lo hemos hecho todo —dijo Peggy.

Pero, de pronto, Mike se levantó de un salto, visiblemente inquieto.

—¡Mi gorra! —exclamó—. ¿Dónde estará? ¡Si la llevaba puesta! ¡Me la debo de haber dejado en algún sitio!

Jack y las niñas palidecieron. La gorra no estaba en la cabeza de Mike ni en la cueva.

—Esta mañana la llevabas puesta —dijo Peggy—. Recuerdo que me fijé en ella y pensé que estaba vieja y sucia ¡Oh, Mike! ¿Dónde te la habrás dejado? Procura recordarlo: es muy importante.

—Eso puede dar a nuestros perseguidores una pista segura para descubrirnos —dijo Jack.

—Tengo tiempo, aunque muy justo, para buscarla —dijo Mike—, y voy a hacerlo.

Rápidamente y andando a gatas, atravesó la estrecha boca de la cueva y salió a la luz del día. Desde donde estaba podía ver la barca, aún lejos de la orilla. Bajó corriendo de la colina a la playa y empezó a buscar. Miró alrededor del gallinero, en la orilla del riachuelo y por todas partes. Pero la gorra no aparecía.

De pronto se acordó de que también había estado en la casita vegetal para guardar la cerca del gallinero. A través de la barrera de arbustos, se dirigió a la casa. Allí, junto a la puerta, estaba la gorra. Se la guardó en el bolsillo y echó a correr hacia la cueva. Exactamente cuándo penetraba por la estrecha boca de la cueva, oyó desembarcar a sus perseguidores. ¡Ya habían llegado!

Se internó en la cueva. Jack y las niñas estaban ya impacientes.

—¿La has encontrado, Mike? —le preguntaron todos.

—Sí, por suerte —repuso Mike, sacando la gorra del bolsillo—. Pero no la habrían encontrado: estaba en nuestra casita, adonde nadie puede llegar. De todos modos, me alegro de haberla encontrado; de lo contrario, habría estado todo el día preocupado por su desaparición. La barca ya está en la playa. He oído desembarcar a los tripulantes: son cuatro hombres.

—Me preocupa el pasadizo que va desde la cueva interior a ésta —dijo Jack—. Si lo encuentran, seguro que nos descubrirán. Yo creo que debemos obstruirlo con piedras. Así, si alguien lo ve e intenta recorrerlo, habrá de detenerse al llegar al montón de piedras, y no se imaginará que ese pasadizo desemboca en otra cueva.

—Buena idea, Jack —dijo Mike—. La estrecha boca por la que hemos entrado no nos debe preocupar, pues ninguna persona mayor puede pasar por ella. ¡Hala! ¡Todos a buscar piedras y tierra para bloquear el pasadizo! Los cuatro trabajaron con afán, y, media hora después, el pasadizo estaba obstruido de tal modo, que nadie podía suponer que continuaba tras el montón de piedras y tierra, materiales que sería fácil quitar cuando hubiera pasado el peligro.

—Voy a asomar la cabeza. A lo mejor oigo o veo algo —dijo Jack, y se dirigió a gatas a la boca de la cueva.

Los perseguidores estaban registrando la isla. Jack oyó sus voces.

—¡Alguien ha estado aquí! —exclamó uno de ellos—. Mira, aquí ha habido fuego.

—Seguramente, eso es obra de los excursionistas —dijo otro—. Aquí hay latas de conservas vacías y un vaso de cartón: precisamente las cosas que dejan los excursionistas por donde pasan.

—¡Eh, mirad este arroyo! —gritó un tercero—. Yo creo que aquí ha habido gente.

Jack hizo una mueca de disgusto. ¿Habrían dejado alguna huella?

—Pues si esos niños están aquí, los encontraremos —dijo una cuarta voz—. No me explico cómo han podido vivir aquí, solos, sin más comida que la que compraba ese chiquillo en el pueblo.

—Voy a explorar el otro lado de la isla —dijo el primero que había hablado—. Ven, Tom. Tú darás la vuelta a la colina por esa parte y yo iré por el lado contrario. Por mucho que se escondan, daremos con ellos.

Jack se alegró de estar en aquella cueva donde se sentía a salvo. Permaneció asomado hasta que lo llamaron desde dentro.

—¡Jack! Se les oye, ¿verdad? —preguntó Mike, y añadió—: ¿Todo va bien?

—Hasta ahora, sí; no os preocupéis —respondió Jack—. Están buscando por todas partes, pero sólo han encontrado algunas huellas junto al arroyo. Estaré aquí un poco más por si oigo algo interesante.

La busca proseguía, pero los buscadores no encontraban ninguna pista. Los niños lo habían ocultado todo perfectamente. Sin embargo, cuando Jack iba a entrar en la cueva, oyó gritar a uno de los hombres:

—¡Oye! ¡Mira! ¿Qué te parece esto?

Jack se preguntó qué habría encontrado aquel hombre. Y era que había apartado las hierbas que ocultaban el suelo del gallinero y había quedado al descubierto la arena recién extendida.

—Parece ser que aquí ha habido algo —dijo—. Pero vaya usted a saber qué. Hay que procurar encontrarlos. Sin duda son muy listos: han borrado todas sus huellas.

—Daremos una buena batida entre la maleza —dijo el otro—. Quizás estén escondidos en algún matorral. Esto es lo más probable.

Jack no tardó en oír los golpes que los buscadores daban a matas y arbustos, registrándolo todo palmo a palmo, con la esperanza de encontrar a los niños. Pero, naturalmente, no dieron con ellos.

Jack volvió al interior de la cueva y explicó a los tres hermanos lo que había oído. Mike y las niñas se asustaron al saber que habían descubierto el gallinero, a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo.

—Ya es hora de que tomemos un bocado —dijo Peggy—. Claro que aquí no podemos encender fuego, porque el humo nos ahogaría, pero tenemos un poco de pan que hice ayer, fresas, pastelillos y toda la leche que queramos.

Se sentaron a comer, pero ninguno de ellos dio muestras de tener apetito. Margarita estaba echada con toda tranquilidad, y las gallinas iban y venían nerviosas, extrañadas de verse en un sitio tan oscuro, pero también contentas de estar con los niños.

Cuando acabaron de comer, Jack volvió a su puesto de observación, donde se sentó, aguzando el oído. Los hombres que los buscaban no salían de su asombro. Se habían sentado en el suelo, cubierto de hierba, de la colina, y comían bocadillos y bebían cerveza.

—Quizás hayan estado en la isla esas malditas criaturas —dijo uno de ellos—, pero estoy seguro de que ya se han ido.

—Lo hemos registrado todo palmo a palmo y no hemos encontrado a ninguno de ellos —dijo otro—. Por eso soy de tu opinión: los niños han estado aquí... ¿Quién, si no, ha plantado esos guisantes?... Pero ya no están. Sin duda ese chico al que vio el policía dio la voz de alarma y se fueron todos en su barca.

—¡Su barca! —exclamó otro—. Detalle importante. Si los niños estuviesen aquí, habríamos encontrado su barca. Y como no la hemos encontrado, es prueba de que no están.

—Exacto —dijo el cuarto hombre—. No se me había ocurrido pensar en eso. Si no hay barca, tampoco hay niños. ¿No os parece que debemos volver a tierra firme? Es inútil seguir buscando.

—Nos falta mirar en un sitio —dijo uno—. En la colina hay varias cuevas. Quizá se hayan escondido en una de ellas.

—¡Cuevas! —exclamó otro—. ¡El sitio ideal para esconderse! Vamos a registrarlas. ¿Dónde

están?

—Ahora os enseñaré el camino. ¿Habéis traído alguna vela?

—No, pero sí varias cajas de cerillas. De todos modos, si no está la barca, tampoco están ellos ni en las cuevas ni en ningún otro sitio.

—Piensa que una barca se puede hundir fácilmente; una vez hundida, ¿quién la encuentra?

—A un niño no se le puede ocurrir eso —replicó otro.

—Es verdad —admitió el primero.

Jack, que lo estaba oyendo todo, dio mentalmente las gracias a Mike por haber tenido la idea de hundir la barca. De lo contrario, era seguro que los habrían descubierto, pues la busca había sido mucho más minuciosa de lo que él, Jack, había supuesto. Hasta los guisantes habían encontrado.

—Vamos —dijo uno de los desconocidos—. Registremos las cuevas, aunque me parece que perderemos el tiempo. Esos chicos deben de estar ya a muchos kilómetros de aquí, en algún sitio de la orilla del lago.

Andando a gatas y sintiendo los desenfrenados latidos de su corazón, Jack volvió al lado de sus compañeros.

—Como no han encontrado la barca, creen que no estamos en la isla —les dijo—. Pero, de todos modos, vienen a registrar las cuevas. Apaga el farol, Mike. Ahora tenemos que estarnos quietos como estatuas. ¿Está echada Margarita? Estupendo. Veo que las gallinas están también tranquilas. Deben de creer que ya es de noche. Que nadie tosa ni estornude. Nuestra suerte depende de lo que ocurra en las dos horas próximas.

Un segundo después, en el interior de la cueva no se oía ni el ruido más leve. Margarita estaba echada e inmóvil como una piedra, las gallinas dormitaban y los niños permanecían sentados en silencio.

No tardaron en oír a sus perseguidores en la cueva interior. Luego oyeron el ruido de una cerilla al encenderse, y pronto comprendieron que aquellos hombres habían encontrado el pasadizo que conducía al lugar en que ellos estaban.

—Mira, Tom —dijo uno de los hombres—. Esto parece un pasadizo. ¿Quieres que veamos hasta dónde llega?

—Sí, vamos a verlo —repuso Tom.

¡Y los niños oyeron inmediatamente ruido de pasos en el corredor subterráneo que acababan de obstruir!

## CAPÍTULO XVIII

### TERMINA LA BUSCA

Los cuatro niños estaban tan quietos, que parecían petrificados. Ni siquiera parpadeaban, y contenían la respiración. Pero sus corazones palpitaban con tal violencia, que Jack pensó que los latidos debían de oírse desde muy lejos.

Pronto oyeron el ruido de un cuerpo que se deslizaba, arrastrándose, por el estrecho pasadizo. Avanzar así debía de serle muy difícil, pues los niños oían perfectamente sus resoplidos y sus jadeos. Al fin llegó hasta el punto donde los niños habían bloqueado el pasadizo con piedras.

—¡Oíd! —dijo entonces el hombre que exploraba el pasadizo a los que le esperaban fuera—. El pasadizo termina aquí. Hay trozos de roca amontonados. Por lo visto, ha habido algún desprendimiento. ¿Queréis que quite las piedras para ver si hay algo detrás?

—¿Para qué perder el tiempo? —respondió una voz—. Si tú no puedes pasar, tampoco habrán podido ellos. Sal. En estas cuevas no hay nadie. ¡Hala! ¡Vámonos!

El hombre dio media vuelta, no sin grandes dificultades, y se dirigió a la salida. Pero en este momento sucedió algo espantoso.

¡Margarita, la vaca, mugió con todas sus fuerzas!

Este mugido inesperado dio un susto tremendo a los cuatro niños, que se asieron unos a otros, diciéndose que no tardarían en estar en manos de sus perseguidores. Tras un largo silencio, uno de los hombres preguntó:

—¿Habéis oído?

—¡Claro! —exclamó otro—. ¿Qué habrá sido eso?

—Desde luego no lo ha hecho un niño —dijo el primero, lanzando una carcajada—. Por lo menos, yo nunca he oído a ningún niño bramar de ese modo.

—A mí me ha parecido una vaca —dijo el llamado Tom.

—¿Una vaca? —exclamó el primero—. ¡Qué ocurrencia! ¡No pretenderás hacerme creer que ahí dentro hay una vaca!

—Desde luego, es imposible —reconoció Tom, echándose a reír—. Pero ¿qué le vamos a hacer si me ha parecido una vaca? Escuchemos. A lo mejor oímos esa voz extraña otra vez.

Hubo un largo silencio. Los cuatro hombres escuchaban. De pronto, Margarita, como si no quisiera defraudarlos, lanzó un tremendo mugido que el eco transformó y repitió varias veces.

—Esto no me gusta nada —dijo uno de los hombres—. ¡Es un ruido tan raro! ¡Salgamos de aquí! Después de haber oído ese bramido aterrador, estoy seguro de que esos niños no están en las cuevas. Si estaban, se habrán marchado ya muertos de miedo.

Jack, alborozado, le dio un golpecito con el codo a Nora. Margarita había asustado a aquellos hombres. ¡Graciosísimo! Los niños seguían sin hacer el menor movimiento, pero se regocijaban al pensar que un mugido de Margarita había asustado a sus perseguidores.

Se oyó un rumor de pasos, y luego las voces de los hombres en el exterior.

—Inspeccionaremos las otras cuevas —dijo uno de ellos—. Mirad, ahí hay una.

—Es la cueva en que pusimos las gallinas —susurró Jack—. No tiene ningún pasadizo que la

comunique directamente con ésta. ¡Que la exploren todo lo que quieran!

Los cuatro hombres la registraron de un extremo a otro y, al no ver ningún pasadizo, pronto volvieron a salir. Después vieron la cueva de boca estrecha, aquélla en que estaban los niños. Pero en ella no podía entrar ninguna persona mayor. Así que, después de intentarlo en vano dos o tres veces, los hombres se dieron por vencidos.

—Por ahí sólo pueden entrar los conejos —dijo uno.

—Un niño sí que podría —replicó otro.

—Mira, Tom, ya estoy harto de esta maldita isla. Si aquí hay un solo niño, me como el sombrero, y sin sal. No hemos visto ninguna barca; no tenemos pruebas de que estén aquí. Los guisantes puede haberlos traído algún pájaro, y el fuego, algún excursionista. No creo que esos niños hayan tenido la astucia necesaria para vivir aquí una serie de días y luego desaparecer sin dejar rastro. No, los niños no son tan inteligentes.

—Es verdad —dijo Tom—. Bueno, vámonos. Ya estoy harto de esta isla y no quiero volver a oír esos extraños alaridos. Cuanto antes volvamos a casa, mejor. ¿Dónde se habrán metido esos chiquillos? ¡Lástima que no los hayamos encontrado! No saben la gran sorpresa que les espera.

Las voces se iban apagando a medida que los hombres iban bajando de la colina en dirección a la playa, donde habían dejado su barca. Con gran precaución, Jack asomó la cabeza y aguzó el oído. Hasta él llegaba débilmente el rumor de las voces. Pronto oyó el ruido de unos remos que golpeaban el agua.

—¡Ya se van! —exclamó—. ¡Ya se van!

Los tres hermanos se agruparon a su alrededor. Luego, cuando calcularon que la embarcación estaba ya lejos, salieron de la cueva y se agazaparon tras unas matas. Desde allí vieron cómo la barca, con los cuatro hombres a bordo, se alejaba de la isla, y oyeron las voces de los desconocidos entremezcladas con el ruido de los remos al golpear el agua.

De pronto, Nora se echó a llorar. Había pasado unos momentos horribles, de gran tensión nerviosa, y se había portado como una valiente, pero al fin no pudo contener el llanto. También los ojos de Jack, Peggy y Mike se humedecieron. Fue para ellos tan maravilloso saber que no los habían descubierto y que volvían a estar solos en la isla, que su misma alegría les hizo llorar.

De pronto, oyeron un triste mugido. Era que Margarita, la vaca, se lamentaba de estar sola en la cueva. Los niños se echaron a reír de buena gana.

—¡Qué susto ha dado Margarita a esos hombres! —dijo Jack, sin dejar de reír.

—También yo me he asustado, y mucho —dijo Peggy—. ¡Muuuuuuu!

Nuevo coro de risas, y los cuatro niños, alegremente, y con los ojos empañados en lágrimas, bajaron de la colina en dirección a la playa.

—Cuando ese hombre ha llegado a las piedras que hemos amontonado en el pasadizo, he creído que nos habían descubierto —dijo Jack.

—Menos mal que se nos ha ocurrido colocar esas piedras —dijo Peggy—. De lo contrario, nos habrían atrapado.

—La mejor ocurrencia ha sido la de hundir la barca —opinó Nora—. Si la llegan a encontrar, no hubiesen cesado de buscarnos hasta dar con nosotros.

—¿Qué habrán querido decir con eso de que nos esperaba una gran sorpresa? —preguntó Mike

—. No creo que sea nada bueno, ¿verdad?

—Desde luego —repuso Peggy.

—Ya casi no se ven —dijo Nora—. Oye, Jack: ¿podemos ya cantar, bailar y gritar? Después de estar tanto tiempo encerrada en la cueva, tengo unas ganas locas de expansionarme.

—Puedes hacerlo —respondió Jack—. Ya no hay peligro. No volverán. Pasaremos el invierno tranquilos, bien instalados en las cuevas.

—Podríamos encender un buen fuego y hacernos un banquetazo de esas comidas que son para chuparse los dedos —propuso Peggy—. ¿No os parece? Ya veréis qué banquetazo os preparo.

Pronto estuvieron todos sentados alrededor del fuego, saboreando la mejor comida que habían hecho en su vida. En esto, un fuerte mugido procedente de la colina les recordó que la pobre Margarita estaba aún encerrada en la cueva. Jack y Mike echaron a correr colina arriba para sacar a la vaca y a las gallinas de su encierro. Entre tanto, Peggy y Nora fregaron los platos.

—¡Eres un ángel, Margarita! —dijo Jack a su vaca, acariciándole el morro—. Pedíamos a Dios que no hicieras ruido mientras estuviesen esos hombres en la isla, pero tú has sido más lista que nosotros y has lanzado dos tremendos mugidos para asustarlos.

Como los días eran ya mucho más cortos, se hacía de noche mucho antes. A los niños les parecía que sólo pasaban unas horas, muy pocas, desde que salía al sol hasta que aparecía la luna. Con el farol que se habían traído de la cueva y sin olvidarse del *Robinson Crusoe*, los cuatro se dirigieron a la casita. Le tocaba leer a Nora. Los demás se echaron sobre la hierba para escuchar la lectura. ¡Qué bien se estaba sobre la fresca hierba, a la suave luz del farol, pensando que la busca ya había terminado y podían estar tranquilos!

—Tengo sueño —dijo al fin Jack—. Yo comería un poco de chocolate y me iría a la cama... Pronto tendremos que pensar en serio en instalarnos en las cuevas. El buen tiempo toca a su fin.

—Ya hablaremos de eso mañana —dijo Mike, mordiendo un buen trozo de chocolate.

Los acontecimientos del día los habían fatigado. Pronto se quedaron todos dormidos. ¡Qué maravilloso fue para ellos despertar a la mañana siguiente sabiendo que ya no tenían nada que temer! Felices, cantando a pleno pulmón, los cuatro niños se encaminaron al lago para bañarse.

—¡Huy, qué fría está el agua! —dijo Nora—. Hace ya demasiado frío para bañarse a gusto. Supongo que no tendremos que bañarnos cuando llegue el invierno, ¿verdad, Jack?

—¡No, claro que no! —respondió Jack—. Pronto tendremos que privarnos del baño. Pero, mientras el cuerpo aguante, yo por lo menos me bañaré todos los días.

A la semana siguiente, el tiempo fue pésimo. Las tormentas se sucedieron y las aguas del lago se encresparon como las de un mar. Se formaban olas enormes que rompían en la playa con gran estruendo.

Los niños estaban empapados y, para que se les secaran las ropas, tenían que sentarse alrededor del fuego, que habían encendido a la entrada de una de las cuevas para que estuviera protegido del agua y del viento.

—Creo que tendremos que dejar definitivamente la casita vegetal para instalarnos en las cuevas —dijo Jack una mañana, después de una espantosa noche de continuas tormentas.

La persistente lluvia había abierto varias grietas en el techo, y los niños vieron que la hierba que les servía de lecho ya no podía desempeñar este papel, pues estaba chorreando. Las niñas tenían que levantarse a medianoche y trasladarse al departamento de los chicos, pues el suyo estaba inundado.

Pronto empezaron a caer las hojas de los árboles, y el color del paisaje pasó del verde a un hermoso dorado rojizo, que en algunos puntos alcanzaba la intensidad del escarlata. La isla era un paraíso cuando había sol. Entonces las hojas de los árboles brillaban como joyas. Pero pronto desapareció hasta la última hoja.

Incluso en el interior de la casita había hojarasca: formaba una alfombra que cubría el suelo. Los niños se reían al echarse en la cama y notar en sus espaldas el cosquilleo de las hojas secas. La casita había cambiado de color por completo: ya no era verde, sino dorada, y pronto, al caer todas las hojas de las paredes y el techo, su desnudez cobró un tono castaño.

Nora se constipó y empezó a estornudar. Entonces Jack dijo que debían trasladarse inmediatamente a las cuevas si no querían acabar todos pescando una pulmonía. ¿Qué pasaría si se ponían enfermos? Allí no había ningún médico que pudiera curarlos.

Nora recibió los cuidados de todos. La arroparon lo mejor posible con sábanas que Jack había comprado en uno de los viajes que hizo al mercado antes de que lo descubriesen, y no le escatimaron los vasos de leche caliente. La instalaron en la cueva y tuvieron siempre una vela encendida a su lado, pues la oscuridad era mucha.

Nora se puso bien muy pronto y pudo ayudar a los demás a trasladarse a la cueva para instalarse en ella definitivamente.

—En la cueva que da al exterior tendremos la sala de estar y el dormitorio, y la cueva interior será nuestra despensa —dijo Jack—. En la entrada habrá un fuego que arderá continuamente. Así no tendremos frío... ¡Ah! ¡Cómo nos vamos a divertir! Este invierno viviremos como vivían los hombres de las cavernas.

## CAPÍTULO XIX

### LA VIDA EN LAS CUEVAS

Durante toda la semana, los niños estuvieron planeando su vida de «hombres de las cavernas». Sus provisiones estaban ya almacenadas en la cueva interior, y sólo les faltaba acondicionar la cueva de entrada de modo que la vida en ella fuese lo más cómoda posible. Peggy era la principal organizadora.

—Vosotros, Jack y Mike, haréis una estantería para colocar todas nuestras cosas: los libros, los cacharros y todo lo demás. Luego colgaréis del techo el farol. En ese rincón pondremos las camas. También os encargaráis vosotros de traer la hierba y el musgo. Si están húmedos, los secaremos al calor del fuego.

Peggy barrió el suelo de la cueva con una escoba fabricada por ella misma con delgadas puntas de junco y Nora esparció después la arena que habían traído de la playa. Quedó un suelo magnífico. Los dos chicos trajeron la hierba y el musgo, y las niñas hicieron las camas. Sólo tenían tres sábanas, o sea que uno de ellos tenía que dormir sin sábana. Pero Peggy dijo que había una para cada cama.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está la cuarta? —preguntó Jack, extrañado.

Y entonces Peggy les reveló algo que había mantenido secreto: había confeccionado una manta con las pieles de los conejos cazados por Jack. Después de limpiar y secar las pieles, las había unido cosiéndolas.

—¡Qué maravilla de manta, Peggy! —exclamó Jack—. ¡Y cómo debe de abrigar! La usaremos por turno: uno cada noche.

—Eso mismo tenía yo pensado —dijo Peggy, feliz de que a todos les hubiera gustado tanto la manta—. Ha sido muy difícil acoplar y coser las pieles, pero a fuerza de paciencia y a ratos perdidos, he conseguido hacerla. Quería daros una agradable sorpresa cuando llegase el invierno.

La cueva se fue transformando rápidamente en una casa acogedora. Jack y Mike habían colocado ya la estantería, que pronto estuvo repleta de libros, juegos, revistas, utensilios de cocina y otras muchas cosas. También habían colgado la lámpara del techo. Al principio sus cabezas tropezaban con ella, pero al fin se acostumbraron a esquivarla. En el fondo estaban las camas perfectamente hechas y cubiertas con sábanas y la manta de piel de conejo.

Pronto les dio Jack una nueva sorpresa: una mesa construida por él con un viejo tablón que había encontrado casualmente y con herramientas que había comprado en uno de sus viajes al mercado.

La mesa cojeaba un poco. Las patas eran tres gruesas estacas, las más resistentes que Jack había encontrado. Pero era muy difícil equilibrarlas. El muchacho cortó el tablón por la mitad, unió los dos trozos y así formó el tablero. Peggy estaba encantada.

—¡Ahora podremos comer en una mesa! —exclamó—. ¡Qué maravilla! También la usaré para remendar la ropa. Estaré mucho más cómoda que en el suelo.

—¿No has pensado en las sillas, Jack? —preguntó Nora—. Sin sillas no nos podremos sentar a la mesa.

—Estoy construyendo unos taburetes —respondió Jack.

Y era cierto. Al otro lado de la isla, Jack había encontrado un árbol partido en dos por el viento y, con su sierra, había cortado el tronco en cuatro partes. Cada una de ellas era un taburete cilíndrico, sólido y cómodo en extremo.

Los días pasaron alegremente para los niños mientras duró el arreglo de la nueva casa. Les encantaba sentarse en los taburetes y comer en la mesa viendo el fuego que ardía en la entrada de la cueva y que al anochecer aparecía cada vez más rojo y brillante. También les parecía delicioso dormir en las blandas camas de musgo y hierba, cubiertos por una blanca sábana o por la manta de pieles de conejo.

En la cueva se gozaba de un calorcito agradable cuando el viento soplaba con fuerza en la isla. El farol les daba luz suficiente, y, cuando se ponían a leer, Peggy encendía además una vela. Los chicos se entretenían tallando estatuillas de madera con sus navajas. A veces jugaban a las cartas los cuatro, y a veces leían en voz alta al calor del fuego.

Siempre tenían trabajo. Había que ordeñar a Margarita dos veces al día. La hierba estaba muy verde a causa de la lluvia, y la vaca se sentía feliz. Los niños le habían construido un pequeño establo donde pasaba la noche, y durante el día andaba suelta, paciendo por los prados del lado este de la isla. También a las gallinas había que darles de comer. Las habían instalado muy cerca de la cueva. No ponían muchos huevos, pero los niños tenían provisiones en abundancia, y no se preocupaban por ello.

Además, diariamente tenían que hacer la comida, fregar los platos, limpiar la casa, ir al arroyo por agua y hacer provisión de leña para el fuego. A Peggy le gustaba que le trajesen piñas, pues decía que, además de arder fácilmente, perfumaban la cueva.

Pasó noviembre. Cuando hacía sol, los niños lo tomaban en la colina, sentados en la hierba. Pero, generalmente, soplaban fuertes vientos, el cielo se ennegrecía y las aguas del lago se agitaban con furia.

Mike y Jack ya habían puesto la barca a flote y la habían reparado. Además la habían subido a la playa para ponerla fuera del alcance de las olas.

Cuando llegó diciembre, los cuatro niños pensaron en la Navidad. Qué extraña les parecería esta gran fiesta en la isla.

—Tendremos que decorar la cueva con ramas de abeto —dijo Jack—. Hay dos en la isla. Lo que no hay aquí es acebo.

—Será algo nuevo pasar la Navidad solos —dijo Peggy—, pero no sé si me gustará. Me encanta oír cantar villancicos por la calle, ver las tiendas llenas de cosas bonitas, comprar dulces, caramelos, turrón, barquillos...

—Antes de que mamá y papá se fuesen en su avión y se perdieran, siempre pasábamos la Navidad con ellos —dijo Nora a Jack—. Era magnífico. Me acuerdo de todo muy bien.

—¡Cómo me gustaría que mamá y papá no se hubiesen marchado! —dijo Mike—. ¡Los quería tanto! ¡Eran tan alegres y tan buenos!

Jack escuchó con atención a sus tres amigos, que le contaron cómo habían pasado las últimas Navidades con sus padres. Él siempre había vivido con su abuelo y no sabía lo que era pasar la

Navidad en familia. Le pareció maravilloso todo lo que le explicaron Mike, Nora y Peggy. ¡Cómo debían de echar de menos cuanto hacían con sus padres en aquellos días inolvidables!

Mientras escuchaba a los tres hermanos, Jack tuvo una estupenda idea. Cuando faltara poco para la Navidad tomaría la barca y se dirigiría a la orilla del lago. Le quedaba algún dinero. Con él compraría caramelos, una muñeca para Nora, una cesta de labor para Peggy y algo para Mike. Y, además, una botella de champán y barquillos.

No dijo nada a nadie. Estaba seguro de que, si lo decía, no le dejarían ir, por temor a que lo detuvieran. Sin embargo, Jack no pensaba dirigirse al pueblo que había visitado otras veces, sino a aquél que estaba más lejos. Allí nadie le conocía, y podría comprar tranquilamente todo lo que quisiera. ¡Ya se cuidaría él de que no lo descubriesen!

Diciembre iba transcurriendo. Los días eran tristes y lluviosos. Jack se dijo que lo mejor sería salir a media mañana. Diría a sus compañeros que iba a dar un paseo en barca para hacer un poco de ejercicio. Había que evitar que supieran nada de los regalos: así la sorpresa sería mayor.

Una mañana cesó el viento y el sol se asomó tímidamente entre las nubes. Peggy estaba muy ocupada fregando los platos del desayuno; Mike decidió reparar el establo de Margarita, pues el viento le había arrancado parte del tejado, y Nora se disponía a ir en busca de piñas para el fuego.

—Me parece que voy a salir con la barca. Remaré un poco por el lago para entrar en calor. Hace un siglo que no remo.

—Iré contigo —dijo Nora.

Pero Jack, como es lógico, no quería que nadie le acompañase.

—No, Nora —dijo—. Ve a buscar piñas. Yo tardaré bastante... Peggy, ¿podrías prepararme un poco de comida?

—¿Comida? —exclamó Peggy, extrañada—. ¿Tanto tiempo vas a estar remando, Jack?

—Varias horas —respondió el chico—. El ejercicio me irá bien. Me llevaré los aparejos de pesca.

—Bueno, pero llévate también el abrigo —le aconsejó Peggy—. Si vas a cuerpo, te quedarás helado.

La niña le puso en el cesto un par de huevos duros, unas empanadillas y una botella de leche. Jack dijo adiós a todos y se fue colina abajo, camino de la playa. Nora le acompañó, un poco enfadada por la negativa de Jack a que fuese con él.

—Déjame ir contigo, Jack —insistió.

—No, Nora; hoy no puedo llevarte —repuso Jack—. Cuando vuelva, sabrás por qué.

Empujó el bote, y éste se fue deslizándose hasta llegar a las tranquilas aguas del lago. Remó con todas sus fuerzas y pronto se alejó. Nora permaneció unos minutos en la playa y, al fin, decidió ir a buscar las piñas que le habían encargado. Al cabo de un rato subió a la colina con el propósito de ver a Jack pescando; pero, por mucho que miró en todas direcciones, no vio la barca. Después de decirse que esto era muy extraño, bajó a la cueva.

Pasaron las horas y Jack no volvía. Los tres hermanos estaban impacientes. Se preguntaban qué le habría ocurrido y por qué se habría marchado solo.

—¿No será que ha ido al pueblo a buscar algo? —preguntó Peggy a Mike—. Nora dice que ha

subido a la colina y no ha visto la barca. Si estuviese pescando lo habría visto en seguida.

—No estoy tranquilo —dijo Mike—. Si ha ido al pueblo, lo habrán detenido.

Pero no, a Jack no lo habían detenido. Había sucedido algo extraordinario..., algo en verdad sorprendente.

## CAPÍTULO XX

### JACK RECIBE UNA GRAN SORPRESA

Pero volvamos al lado de Jack y así podremos ver lo que le sucedió. Llevaba mucho tiempo fuera de la isla, demasiado, mucho más del necesario para ir a hacer unas compras. ¿Qué le habría retenido?

Jack llegó tranquilamente a la orilla del lago y ató la barca a un árbol. Luego cruzó el bosque y salió a la carretera que conducía al pueblo, no al del mercado, sino al que estaba a unos siete kilómetros. Esto suponía una caminata de hora y media, pero valía la pena hacerla, ya que así podría comprar regalos para todos.

Jack echó a andar por la carretera. Hacía frío y el camino estaba lleno de barro, pero, después de estar tanto tiempo remando, casi sentía calor. Revolvió el dinero en su bolsillo y se preguntó si podría comprar todo lo que había pensado. Estaba deseando comprar la muñeca a Nora. ¡Qué contenta se pondría!

En las cercanías del pueblo se sentó a comer lo que Peggy le había preparado. Luego siguió caminando. No temía que le reconocieran, pues hacía mucho tiempo que le habían visto, y no en aquel pueblo, sino en otro. La gente ni siquiera se acordaría ya de los niños desaparecidos.

¡Había pasado ya medio año desde la desaparición! Pero se prometió a sí mismo estar muy atento y huir apenas viese que alguien le miraba demasiado fijamente.

Llegó al fin al pueblo, que era bastante grande y tenía una calle principal que lo cruzaba de un extremo a otro. En esta calle había seis tiendas, y Jack empezó por mirar los escaparates. Admiró las diminutas bombillas y las bolas de colores con que se adornan los árboles de Navidad. Todo estaba vistosamente decorado. Para Jack fue una delicia poder ir de compras otra vez.

Pronto llegó a una tienda de juguetes. ¡Era una maravilla! El escaparate estaba lleno de muñecas de todos los tamaños, que tenían las manos tendidas hacia adelante, como pidiendo a la gente que pasaba por la calle que las comprara. Vio también un tren eléctrico y un muñeco que representaba a Papá Noel con su gran saco a la espalda. Había caramelos, turrón y botellas llenas de anises.

Jack estuvo un buen rato contemplando el escaparate. Se preguntaba cuál de aquellas muñecas le gustaría más a Nora. Para Peggy ya había visto una preciosa cesta de labor, y a Mike le llevaría un libro de barcos. También decidió comprar confeti y unos gorros de papel. Así celebrarían la Navidad como merecía tan gran fiesta.

Jack entró en la tienda. Había en ella varias mujeres. El establecimiento era también estafeta de correos, y una dependienta estaba pesando lo que le habían entregado las parroquianas. Jack esperó pacientemente, echando una nueva ojeada a los juguetes.

Esto fue lo que oyó:

—Sí, es muy triste que no hayan encontrado a esos niños —dijo una mujer a la dependienta—. Sus padres están desesperadísimos.

—¡Pobres! —exclamó la dependienta—. Aterrizan en una isla desierta, pasan allí dos años, y cuando al fin los encuentran y vuelven para reunirse con sus hijos, se enteran de que han

desaparecido. ¡Una verdadera desgracia!

Jack se estremeció. ¿Qué decían? ¡No, no era posible! No podía creer que los padres de Mike hubiesen vuelto. Olvidándose de su propósito de ser prudente, Jack se acercó a la dependienta y le tiró de la manga del abrigo.

—Perdone, señora —dijo—. Permítame hacerle una pregunta. ¿Se refiere usted a unos niños llamados Mike, Peggy y Nora? ¿Son los padres de estos niños los que han vuelto?

La dependienta lo miró fijamente, sorprendida.

—Sí —respondió al fin—. Así se llaman esos niños. Desaparecieron en junio, con otro niño cuyo nombre es Jack, y ya no se ha vuelto a saber de ellos. En agosto, un buque encontró a sus padres en una isla desierta del Pacífico y los trajo a su país. Su avión estaba destrozado y ellos tuvieron que vivir en la isla hasta que el buque los recogió.

—Pero, al llegar, se han encontrado con que sus hijos han desaparecido —continuó otra de las mujeres que había en la tienda—. Los pobres están desesperados. Llevaban meses y meses pensando en ellos, preocupados por ellos, deseando volver a verlos, y no los encuentran al llegar.

—¿Qué sabes tú de todo esto? —preguntó de pronto otra mujer—. ¿No serás uno de los niños desaparecidos?

—Eso no tiene importancia, señora —dijo Jack—. Lo que importa es que me diga dónde están ahora los padres de esos niños.

—No están muy lejos —dijo la dependienta—. Se hospedan en un hotel de la ciudad que está a dos pasos de aquí. Allí viven con la esperanza de que alguien encuentre algún día a sus hijos.

—¿Qué hotel es ése? —preguntó Jack.

—El «Hotel del Cisne» —respondió la dependienta.

Ante las sorprendidas mujeres, Jack salió como un rayo de la tienda, con los ojos brillantes de alegría, y se encaminó a la parada del autobús.

Sabía que una línea de autobús enlazaba el pueblo con la ciudad, y sólo tenía una idea en la cabeza: llegar al «Hotel del Cisne» y decirles a los padres de Mike que sus hijos estaban sanos y salvos. Nunca se había sentido tan feliz. Todo se había arreglado del modo más inesperado y maravilloso, y era él quien iba a dar la gran noticia a los padres de sus amigos.

Subió al autobús. Pero no se sentó: estaba demasiado nervioso. Apenas llegaron a la ciudad, bajó casi en marcha y corrió hacia el «Hotel del Cisne». Sin dejar de correr, cruzó la puerta y se dirigió al portero.

—¿Dónde están en capitán Arnold y su esposa? —gritó.

Mike le había contado muchas veces que su padre era capitán, y Jack sabía que el apellido de los niños era Arnold. Por lo tanto, era natural que supiera por quién debía preguntar.

—Calma, amiguito, calma —le dijo el portero, al que no le gustaba el aspecto de Jack, con su abrigo remendado y sus zapatos llenos de barro—. ¿Para qué quieres ver al capitán Arnold?

En este momento se oyó una voz varonil.

—¿Quién pregunta por mí? ¿Qué quieres, muchacho?

Jack se volvió y vio a un señor alto, moreno, de cara simpática, que le miraba fijamente. Se parecía mucho a Mike. A Jack le gustó el aspecto de aquel hombre.

—¡Capitán Arnold! —dijo con vehemencia—. ¡Sé dónde están Mike, Peggy y Nora!

El capitán se quedó mirándole boquiabierto, como si no diera crédito a sus oídos. Luego asió a Jack por el brazo y se lo llevó escaleras arriba. Entraron en una habitación donde había una mujer escribiendo una carta. Jack dedujo inmediatamente que era la madre de sus tres amigos, pues tenía la misma cara que Nora y Peggy.

—¡Este chico dice que sabe dónde están nuestros hijos! —dijo el capitán Arnold.

La alegría de la señora de Arnold fue indescriptible. Jack refirió a los padres de Mike, Nora y Peggy toda la aventura de los cuatro y ellos le escucharon en silencio.

Cuando terminó, el capitán le estrechó la mano y la señora de Arnold le dio un fuerte beso en la mejilla.

—Veo que eres un gran amigo de nuestros hijos —dijo el capitán alegremente—. ¿De modo que habéis estado hasta hoy en esa pequeña isla, sin que nadie os haya encontrado?

—Sí —respondió Jack—. Y ustedes, según me han dicho, también han estado en una isla secreta hasta que ha ido un barco a recogerlos.

—Es cierto —dijo el capitán Arnold, echándose a reír—. Nuestro avión sufrió una avería y tuvimos que hacer un aterrizaje forzoso. Los desperfectos que entonces sufrió el aparato fueron tan importantes, que tuvimos que quedarnos allí, en aquella isla perdida en medio del Pacífico. No nos podíamos imaginar que nuestros hijos estaban también en una isla. Esto debe de ser algo de familia.

—¡Juan, vamos en seguida a buscarlos! —dijo la señora de Arnold, llorando de alegría—. ¡Vamos! ¡Date prisa! No puedo esperar ni un minuto más.

—Debemos procurarnos una buena barca —dijo Jack—. La nuestra está ya muy vieja y hace agua.

Poco después, un coche se detenía a la puerta del hotel. Jack y los padres de Mike lo tomaron y se dirigieron al lago. Allí alquilaron una barca a un pescador, y en ella, a fuerza de remo, pusieron rumbo a la isla. Jack no cesaba de pensar en la cara que pondrían sus tres compañeros cuando le vieran llegar con sus padres.

Entre tanto, la inquietud de los tres hermanos iba en aumento. Había pasado la hora de la merienda y Jack aún no había vuelto. ¿Dónde estaría?

—¡Se oye un chapoteo de remos! —exclamó de pronto Nora.

Todos corrieron hacia la playa, y en seguida vieron a lo lejos la barca que se iba acercando. En esto, Mike vio que aquella barca no era la suya y que en ella iban tres personas, no una. «Eso quiere decir —pensó— que han atrapado a Jack y que esa gente viene por nosotros». Y en este momento oyó la voz de Jack, que les gritaba desde la barca:

—¡Mike! ¡Nora! ¡Peggy! ¡Ya estoy de vuelta! ¡Os traigo un magnífico regalo de Navidad!

Los tres niños se quedaron perplejos. ¿Qué querría decir Jack? Pero todo lo comprendieron cuando la barca llegó a la playa y de ella salieron sus padres.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritaron los niños mientras corrían hacia los brazos abiertos de sus padres.

Imposible saber quiénes eran los padres y quiénes los hijos. Los cinco estaban tan

estrechamente abrazados, que formaban un compacto montón de piernas, brazos y cabezas. Únicamente Jack estaba solo. Se quedó a un lado, contemplando la escena. Pero esto duró poco. Nora sacó un brazo, se apoderó de la mano de Jack y lo atrajo al montón.

—Tú también eres de la familia, Jack —le dijo.

Todos lloraban y reían al mismo tiempo. A todo esto, había oscurecido de tal modo que ya apenas se veía. Jack encendió el farol que Mike había llevado a la playa y los condujo a todos a la cueva. Estaba deseando enseñársela al capitán Arnold y a su mujer.

Entraron todos. El fuego estaba encendido y en la cueva había un ambiente cálido y acogedor. Jack colgó el farol en su sitio y acercó dos taburetes a los padres de sus amigos. Peggy calentó leche, hizo unas empanadillas y abrió un bote de carne en conserva que tenía guardado para la comida de Navidad. Quería que su madre viese lo bien que cocinaba, incluso viviendo en una cueva.

—¡Qué casa tan ordenada! —dijo la señora de Arnold, mirando la estantería, la mesa, los taburetes, las camas, todo, en fin, lo que había en ella.

Además, la cueva estaba muy limpia y la suave luz del farol la hacía aún más acogedora. Estuvieron charlando un buen rato. Los esposos Arnold escucharon con vivo interés el relato que les hicieron sus hijos de sus aventuras. Sólo hubo un detalle en la narración que desagradó al capitán Arnold y a su esposa: el de lo mal que se habían portado con los niños tío Enrique y tía Josefa.

A Margarita se le ocurrió mugir de pronto, y el capitán Arnold se rió hasta saltársele las lágrimas cuando los niños le explicaron que habían traído a la vaca, nadando desde la orilla del lago a la isla. Y aún se rió más a gusto cuando le contaron el susto que dio a los hombres que registraron la isla.

De pronto, Jack desapareció, y volvió al cabo de un rato con una gran brazada de hierba que extendió cuidadosamente en un rincón.

—Se quedarán con nosotros esta noche, ¿verdad, capitán? —dijo—. ¡Por favor, quédense!

—¡Claro que nos quedamos! —respondió el capitán, y su esposa asintió con un movimiento de cabeza—. Dormiremos todos en la cueva, compartiremos por un día vuestra vida en la isla secreta y así sabremos cómo se está aquí.

Así que aquella noche los niños tuvieron invitados en la cueva. Tras una larga sobremesa, se fueron todos a la cama. Se sentían felices. Estaban nerviosos, pero también fatigados, y en seguida se quedaron profundamente dormidos. ¡Qué alegría la de Mike y sus hermanas al despertar al día siguiente y verse junto a sus padres!

## CAPÍTULO XXI

### FIN DE LA AVENTURA

Mike fue el primero en despertar. Apenas levantó la cabeza, recordó todo lo sucedido el día anterior. Allí estaban sus padres, profundamente dormidos en sus camas de hierba. Sí, era verdad: no lo había soñado. Estaban vivos y eran tan alegres y simpáticos como siempre. Además, se sentían felices al haber encontrado a sus hijos.

Al notar que no podía dormir más, Mike se levantó y encendió el fuego. El sol estaba saliendo en un cielo intensamente azul y sus rayos llegaban a la tierra a través de una ligera neblina. Se anunciaba un día espléndido.

Cuando la leña empezó a crepitar, se despertaron todos. Nora corrió hacia su madre y la rodeó con sus brazos. No podía creer que era realmente su madre la que estaba allí y la apretaba contra su pecho para convencerse. Pronto la cueva se llenó de voces y risas.

Peggy y Nora hicieron el desayuno. Mike enseñó a su padre la cueva interior, donde estaba la despensa. Jack fue a ordeñar a Margarita, y Nora a echar la comida a las gallinas..., y a recoger los cuatro hermosos huevos que encontró en el gallinero.

Un par de truchas pescadas por Jack, huevos, unas lonjas de carne en conserva y melocotón en almíbar constituyeron el excelente desayuno de aquella mañana. El fuego se fue apagando y los rayos del sol entraron en la cueva. Todos salieron para ver el hermoso día.

El lago era intensamente azul y los árboles se mecían suavemente al soplo de la brisa.

Nora explicó a su madre dónde recogía las moras y las fresas, y Peggy le habló de las semillas que habían plantado y de las cestas que habían hecho para vender sus frutos.

De pronto, el capitán Arnold dijo:

—Bueno, me parece que ya es hora de que nos vayamos.

Los niños lo miraron sorprendidos.

—¿Irnos? ¿Dejar la isla?

—No pretenderéis vivir siempre aquí —dijo el capitán—. Además, ya no es necesario, ya no sois fugitivos. Sois nuestros hijos y tenéis que vivir con nosotros.

—¡Claro! —dijo la señora de Arnold—. Hemos de volver a casa, y vosotros tenéis que volver a la escuela. Habéis demostrado que sois valientes y listos, y habéis sido felices, pero tenéis una magnífica casa y ahora seremos todos felices viviendo juntos en ella.

—¿Y Jack? —preguntó Nora en el acto.

—Jack será para nosotros, desde este momento, como un hijo más —dijo la señora de Arnold—. Estoy segura de que a su abuelo le parecerá bien que se venga a vivir con nosotros para siempre. Yo seré para él una madre y tu padre lo tratará también como a un hijo. Seremos una familia feliz.

Jack quería decir muchas cosas, pero se le hizo un nudo en la garganta y no pudo articular una sola palabra. Sentía algo raro. Enrojeció de alegría y apretó la mano de Nora con tanta fuerza, que le hizo daño sin querer. Se sentía el niño más feliz de la tierra.

—Mamá, me da pena dejar nuestra maravillosa isla —dijo Nora—. Es triste tener que

abandonar nuestra casita, la cueva, el arroyo y todo lo demás.

—Bueno, quizá podamos comprarla —dijo el capitán—. Así, podríais venir durante las vacaciones y vivir aquí solos, del modo que os plazca. Será vuestra isla.

—¡Oh, papá! —exclamó uno de los niños, expresando el pensamiento de todos—. Sabiendo que tenemos esta hermosa isla para pasar el verano no nos importará ir al colegio ni vivir en una casa como todas.

—Pero ahora hay que dejar la isla. Hemos de pasar la Navidad en casa —dijo la señora de Arnold—. Tenemos que volver a nuestro hogar. ¿Os acordáis de él? ¿No os gustaría pasar allí los días de Navidad, comer canelones y pavo, turrón y barquillos y, además, tener muchos regalos?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —gritaron los cuatro niños.

—Era precisamente lo que deseábamos —añadió Nora.

—Ayer —dijo Jack—, cuando me fui, estuve a punto de comprarte una muñeca estupenda. Pero cuando ya estaba dentro de la tienda, me enteré de la maravillosa noticia.

—Tendréis todas las muñecas y todos los juguetes que queráis —dijo el capitán Arnold alegremente—. ¡Y ahora, todo el mundo a la barca!

—Espera un poco. Queremos despedirnos de nuestras cosas —dijo Peggy—. Mamá, ven a ver nuestra casita vegetal. La construimos nosotros mismos. En verano se pone preciosa, pues echa brotes y hojas. ¡Es una casa viva!

Una hora después empezaron los preparativos para marcharse de la isla. Pusieron las gallinas en un saco, cosa que a ellas no les hizo ninguna gracia. A Margarita la dejaron en la isla. El capitán Arnold dijo que enviaría al pescador a recogerla. El agua estaba demasiado fría para que el pobre animal fuese nadando detrás de la barca. Buena parte de las cosas de los niños se quedaron en la cueva, preparadas para usarlas cuando los cuatro volviesen a la isla.

Peggy se llevó la manta de conejo que había confeccionado. Consideró que tenía demasiado valor para dejarla. Se llevaron también los libros, pues se habían encariñado con ellos. Todo lo demás lo dejaron en la despensa, bien cubierto con sacos. Su alegría era mucha, pero también sentían un poco de tristeza al tener que marcharse de su maravillosa isla.

Al fin, todos estuvieron instalados en la barca. El capitán Arnold empezó a remar con tal fuerza, que el ruido de los remos al golpear el agua llegó a los oídos de Margarita. La vaca, que estaba paciando, levantó la cabeza y vio cómo se alejaba la barca.

—¡Adiós, isla secreta! —exclamó Nora.

—¡Adiós, adiós! —dijeron los otros tres niños—. Pronto volveremos. Adiós, Margarita; adiós, isla entera.

—Bueno, ahora hablemos de lo que haremos los días de Navidad —dijo la señora de Arnold alegremente al ver que los niños se iban poniendo tristes a medida que se alejaban de la isla.

Horas después los cuatro niños y sus padres —Jack era ya un hijo más— estaban de nuevo en su verdadera casa. ¡Qué días tan divertidos, tan llenos de ilusión, siguieron para nuestros pequeños héroes! Necesitaban ropas nuevas, chaquetas, pantalones, zapatos, ropa interior, corbatas. La señora de Arnold dijo que Peggy había hecho verdaderos milagros para conservar la ropa de los niños, que ya se caía de vieja.

Se fueron de compras todos juntos y volvieron contentísimos con sus ropas nuevas. Peggy estaba preciosa con su flamante vestido azul, pero no más que Nora con su vestido encarnado.

Jack era el más feliz de todos. Por primera vez en su vida llevaba puesto algo nuevo, pues hasta entonces sólo se había vestido con ropa que se les quedaba pequeña a otros.

Los niños se miraban y se reían.

—¡Parecemos otros! —exclamó Mike—. ¡Cada vez que pienso en cómo íbamos vestidos en la isla! ¡Es estupendo llevar otra vez ropa limpia! ¡Y mira lo monas que están las chicas, Jack!

La primera noche extrañaron la cama, pues ya habían perdido la costumbre de dormir en camas de verdad. Las de las niñas eran blancas y estaban en una bonita habitación; las de los niños eran de color nogal y estaban en el dormitorio de al lado.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, no sabían dónde estaban. Pero pronto se acostumbraron a este cambio de vida.

La Navidad se acercaba. Un día salieron todos a comprar los regalos que querían hacerse unos a otros. ¡Cómo se divertieron! Sus padres los llevaron a la capital, donde quedaron extasiados ante las grandes tiendas de juguetes. Vieron barcos que navegaban en pequeños estanques, trenes eléctricos que corrían por largas vías, a través de hermosos parajes, que pasaban por túneles y se detenían en las estaciones como los trenes de verdad. Después de estar tantos días en su solitaria isla secreta, todo les entusiasmaba.

Los días de Navidad fueron emocionantes. ¡Cuánto se divertieron abriendo paquetes y viendo los regalos! Muñecas para las niñas y dulces, muchos dulces, para todos. Para los niños fue una verdadera fiesta abrir sus paquetes y ver sus regalos.

—No habríamos pasado una Navidad tan feliz en la isla —dijo Nora, desenvolviendo una gran muñeca de cabello rubio—. ¡Oh, Jack, muchas gracias! ¡Es preciosa!

Pronto estuvieron las camas llenas de muñecas, trenes, libros, aviones, coches... Era la más maravillosa mañana de Navidad que los niños habían conocido en su vida. Jack estaba trastornado. Le parecía que todo aquello era un sueño.

—Te lo mereces todo, Jack —dijo Nora—. Fuiste un gran amigo para nosotros en nuestros días de tristeza. Ahora tienes que compartir nuestras alegrías.

Por la tarde tuvieron una magnífica merienda. El capitán les trajo más regalos: confeti y gorros de papel. De uno de los gorros sacó un avión en miniatura.

—En ése no puedes volar, papá —dijo Peggy.

—Ya no volarás más, ¿verdad, papá? —preguntó Nora, temiendo que sus padres volvieran a marcharse y se perdieran de nuevo, dejándolos otra vez solos.

—No, nunca volveré a volar —repuso—. Desde hoy estaremos siempre con vosotros; nunca, nunca os volveremos a dejar solos.

Cuando llegó la noche, los cuatro felices niños se fueron a la cama. Dejaron abierta la puerta que comunicaba las dos habitaciones y estuvieron hablando todos hasta que se quedaron dormidos. En la isla se habían acostumbrado a charlar los cuatro antes de dormirse, y no podían privarse de esta costumbre.

—¡Ha sido un día maravilloso! —dijo Peggy, soñolienta—. Pero me ha faltado algo.

—¿Qué es? —preguntó Mike.

—Volver a nuestra cueva de la isla, aunque sólo hubiera estado allí cinco minutos —respondió Peggy.

Todos confesaron que lo mismo les ocurría a ellos. Después se callaron y recordaron los maravillosos días y las noches incomparables de su isla.

—¡Nunca, nunca olvidaré nuestra isla! —dijo Nora—. Es el lugar más hermoso del mundo. Estoy segura de que se sentirá muy sola sin nosotros. ¡Buenas noches, isla secreta! Espéranos; volveremos...

—¡Buenas noches, isla secreta! —dijeron también Peggy, Jack y Mike.

Y pronto se quedaron todos dormidos, soñando con su isla, con los días de verano que volverían a pasar en ella, solos, felices, viviendo al aire libre, cocinando en una hoguera y durmiendo en sus mullidas camas de hierba y musgo.

Querida isla secreta: espera, que pronto volverás a ver a tus cuatro niños.

FIN



ENID BLYTON (Londres, Gran Bretaña, 1897 - Londres, Gran Bretaña, 1968). Enid Mary Blyton Pollock Darrell Waters, nacida Enid Mary Blyton fue una prolífica escritora inglesa de literatura infantil de más de 600 novelas con su nombre de soltera Enid Blyton y su nombre de casada Mary Pollock.

Enid Mary Blyton nació el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich, Londres, Inglaterra, la hija mayor de Thomas Carey Blyton (1870-1920) y Theresa Mary, nacida Harrison (1874-1969), que tuvieron además dos hijos; Hanly Blyton (1899-1983) y Carey Blyton (1902-1976). Estaba muy unida a su padre, por lo que la afectó mucho que abandonase a su esposa, para irse a vivir con otra mujer.

De 1907 a 1915 estudió en la St. Christopher's School en Beckenham, donde fue siempre la primera de su clase. Adoraba el deporte y la literatura y despreciaba las matemáticas. Aprendió a tocar el piano, en lo que demostraba algún talento, pero dejó sus estudios musicales para formarse como profesora. Durante cinco años fue institutriz en Bickley y Surbiton y consagraba su tiempo libre a la escritura.

Tras la Primera Guerra Mundial, publicó su primer libro, poético, *Murmullos de niño* (*Child Whispers*) en 1922. Fue en su editorial George Newnes, dónde conoció a Hugh Alexander Pollock (1888-1971), un distinguido héroe de guerra que trabajaba como editor. Hugh, estaba divorciado de su primer esposa Marion Atkinson, con quien había tendido dos hijos: William Cecil Alexander (1914-1916) y Edward Alistair (1915-1969). La muerte de su primogénito, la infidelidad de su esposa y posterior divorcio, le habían hecho caer en una depresión y el alcoholismo, que arrastraría a lo largo de toda su vida.

Enid y Hugh contrajeron matrimonio el 28 de agosto de 1924, y se instalaron en Buckinghamshire, finalmente adquirieron una propiedad, «Green Hedges», en Beaconsfield, el nombre de la propiedad fue escogido por sus lectores en un concurso. El matrimonio tuvo dos hijas: Gillian Mary (1931-2007) e Imogen Mary (n. 1935). A mediados de los treinta Enid sintió deseos de convertirse a la fe católica, pero desistió a causa de las renunciaciones que tendría que hacer en su vida. Dio sin embargo a sus hijos una educación religiosa.

A comienzos del año 1938 su marido enfermó de neumonía y estuvo hospitalizado varios meses. El matrimonio estaba distanciado, y Enid no tardaría en iniciar una serie de breves romances. Además, debido a la segunda guerra mundial, su marido se reincorporó al ejército como Comandante instructor y asesor de Winston Churchill, por lo que apenas se veían. Cuando su marido fue herido durante unas maniobras, Enid no lo visitó durante la convalecencia, pero sí lo hizo Ida Crowe, otra escritora, que había obtenido gracias él un puesto como secretaria civil. Mientras, Enid había conocido a un cirujano, Kenneth Fraser Darrell Waters (1892-1967), con quien inició una relación romántica en 1941. En 1942, su marido decidió que debían divorciarse, pero Enid no quería dañar su imagen pública. Su marido aceptó declararse culpable de adulterio para acelerar el divorcio. El 20 de octubre de 1943, Enid y Kenneth se casaron, entonces hizo tomar a sus hijas el apellido de Darrell Waters, prohibiendo a su padre tener contacto con ellas. Seis días después que su exesposa, Hugh se casó con Ida Crowe, con quien tuvo una hija, la también escritora y editora, Rosemary Pollock.

En el curso de los veinticinco años siguientes Enid publicó sus novelas más célebres y, tras la muerte de su segundo marido, la salud de la escritora se degradó muy rápidamente; aquejada de mal de Alzheimer se internó en la clínica de Greenways (en Hampstead), y murió tres meses más tarde. Sus cenizas reposan en el crematorio de Golders Green.

Su hija menor Imogen Smallwood, publicó en 1989 una autobiografía sobre su infancia *A Childhood at Green Hedges*, donde describía a su madre como una persona emocionalmente inmadura, sin embargo su hija mayor Gillian Baverstock, siempre defendió su imagen y sobre todo su trabajo, publicando a su vez un libro sobre su madre en 1997. Ida Pollock, la tercera esposa de su primer marido, también la criticó su carácter en su autobiografía *Starlight*, publicada en 2009 a los 100 años.

En 2009 la BBC realizó una película basada en la vida de Enid Blyton con Helena Bonham Carter como protagonista, con Matthew Macfadyen como Hugh Alexander Pollock y con Denis Lawson como Kenneth Fraser Darrell Waters.

Su obra literaria, centrada en el mundo preadolescente, se caracteriza sobre todo por el recurso a pandillas formadas por varios niños que actúan por lo general al margen de los adultos del lugar, con frecuencia como detectives; también ha realizado series muy populares sobre centros educativos femeninos en régimen de internado. Sus libros han tenido gran éxito en muchos países, existiendo traducciones al alemán, chino, finlandés, francés, eslovaco, español, hebreo, holandés, japonés, malayo, portugués y sueco, entre otros cerca de noventa idiomas. Según el *Index*

*Translationum* (datos de febrero de 2007), es el quinto autor más popular del mundo, con más de 3300 traducciones de sus obras y más de 400 millones de copias vendidas.

Esta popularidad no se acompaña del respeto de la crítica literaria, que tiende a reprocharle la escasa imaginación exhibida (repite constantemente sus fórmulas narrativas), el abuso de los tópicos en la caracterización psicológica, muy superficial, y la pobreza de su estilo y de su léxico, que no favorece el desarrollo de la afición por la literatura. Se trata, a grandes rasgos, de un tipo de literatura que «no alimenta y engorda». También ha sido acusada de recurrir con excesiva frecuencia, a la hora de dibujar los «malos» de sus obras, a estereotipos étnicos que denotan un cierto racismo larvado y subyacente.

Entre sus creaciones más famosas se cuentan Noddy, un hombrecillo de madera que vive en una diminuta casa en el mundo imaginario de *Toyland*, y la serie de 21 novelas de *Los cinco* publicada entre 1942 y 1963, protagonizada por los adolescentes hermanos Julian, Dick y Anne; su prima Georgina y el perro de ésta, Tim, que hacen de detectives en historias que combinan el misterio y la aventura.

La obra de Enid Blyton se puede dividir en tres tipos bien diferenciados:

- Aquéllos en los que niños normales se ven envueltos en situaciones extraordinarias, resolviendo crímenes, desvelando misterios y viviendo toda clase de aventuras. En este tipo se incluyen las series de *Los Siete Secretos*, *Los Cinco*, *Aventura*, *Secreto*, *Misterio* y *Misterios de Barney «R»*, conocida así porque su protagonista se llama Barney y todos sus títulos comienzan por la letra «R» en el original inglés.
- El segundo tipo de sus obras se desarrolla en internados femeninos y su trama hace más énfasis en el día a día en estos colegios, con la interacción social de varios tipos de caracteres. Aquí se engloban las series *Santa Clara* y *Torres de Malory*.
- El tercer tipo es la fantasía. En estos libros los niños se ven transportados a un mundo mágico en el que encuentran hadas, duendes, gnomos, elfos y otras criaturas fantásticas.